LOUIS LEJEUNE

LA GUERRA APACHE EN SONORA

GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

LA GUERRA APACHE EN SONORA

LOUIS LEJEUNE

LA GUERRA APACHE EN SONORA

Traductor: MICHEL ANTOCHIW

GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

HERMOSILLO, 1984

Primera edición: 1984

PRESENTACION

Muchos libros se han escrito sobre los apaches y las guerras que, al finalizar el siglo pasado, condujeron a la destrucción total de su cultura y casi de su raza. Estos grupos indígenas que vivían en las provincias fronterizas, y que con sobrados méritos cobraron fama de ser los más bárbaros guerreros de América, se vieron en la trágica situación de encontrarse aprisionados entre dos naciones en expansión que pronto ocuparon su territorio y sus fuentes de abasto.

La última fase de la conquista de América, con la consiguiente ocupación del espacio físico y la reducción de los hombres, se desarrolló igualmente al final del siglo pasado, en un momento en que la ciencia y la tecnología lograban sus mayores avances y en el que los grandes intereses de las naciones industrializadas requerían de las grandes fuentes alimentadoras de metales y de materias primas de toda clase.

Ante el avance arrollador de la "civilización", un pueblo de no más de 5 a 6 mil indios, cazadores nómadas y habitantes de la sierra, trató de conservar su libertad, su territorio y sus costumbres. La historia de este pueblo es simplemente la historia de su lucha por la supervivencia en un medio que le era cada vez más hostil y más difícil de comprender.

En la actualidad apache es sinónimo de "salvaje", y el vago recuerdo que todavía queda hace necesario volver a trazar las grandes líneas de la historia de este grupo étnico que tanto sufrió y tanto hizo sufrir, particularmente a aquellos sonorenses de las zonas fronterizas.

El libro de Louis Lejeune, diario de un viajero que vivió los últimos espasmos de la guerra apache en Sonora y Chihuahua, no pretende ser un documento histórico. Es un conjunto de observaciones sobre la situación que prevalecía en el norte del Estado de Sonora, arruinado y asolado por los apaches en los años 1885 y 1886, y termina unas semanas antes de la última rendición de los renegados encabezados por Gerónimo. La neutralidad del autor hace que su relato sea, por la agudeza de sus comentarios y el desinterés de sus reflexiones, un verdadero documento histórico.

De la edición original, se han suprimido intencionalmente los capítulos referentes a otras regiones del país y que salen del tema central del libro, y se ha agregado como antecedente, una breve historia de la nación apache, ilustrativo texto elaborado por Michel Antochiw, traductor también del original francés, estudioso y profundo conocedor de la historia sonorense.

El gobierno del Estado de Sonora ofrece con particular satisfacción esta primicia editorial, seguro de que tan apasionante y original relato, desconocido hasta ahora en nuestro idioma, satisfará ampliamente la inquietud y curiosidad del lector.

Hermosillo, Sonora, julio de 1984

ANTECEDENTES

BREVE HISTORIA DE LA NACION APACHE

MICHEL ANTOCHIW

La primera mención de "apaches" aparece cuando Coronado recibe informes de indios tanos, al sur de la actual Santa Fe en Nuevo México, de que la gente de esta región, desde por lo menos 1525, sufría ataques de indios venidos del este. Estos indios eran probablemente los ancestros de alguna de las dos bandas que los españoles llamaron más tarde jicarillas y mescaleros.

En 1583, Espejo encontró, en el centro de Arizona, indios que bien podrían haber sido apaches, Juan de Oñate, primer gobernador español de Nuevo México, en 1598, se refiere a indios al norte de los pueblo, que podían ser jicarillas o alguna otra banda apache.

La colonia fundada por Oñate en el valle del río Grande, fue de inmediato el blanco de los asaltos de los apaches y navajos quienes querían apropiarse del ganado de los españoles. Las depredaciones llegaron a tal punto, que pocos años después de su llegada, los colonos españoles solicitaron al virrey el permiso de abandonar la colonia, mismo que les fue denegado en 1609.

En 1630, fray Alonso de Benavides escribía que los apaches eran muy belicosos y muy ingeniosos para la guerra y que castigaban a las mujeres adúlteras, cortándoles la nariz. Se enorgullecían de decir siempre la verdad.

Los españoles capturaban a los apaches con el pretexto de acabar con los asaltos y los vendían como esclavos. Esta práctica se inició en tiempos de Oñate y perduró hasta la época en que Nuevo México y Arizona eran ya territorio norteamericano.

El gobierno vierreinal permitió que los prisioneros, que con frecuencia eran indios pacíficos que se habían sometido a los españoles, fueran sacados de las provincias atados en colleras y llevados a la capital donde eran alojados en el edificio de La Acordada. Después eran mandados a Veracruz y luego a La Habana, para la construcción de las fortificaciones.

La agresividad apache se incrementaba debido en gran parte a la presión que sobre ellos ejercía la avanzada de los comanches que pronto

expulsaron a los mescaleros y a los jicarillas de la orilla oriental del río Grande y al odio que poco a poco profesaron hacia el español que seguían con su torpe política de captura de esclavos hacia los pueblo que los apoyaban.

Muchos pueblos indios y algunos españoles fueron abandonados entre 1660 y 1670. Los soldados españoles del presidio de Santa Fe quedaron casi sin caballos.

Una violenta y larga sequía a fines de los setentas, causó la muerte de muchos pueblo y debilitó las defensas españolas. A pesar de los esfuerzos del padre Francisco de Ayeta, los españoles huían de Nuevo México y los indios pueblo, sin protección, se sublevaron con los demás indios de la región.

A raíz de esta sublevación y de la expulsión de los españoles de Nuevo México, que tardaron dieciséis años para reconquistar esta provincia, un grupo atapascano, conocido como navajos, adoptó el borrego y el tejido de lana, diferenciándose definitivamente en los aspectos económico y cultural de los demás atapascanos.

Los mescaleros se extendían hacia el sur y el este, a lo largo del río Grande hasta el norte de Chihuahua. Estos mescaleros forman, en parte, el grupo de los miembros de las viejas crónicas españolas. El territorio definitivo de los mescaleros quedó en la Sierra Blanca, la Sierra de Sacramento, la Sierra de Guadalupe y las extensiones al poniente del río Grande y del norte de Chihuahua.

En el actual Estado de Sonora, las más norteñas comunidades ópatas, pueblos sedentarios, prosperaban en los valles del Bavispe y del Alto Moctezuma; del otro lado de la Sierra Madre se encontraban las rancherías de los conchos en la región de Casas Grandes. Ambos grupos, aliados a los españoles, habían logrado alto grado de desarrollo económico con el apoyo de los conquistadores y la introducción de la ganadería en el siglo XVII.

Pero al norte de esta línea formada por las últimas comunidades sedentarias se extendía una vasta región fronteriza recorrida por grupos nómadas distintos de los atapascanos, llamados sumas, emparentados con otros grupos que se encontraban al sur de la actual ciudad de El Paso y llamados jumanos.*

Al norte de los sumas, grupos que los españoles llamaban jocomes, probablemente atapascanos y que desde 1700 no se diferenciaban de los llamados arivaipa o chiricahuas. Estos grupos bien pudieron haber sido bandas emparentadas con los chiricahuas o haber sido absorbidos por éstos como ocurrió con otros grupos.

*Spicer, E. H. *Cycles of Conquest*. The University of Arizona Press, Tucson, 1976.

Al noreste de los sumas, otros grupos atapascanos llamados janos, eran seguramente chiricahuas o mimbreños. Más al este todavía, estaban los chinarras y los mansos, quienes más tarde y junto con los jumanos, fueron congregados alrededor de las misiones cerca de El Paso. Los chinarras no parecen haber pertenecido a los atapascanos. El grupo mas sureño de los atapascanos pudo haber sido el de los tobosos de Nuevo León y que los españoles en el siglo XVIII, consideraban apaches.

Según lo describe E. Spicer*, en esta región de desiertos y de angostos valles fértiles, se ubicaban a la llegada de los españoles 6 o 7 grupos distintos, desde los muy adelantados ópatas, sedentarios y agricultores, hasta los mansos, completamente nómadas.

Los sumas, como los jovas más al sur, estaban en un estado de transición entre nomadismo y sedentarismo. El territorio al norte de los ópatas y conchos estaba en proceso de reparto entre los grupos recién llegados de los chinarras, janos, jocomes y sumas.

Existen posibilidades de que los mismos ópatas hayan recientemente abandonado las regiones altas para asentarse en los valles del centro de Sonora, en un desplazamiento hacia el sur.

Fue esta región, donde los grupos indios luchaban entre sí para su acomodo, la que se volvió el lugar de conflicto a finales del siglo XVII, cuando los españoles quisieron imponer su ley.

Los apaches del Gila empezaron a atacar los poblados españoles del norte de Chihuahua y del este de Sonora con el apoyo de los sumas, janos, jocomes, conchos, chinarras y mansos. En 1684 Casas Grandes fue saqueada por los sumas y conchos; Carretas, en el paso entre Chihuahua y Sonora fue ocupada por los sumas.

La respuesta española a las depredaciones indias fue, en 1685, la decisión de construir el presidio de janos, al norte de Casas Grandes, con una guarnición española para proteger la frontera.

La presencia de apaches en Sonora fue notada más tarde que en Nuevo México y en Chihuahua. El padre Kino reporta haber encontrado unos apaches en el valle de San Pedro en 1698. Sin embargo, por la misma época dice que Sonora era atacada por los apaches desde varios años atrás.

El territorio situado entre la región Zuñi y los pueblos ópatas cayó progresivamente bajo la influencia de los apaches que saqueaban los pueblos de esta parte de Arizona. Ya los jocomes, sumas y janos habían iniciado sus ataques contra los ópatas en 1688, asaltando la ranchería de Santa Rosa en el alto Moctezuma. Los ópatas tuvieron que retirarse hacia un punto cercano donde más tarde se construiría el presidio de Fronteras. Por las mismas razones, españoles y ópatas abandonaron la región

*Spicer, 1976.

minera de Nacozari. Con soldados de refuerzo venidos de Sinaloa se construyó en 1690 el presidio de Fronteras, apoyando al de Janos.

A pesar de estas medidas, los ataques apaches encabezados por los chiricahuas y los gileños proseguían. Sobre el río Bavispe, Teras fue atacado y abandonado motivando el abandono de varios pueblos ópatas de los alrededores. Muchos pueblos españoles de la región del río San Bernardo fueron abandonados y los ataques directos llegaron hasta Batepito.

En 1693 se establecieron las compañías volantes para perseguir a los apaches que, en grupos de varios cientos a veces, conducían ataques frontales a pueblos españoles. A pesar de algunos éxitos parciales, las destrucciones y robos siguieron incrementándose. En 1693, la misión de Cocóspera fue completamente destruida.

En 1696 los conchos atacaron Nácori, a cien millas al sur del presidio de Janos. Al capturar y ejecutar el teniente Solís a algunos de sus cabecillas, los conchos nunca más se sublevaron contra los españoles.

A pesar de una corta pero violenta sublevación de los pimas contra los españoles y ópatas en que Tubutama fue destruido y Caborca atacado, la reacción de las fuerzas españolas apoyadas por seris, pronto permitió recuperar el control militar de esta región. La intervención del padre Kino favoreció la terminación de todas las hostilidades.

En 1698 los sumas solicitaron protección a los españoles contra los "indios a caballo" que los hostilizaban en la Sierra Florida. Desde entonces, no se volvió a oír de ellos, exterminados por sus antiguos aliados o absorbidos definitivamente por aquéllos y los jumanos de la región de El Paso.

Los apaches atacaban ahora simultáneamente los pueblos de la Pimería Alta. Los sobaipuris vivían en los valles de los ríos Santa Cruz y San Pedro. Los apaches atacaron la misión de Santa Cruz de Quíburi donde Coro, el jefe sobaipuri, los alcanzó. Se decidió un combate entre un grupo de 10 guerreros de cada bando. Los apaches fueron muertos y en la persecución cayeron 50 más. Sin embargo, y a pesar de estos éxitos, el balance seguía favorable a los apaches quienes ya se atrevían a atacar a los mismos presidios.

Para 1710 no quedaba un solo español al norte de la línea Janos-Fronteras, y al sur de esta línea lugares como Nacozari habían sido abandonados.

El territorio apache se extendía por lo tanto, desde las sierras de los zuñis, al norte por una línea indefinida entre el río Grande y el Pecos, donde colindaban con los comanches al oriente. Por el sur, su territorio se veía marcado por la línea de los presidios que corrían desde El Paso y Janos hasta Fronteras, y hacia el poniente colindaban con los pimas altos a quienes hostilizaban continuamente. Esta inmensa región fue el hogar de la cultura apache donde ningún blanco penetró hasta el siglo XIX.

Graves errores políticos cometieron entonces los españoles. Los comandantes de las compañías volantes estaban mucho más ocupados en incrementar sus fortunas personales dedicándose a la minería, que a cuidar los intereses del reino, y la guarnición del presidio de Fronteras quedaba frecuentemente incompleta. En 1724, el virrey Juan de Acuña ordenó adoptar una política defensiva o sea, no emprender expediciones al país de los apaches. Desde entonces, sintiéndose seguros, éstos perfeccionaron su típica táctica de atacar y huir.

Pero a medida que los grupos sedentarios y los españoles se retiraban hacia el sur, los apaches buscaban la manera de acercarse a los pueblos cada vez mas lejanos, que podían proveerles de ganado y otras presas. Atraídos por los ricos pueblos del centro de Sonora, los apaches llegaron entre 1730 y 1751, por el valle del río Sonora, a extender sus depredaciones hasta más al sur de Arizpe. Por el antiguo camino entre los presidios de Janos y Fronteras, llegaron hasta el medio Moctezuma, al sur de Cumpas y cerca de Sahuaripa en el alto Yaqui. Cocóspera fue vuelto a quemar.

Se construyó un nuevo presidio en Terrenate en 1742, y con fuerzas pimas y ópatas se realizaron algunas expediciones a la Sierra de Chiricahua sin ningún beneficio.

En 1750 la misión recién fundada de Guevavi y la de Bac, entre los sobaipuris, fueron destruidas. La capital de Sonora, San Juan Bautista, fue abandonada en 1751 y se construyó un nuevo presidio en Tubac para proteger el valle de Santa Cruz.

En 1754 se realizó una aparente alianza entre apaches y seris, quienes saquearon el valle bajo del río Sonora y los poblados alrededor de Ures. En 1751, los pimas de la región de Saric se sublevaron y un presidio fue construido en Altar en 1754. Ese mismo año, Fronteras fue atacado.

A pesar de varias expediciones en los años 1756, 57 y 58 siguió creciendo la presión apache, y en 1762 los sobaipuris abandonaron el valle del río San Pedro para establecerse alrededor de las misiones de Soamca, San Xavier del Bac y Tucson que fueron abandonadas temporalmente en 1763.

Por 1775 la guarnición del presidio de Tubac fue transferida a Tucson. En esa misma fecha se decidió la construcción de un nuevo presidio en el abandonado pueblo sobaipuri de Santa Cruz de Quíburi, pero su guarnición regresó cinco años después al presidio de Terrenate de donde había venido.

La expedición del coronel Domingo Elizondo, en 1768, tuvo cierto éxito contra los seris pero fracasó totalmente contra los apaches.

La situación económica y militar de la frontera se encontraba a tal punto grave que se comisionó al marqués de Rubi para estudiar la defensa y proponer medidas para su implementación. Las reformas que se dieron a partir de 1772 reforzaron la disciplina de las tropas y las

expediciones de castigo se volvieron más efectivas. Se reubicaron y consolidaron muchos presidios.

Hugo de O'Conor organizó una expedición en 1775 y otra en 1776, pero a pesar de los éxitos obtenidos, el capitán Juan Bautista de Anza observó a su regreso a Sonora, en 1777, que los apaches andaban libremente por todo el Estado.

Por razones estratégicas y de política interna se creó, en 1776, la Comandancia General de las Provincias Internas a la cabeza de la cual se colocó a Teodoro de Croix. Esta comandancia de carácter militar agrupaba las provincias de Nueva Vizcaya (Chihuahua), Sonora, Sinaloa, California, Coahuila, Tejas y Nuevo México.

Pero la política de exterminio y de deportación de esclavos daba, al cabo de tantos años, sus primeros resultados. Las bandas debilitadas se acercaban a los presidios para pedir la paz, como ocurría con los gileños, cuyos grupos más castigados se asentaron alrededor del presidio de Janos.

Teodoro de Croix recibió sin embargo, en 1779, la orden de la corona de no hacer guerra ofensiva a los indios.

Jacobo de Ugarte, nombrado gobernador de Sonora, aplica a los seris lo que puede entonces llamarse la "política de la mano dura con los indios" y propone su deportación masiva a Cuba. La tropa es incrementada con soldados pimas y ópatas quienes desde los años 80 forman los contingentes de 6 presidios y un piquete de dragones. Los soldados españoles también ven incrementar su número, así como la calidad de sus armas.

Los gileños buscaron el apoyo de los navajos para atacar Chihuahua en los inicios de los ochentas, pero Anza, gobernador de Nuevo México, apoyó a los comanches en sus ataques a los apaches y muchos navajos se aliaron también con los españoles para combatirlos a pesar de que el jefe Antonio el Pinto no haya querido hacerlo abiertamente.

En 1786, Jacobo de Ugarte recibió las instrucciones del virrey Bernardo de Gálvez para tratar con los indios, en particular con los apaches. El propósito fundamental de las recomendaciones de Gálvez consistió en desorganizar a las tribus indias haciéndolas cada vez más dependientes de los españoles. A aquellos grupos que persistieran con sus depredaciones se les aniquilaría, deportando a los sobrevivientes a lugares de donde no podrían regresar.

Según las instrucciones, los españoles debían firmar tratados con cada una de las bandas apaches y respetarlos escrupulosamente. La reciprocidad se lograría cuando los apaches se dieran cuenta de los beneficios que recibirían. Se les estimularía a establecerse cerca de los presidios para poder vigilarlos permanentemente, a cambio de entregarles raciones para vivir. Se recomendaba estimular entre ellos el consumo del alcohol hasta no poder prescindir de él. Se estimularía el comercio y los inter-

cambios entre ellos y los españoles para acrecentar su deseo de poseer objetos españoles, en particular armas de fuego que los indios no podrían reparar. El aprovisionamiento de pólvora y plomo podría ser inmediatamente detenido, neutralizado su armamento.

Paralelamente se recomendaba incitarlos a pelear entre sí y con otros indios para desunirlos y debilitarlos.

Poco a poco la política de Gálvez daba resultados. Las depredaciones disminuían en Sonora y muchas bandas se asentaban alrededor de los presidios. Chiricahuas y mimbreños llegaron a Arizpe, solicitando paz y raciones. Los que se asentaban cerca de los presidios eran vistos como enemigos por aquellos que vivían más al norte, como lo había previsto Bernardo de Gálvez. Los españoles, poco a poco, repoblaban los pueblos abandonados y reabrían las minas.

Pero Manuel Antonio Flores, sucesor de Gálvez, no lo veía del mismo modo. Los apaches asentados en paz alrededor de los presidios de Sonora, no dejaban de asaltar rancherías en Chihuahua.

Flores ordenó la guerra total contra los gileños así como el desalojo total de todos los apaches de Chihuahua entre ellos los mescaleros que, en caso de sublevarse, debían ser inmediatamente reprimidos. Un imprevisto incidente con tropas ópatas, frustó la concentración de los mimbreños alrededor de San Buenaventura.

Una campaña contra ellos, en que participaban los comanches, dio como resultado sesenta y un mimbreños muertos o capturados.

Entre 1788 y 1795 se buscó el modo de abrir una ruta entre Sonora y Nuevo México que pasara por Tucson. El capitán Manuel de Echegaray logró matar a 54 apaches y capturar a 125 que fueron mandados a México, con la ayuda de exploradores apaches como El Chacho y Compá. 55 de ellos se habían enlistado en sus compañías inflingiendo un duro golpe a los gileños.

Para 1793 existían ya ocho "establecimientos de paz", prototipo de las reservaciones norteamericanas, con aproximadamente dos mil apaches. Los jefes de las bandas se encargaban de administrar la justicia y cuando alguno huía, los otros debían unirse a las tropas para perseguirlo.

La paz que no se había logrado mientras la única política española hacia los apaches había sido el exterminio, dio los resultados esperados con una política de paz que permitió un apreciable desarrollo económico y social de las provincias internas de Sonora, Chihuahua y Nuevo México entre los años 1790 y 1820.

Pero pronto los efectos de la guerra de independencia se harían sentir. A partir de 1811 empiezan a escasear las raciones y muchas bandas ubicadas alrededor de los presidios de Sonora (que abarcaba Arizona) reiniciaron sus depredadaciones en Chihuahua y Nuevo México. Alrededor de los años veinte, algunos presidios habían sido abandonados provisionalmente y las guarniciones, muy reducidas y muy afectadas, no

podían perseguir a los indios rebeldes. Algunos grupos todavía permanecían en los alrededores pero la mayoría había regresado ya a sus antiguas andanzas. Desde entonces, los asesinatos, incendios, robos y destrucciones fueron incrementándose día a día. Entre 1820 y 1835, más de 5 000 mexicanos fueron asesinados y casi otro tanto abandonó la región según informa Ignacio Zúñiga.

En Sonora, a partir de 1830, se reinician los ataques a gran escala deplorándose la muerte de más de 200 personas en el solo año de 1833. En Chihuahua, la violencia llega a extremos nunca vistos antes, lo mismo que en Nuevo México, donde en el curso de un ataque mescalero los indios persiguieron y mataron a los soldados mexicanos por las calles de Socorro, en 1831.

En los años cuarenta, la población de Arizpe, entonces capital del Estado de Sonora, se redujo de siete mil a milquinientos habitantes, desplazándose finalmente la sede de los poderes a Ures.

El gobierno de Sonora ofreció, en 1835, una recompensa de cien pesos por cada cabellera de guerrero apache mayor de 14 años. Pronto se ofrecieron también recompensas de 50 pesos por las cabelleras de las mujeres y 25 por las de cada niño. Al poco tiempo eran tantas las cabelleras que se traían y que evidentemente no eran apaches en su gran mayoría, que el gobierno no podía pagar por ellas. Una nueva y dolorosa guerra había empezado.

Las recompensas pagadas por el gobierno de Sonora por cada cabellera india, atrajeron no sólo a cazadores mexicanos sino también a norteamericanos. James Johnson, amigo del jefe mimbreño Juan José Compá, hizo un convenio con el gobierno de Sonora. Reunió a la tribu y en medio de la fiesta empezó la masacre. Johnson mató a su amigo Juan José para vender su cabellera. Desde entonces, Mangas Coloradas, amigo de Juan José, se volvió enemigo de los angloamericanos.

El más notorio cazador de cabelleras fue "don" Santiago (James) Kirker, conocido con el apodo de "Rey de Nuevo México" quien reclutó un ejército de 150 asesinos (americanos, mexicanos, delawares y shawnees) para perseguir a los indios. En 1838 sorprendió una ranchería de indios y mató a 55, recuperando además para él y sus hombres más de 400 cabezas de ganado. El gobernador de Chihuahua lo invitó a firmar un convenio. En septiembre de 1839, Kirker con 200 hombres sorprendió a un grupo de apaches cerca de Taos y mató a otros cuarenta. El año siguiente capturó, en una redada, a 20 prisioneros. Cuando el general Francisco García Conde llegó a la gubernatura no quiso renovar el convenio con Kirker, que con frecuencia confundía a los peones de las haciendas con fieros apaches, y trató de actuar por su propia cuenta.

El odio entre mexicanos y apaches crecía cada día y la guerra se volvía cruel al extremo. En 1840 hubo una sublevación de los pápagos, y los comanches mataron a unas setecientas personas en Coahuila, exten-

diendo sus depredaciones hasta Tamaulipas y San Luis Potosí. llevándose al norte un botín de 18 000 cabezas de ganado.

La situación en Chihuahua no mejoraba y el gobernador García Conde tuvo que recurrir a "don" Santiago; en la entrevista no se llegó a ningún arreglo y "don" Santiago se volvió "jefe de la nación apache", ayudando a estos últimos a vender los productos de sus robos.

Esta situación en que ciertos particulares armaban a los indios y les compraban el producto de sus robos, no sólo caracterizó a "don" Santiago, sino a muchos otros incluyendo autoridades y al propio gobernador de Nuevo México. Josiah Gregg describe cómo vio, en 1840, a una fuerte partida de comerciantes con mulas cargadas con alcohol y armas salir de Santa Fe, para encontrarse con los Apaches y adquirir los productos de los robos cometidos en Chihuahua.

La situación era desesperadamente grave, cuando los yaquis se sublevaron en 1842 atrayendo en su rastro a los mayos, pimas y ópatas.

En Chihuahua el gobierno trataba de concertar arreglos con los mogollones, mimbreños y mescaleros, prometiéndoles raciones a cambio de regresar a sus prisioneros y de combatir a los comanches. Lo mismo se prometió a los comanches.

Pero tanto en Sonora como en Chihuahua la situación se agravaba y grandes partidas de comanches, de casi mil guerreros, llegaban hasta Zacatecas.

Se revivió la política de pagar recompensas por las cabelleras y Angel Trías, gobernador de Chihuahua, ofreció 9 000 pesos por la de "don" Santiago. Pero se hizo una contrapropuesta y "don" Santiago regresó a Chihuahua con 182 cabelleras de sus exsocios y amigos incluyendo la de su propio guía. En otra ocasión, sus hombres mataron en un ataque sorpresa a otros 200 apaches. En julio de 1846 Kirker mató al jefe apache Reyes y a 148 más. Este es el hecho descrito por el viajero inglés George Ruxton y que Lejeune atribuye a Glanton, otro cazador de recompensas.

Pero la guerra entre México y los Estados Unidos, no permitía que se distrajeran fondos, por lo que se suspendió el pago de recompensas y ante las amenazas de "don" Santiago sólo se mantuvo una de 10 000 pesos por su cabeza. "Don" Santiago se fue hacia el norte.

El tratado de Guadalupe Hidalgo que daba término a la guerra entre México y los Estados Unidos, especificaba que los Estados Unidos eran responsables por los daños que los indios venidos de aquel país ocasionaran a México y éstos se comprometían a usar sus fuerzas armadas para impedir y castigar los delitos cometidos en México por aquellos indios. Pero pronto la empresa se reveló imposible. Los apaches no sólo cruzaban libremente la frontera sino que encontraban del lado americano el apoyo de los comerciantes angloamericanos que les compraban el producto de sus depredaciones a cambio de alcohol y armas.

El mismo James S. Calhoun, al llegar a Nuevo México como agente indio, protestó contra los comerciantes que visitaban a los apaches en completa seguridad porque les proporcionaban armas y menciona lugares regulares de encuentro donde los comerciantes esperaban a los indios a su regreso de México.*

A pesar de que los agentes indios norteamericanos disponían de autoridad para firmar convenios con los indios, en que estos debían comprometerse a no invadir y robar en territorio mexicano, los apaches no entendían esta actitud. Para ellos los americanos eran enemigos de los mexicanos y por lo tanto sus aliados en esta guerra permanente. Poco a poco los americanos perdían la confianza de los indios y empezaron los hechos violentos.

Los estados norteños de México revivieron su política de pagar recompensas por las cabelleras. En Chihuahua se pagaban 150 pesos por una mujer o un niño vivo, 250 por un guerrero vivo y 200 por la cabellera de un guerrero mayor de 14 años. Cuando el gobernador Trías ofreció 1 000 pesos por la cabellera del jefe mescalero Gómez, la respuesta de este jefe fue ofrecer la misma cantidad por la cabellera de cualquier mexicano o americano.

Los cazadores de cabelleras como Kirker y Glanton, para lograr mayores ganancias, mataban, sin diferenciarlos, a todos los indios y mexicanos que se les cruzaban en el camino. Cuando el gobernador de Chihuahua se enteró del hecho ofreció una recompensa por la cabellera de Glanton, quien se dirigió entonces a Sonora para cobrar los 6 500 pesos que "valían" las cabelleras que tenía almacenadas. Para terminar con este asunto, a partir de 1850 se decretó que sólo los mexicanos podrían cobrar recompensas y los cazadores profesionales se fueron a California. Glanton fue muerto en el trayecto por los yumas.

Para los apaches, empezaba una nueva etapa de su historia: sus relaciones con los anglosajones.

Los apaches habían logrado expulsar a los mexicanos de casi todo el territorio que ellos consideraban suyo. Pero a partir del momento en que Nuevo México y Arizona pasaron a ser territorio norteamericano, los anglosajones, en pequeños grupos, penetraron a los sitios que los mexicanos habían abandonado. Las minas de Santa Rita fueron ocupadas y el antiguo presidio fue reconstruido y llamado Fort Webster.

Con la Comisión de Límites Americana, algunos mineros entraron al territorio mimbreño controlado por Mangas Coloradas, quien no veía con buenos ojos la presencia de tantos blancos en sus tierras. Un grupo

*Worcester, Donald, *The Apaches. Eagles of the Southwest*. University of Oklahoma Press, 1979: 45.

de mineros cometió el grave error de azotarlo y pronto los apaches empezaron a matar a los blancos.

Del lado mexicano, tanto en Chihuahua como en Sonora los apaches tenían el control absoluto sin que nadie se atreviera a pelear con ellos. El ejército estaba prácticamente desarmado y la población civil que quedaba en los pocos pueblos todavía habitados, estaba tan desmoralizada que dejaban a los apaches robarles lo último que les quedaba sin pelear. Entre 1851 y 1853, más de 500 personas fueron asesinadas en Sonora. El jefe Tánori dirigía una partida ópata que perseguía constantemente a los apaches. Los ópatas, así como los pimas, estaban siempre dispuestos a pelear contra sus enemigos tradicionales.

Los norteamericanos no tenían ninguna política determinada para con los apaches. Por una parte pedían a los indios que devolvieran a los prisioneros mexicanos y dejaran de incursionar en este país; por otra, los civiles norteamericanos asesinaban impunemente a los indios. Fort Webster fue abandonado, vuelto a ocupar y abandonado de nuevo, a pesar de que su presencia pudo haber facilitado el control sobre los mimbreños.

Mientras los agentes indios proponían tratados a los apaches, el Congreso Norteamericano los rechazaba. El desorden se incrementaba, así como el número de incidentes violentos. El propio Calhoun escribía en 1852, que "si la situación seguía así, era mejor devolver Nuevo México a los mexicanos y a los apaches".*

Además, la organización de los apaches en bandas autónomas y frecuentemente enemigas entre sí, obligaba a entablar relaciones con cada una para lograr acuerdos que los demás no respetaban.

Pero sobre todo, el gobierno norteamericano seguía despreocupado por el problema de la frontera y mientras el gobernador de Nuevo México, William Carr Lane, acordaba la paz con los indios y les daba provisiones, su sucesor, David Meriwether, decidía que la política de paz, que no había dado resultado, debía ser sustituida por una política de fuerza. Los apaches se sintieron traicionados por los americanos y la guerra estalló con toda violencia. Mientras tanto, en Sonora, durante el solo mes de julio fueron asesinadas 170 personas.

Pero el propio gobernador Meriwether hacía una observación muy importante para los intereses norteamericanos: "La facilidad e impunidad con que Sonora y Chihuahua eran asaltados y robados, salvó en gran medida a nuestra gente de similares asedios durante el pasado y el presente año".**

*Abel. 1945, citado por Worcester, 1979-59.

**Report of the Secretary of the Interior, 1854: 133, citado por Worcester, 1979-59.

E.A. Graves, agente indio de los mimbreños, declaraba: "que esta raza, la aborigen de América, está destinada a una rápida y definitiva extinción, de acuerdo con las leyes ahora vigentes, tanto civil como divina, . . . Todo eso puede ser esperado de un iluminado y cristiano gobierno como el nuestro, para preparar y arreglar el paso hacia su salida final de la existencia humana".*

Las peticiones de los agentes indios por provisiones se justifican con la frase de George W. Manypenny:
"hasta cierto punto, hemos tomado las tierras de estos indios, quitándoles su única fuente de abasto. Debemos ahora enseñarles a vivir sin estos abastos, o su destrucción es inevitable".**

La guerra de exterminio, única política indigenista oficial, empezaba y pronto los jicarillas sobrevivientes firmaron un tratado de paz y aceptaban vivir en dos pequeñas reservaciones en el norte de Nuevo México.

Los mescaleros, asimismo, aceptaron una reservación en su propio territorio, cerca de Fort Stanton, construido en 1855. Como siempre, estos tratados fueron rechazados por el Congreso, obligando a los indios a regresar a sus antiguas correrías y al exterminio.

Aquellos que vivían en las reservaciones vieron prohibidas todas las posibilidades de movimiento, así como de organizar cacerías para abastecerse de carne y otros productos. Además, sólo se les distribuía raciones parciales, insuficientes para sobrevivir. Sin embargo, el deseo de paz por parte de los apaches era evidente y a pesar de los abusos y de las malas condiciones, muchos grupos aceptaban ir a las reservaciones y dedicarse al cultivo.

Los mogollones seguían reacios y el ejército salió a castigarlos. Ante los pobres resultados obtenidos, la tropa abrió fuego contra un pacífico campamento mimbreño del jefe Delgadito.

Los mogollones emprendieron una campaña de represalias, aliados con bandas de coyoteros, de que fue víctima Henry Dodge, el agente navajo. El coronel B.L. Bonneville emprendió la famosa Expedición del Gila en 1857, exterminando parte de los mogollones, coyoteros y mimbreños. Asustados y diezmados, los gileños se abstuvieron de depredar en Nuevo México contentándose con hacerlo en Sonora. Los indios solicitaron la firma de un tratado de paz, pero por carecer de instrucciones y de autoridad, los oficiales americanos rehusaron esta posibilidad.

Después del Tratado de la Mesilla, firmado en 1853, los angloamericanos empezaron a penetrar en la franja de Arizona y Nuevo México situada al sur del Gila.

*Report of the Secretary of the Interior for 1854: 389, citado por Worcester, 1979-60.
**Keleher, W.A. *Turmoil in New Mexico. 1846-1868.* Santa Fe. 1952, citado por Worcester. 1979: 61.

Fue hasta junio de 1857 cuando se construyó el primer fuerte en el sur de Arizona para proteger Tucson y la población dispersa. Sin embargo, Fort Buchanan fue abandonado y quemado en 1861. Los civiles americanos, sin protección oficial, decidieron tomar sus propias medidas de seguridad realizando acuerdos, como en el caso de Charles D. Poston, quien para proteger sus intereses mineros había firmado en 1856 un convenio con los apaches, quienes aceptaban vivir en paz con los americanos a condición de que éstos los dejaran continuar sus "negocios" en México. El mismo Poston se estableció en el presidio abandonado de Tubac.

Simultáneamente, el representante del Indian Bureau, el doctor Steck, logró firmar convenios de paz con Cochise y sus chiricahuas y unos similares con los poderosos coyoteros y los pinaleños del Cañón del Oro, cerca de Tucson. Sin embargo, en ningún caso se habló de la situación de los Estados de Sonora y de Chihuahua.

El tratado de Guadalupe Hidalgo no pareció preocupar mucho a los norteamericanos, quienes veían con buenos ojos que los apaches organizaran sus correrías en México, aliviando así el peso de sus depredaciones en el lado norteamericano.

A pesar de la convivencia, ambos grupos, blancos e indios, tenían continuas diferencias y el ejército comprendió su impotencia para dominar a estos últimos. Se sugirió el establecimiento de una cadena de fuertes y el doctor Steck vio la posibilidad de juntar a los chiricahuas con los mimbreños de Nuevo México. Eran los primeros pasos de la política de concentración y de exterminio de los apaches.

El incidente de Apache Pass fue el inicio de la guerra de los americanos contra los apaches.

A fines de 1860, un grupo de apaches robó ganado y secuestró al hijo de la esposa de John Ward, llamado Félix. Una fuerza a las órdenes del teniente George N. Bascom salió en enero del 61 a perseguirlos y, si fuera posible, a rescatar al joven Félix. Llegando a Apache Pass, Bascom mandó tomar a 6 chiricahuas como rehenes que debían ser ejecutados si Cochise no devolvía al joven. Cochise negó tener al desaparecido y trajo a Francisco, jefe de los coyoteros, quien también aseguró nunca haber tenido al joven. Para recuperar a su gente, Cochise capturó a 4 americanos y propuso a Bascom un intercambio de prisioneros. Este no acepto el trato y los prisioneros fueron ejecutados por ambos lados.

Según otra versión,* John Ward, que vivía en el valle de Sonoita, se embriagó y golpeo al hijo de la mujer mexicana con quien vivía. El niño huyó a Sonora, a casa de unos familiares de su madre. Sobrio, Ward acusó a Cochise y a los chiricahuas haber robado ganado y secuestrado al niño.

*Faulk, Odie B., *The Gerónimo Campaign*. Oxford University Press, New York, 1969: 10: 11.

El teniente Bascom instaló su campamento en Apache Pass e invitó a Cochise a una plática. Cochise entró a la tienda de campaña con algunos familiares y amigos mientras Ward y los soldados los rodeaban. Entonces Bascom dijo a Cochise que todos quedaban como rehenes hasta que el niño y el ganado fueran devueltos.

Cochise sacó su cuchillo, cortó la tela de la tienda y logró pasar entre los soldados, pero los demás fueron hechos prisioneros.

El asesinato de rehenes ocurrió después.

A partir de este momento, empezaron los asaltos y asesinatos de todos los blancos, americanos y mexicanos que se encontraban indefensos en Arizona, y Cochise, profundamente afectado por la muerte de sus amigos, inició una guerra sin piedad contra los americanos.

Las tensiones entre sur y norte crecían y muchos oficiales del ejército renunciaban para incorporarse al ejército de la Confederación. Para proteger Nuevo México de los ataques confederados venidos de Texas, la tropa recibió la orden de dirigirse al este, abandonando y destruyendo los fuertes. La población civil, sin protección, abandonó ranchos y minas para refugiarse en Tucson y otros pueblos fuera de la Apachería.

Las tropas confederadas ocuparon parte de Nuevo México y los combates contra los mimbreños y mescaleros se volvieron muy frecuentes. El coronel John R. Baylor, nombrado también gobernador territorial de Arizona, ordenó a sus oficiales no escatimar recursos para exterminar a los apaches y matar a todos los adultos y vender a los niños como esclavos para recuperar los gastos necesarios para matar a sus padres.

Cuando los confederados se retiraron en 1862, los apaches pensaron que habían logrado rechazar a los blancos y podían recuperar sus tierras que habían sido ocupadas por los intrusos.

Ante el recrudecimiento de los ataques, James H. Carleton, encargado militar de Arizona y Nuevo México, reinició la política de construcción de fuertes: Camp Lowell, cerca de Tucson, Fort Buchanan reconstruido y Fort Stanford en sustitución del antiguo Fort Breckinridge. A la entrada de Apache Pass se construyó Fort Bowie.

Las hostilidades prosiguieron y un fuerte destacamento militar fue atacado por Cochise y Mangas Coloradas, quien resultó herido en el encuentro. Carleton reabrió Fort Stanton y con la ayuda de Kit Carson inició su política de mano dura con los apaches. Sus órdenes a Carson fueron: "Los indios deben ser duramente castigados . . .sin aceptar pláticas ni entrevistas. Todos los indios de estas tribus deben ser muertos cuando y donde se les encuentre. Las mujeres y los niños no serán perjudicados, pero traídos como prisioneros y alimentados en Fort Stanton mientras reciba instrucciones".* Todo tratado de paz quedaba estric-

*Sabin, E.L., *Kit Carson Days*, 1809-1868, 2 tomos, New York, 1935, citado por Worcester, 1979: 84.

tamente prohibido. Cuando el jefe Manuelito, de los mescaleros, encontró al capitán J. Graydon; quiso parlamentar y pedir paz. Graydon atacó el campamento y mató a Manuelito y a muchos mescaleros. Cadete, quien sucedió en el mando a Manuelito, se rindió con el resto de su banda y fue conducido a la reservación de Bosque Redondo cerca de Fort Sumner, a finales de 1862.

Carleton organizó hacia el sur, contra los gileños, una campaña al mando del coronel John R. West, quien solicitó la cooperación de las autoridades de Sonora y Chihuahua contra los indios que, para escapar, trataban de pasar la frontera. Esta campaña se desarrolló con la misma dureza que la anterior contra los mescaleros.

En enero de 1863, Mangas Coloradas fue capturado y torturado a muerte durante una noche entera. El reporte oficial decía que fue muerto al intentar fugarse. Un soldado de los voluntarios de California, quien aseguró haber estado presente, declaró más tarde que el general, entonces coronel West dijo a los guardias: "hombres, ese viejo asesino . . .dejó una huella de sangre sobre las 5 000 millas de las viejas pistas. Lo quiero muerto o vivo para mañana, ¿entienden? lo quiero muerto",* La muerte de Mangas Coloradas fue recordada por los apaches como una de las mayores traiciones hechas a su pueblo. Para 1865 los gileños estaban diezmados.

Al mismo tiempo, Carson fue encargado de apaciguar a los navajos, enemigos de los mescaleros, y Carleton ordenó que ambos grupos fueran colocados en la reservación de Bosque Redondo que no alcanzaba ni para los mescaleros. Pronto se concentraron 8 000 personas, la cosecha fue muy mala y la miseria espantosa. El *New Mexican,* periódico de Santa Fe, burlándose de los indios y de su situación comentó; "8 mil indios cuya mente sin guía, no sabe lo suficiente como para taparse el trasero . . .".** A pesar de las protestas del doctor Steck, Carleton quedó inconmovible y no alteró sus órdenes en lo más mínimo. Los indios morían de hambre y de enfermedad y cuando un grupo trataba de escapar, Carleton ordenaba perseguirlos y matar a todos los hombres ya que el deber de los indios era permanecer en Bosque Redondo y "ser felices".

Se promovió una entrevista con los mimbreños sobrevivientes de la banda de Mangas Coloradas, entre los que se encontraba Victorio, tres hijos de Mangas Coloradas y Nana, para que estos fueran a vivir a Bosque Redondo. Victorio dijo no poder mandar a una delegación a visitar la reservación por no tener caballos y el coronel N. H. Davis decidió que

*Conner, Daniel E., *Joseph Reddeford Walker and the Arizona Adventure.* Ed. por Donald Berthrong y Odessa Davenport Norman, Oklahoma, 1956: 34-49, citado por Worcester, 1979-91.

**Keleher, W.A., 1952, citado por Worcester, 1979: 92.

eso era mala fe y dio a sus tropas la orden de matar a todos los hombres; "muerte a los apaches y paz y prosperidad para esta tierra, es mi lema".*

Los mescaleros, desesperados, huyeron de Bosque Redondo bajo el mando de Ojo Blanco, en marzo de 1864. Sin embargo, el conflicto entre las autoridades civiles del Bureau of Indian Affairs y el ejército llegó hasta Washington, integrándose una Comisión Mixta para estudiar la situación de los indios, a cargo del senador J. R. Doolittle. La investigación puso en evidencia los malos tratos a que fueron sometidos los indios, Carleton fue removido, la reservación de Bosque Redondo fue cerrada en 1868 y los indios regresaron a sus tierras.

El general John H. Pope, en un informe dirigido al general U. S. Grant, comenta: "nadie sabe la extensión del daño hecho a los indios por los blancos . . ."

El agente indio Lorenzo Labadi, que logró este cambio, renunció a su cargo por no existir "un acercamiento inteligente al problema apache". Todo parecía calmarse ya que todos estaban cansados.

Diez años después del tratado en que el territorio de Arizona al sur del Gila pasó a ser norteamericano, Arizona fue separado de Nuevo México y quedó, de 1863 a 1865, bajo el mando del teniente Carleton. En mayo de 1863, Carleton ordenó al teniente Thomas T. Tidball atacar un campamento apache en el cañón de Arivaipa; 50 indios fueron muertos y otros tantos heridos.

King Woolsey, un granjero especializado en la guerra contra los apaches, inventó su propio método de combate. A principios de 1864, encontrando su campamento rodeado por los apaches, revolvió estricnina con pinole y convidó a los indios. Hambrientos, éstos comieron puños de su pinole y muchos cayeron muertos mientras los otros huían. Es lo que Woolsey llamaba el "tratado del pinole". Woolsey mató todavía a otros 50 apaches.

Diferentes grupos de civiles y de voluntarios mataron a 23 apaches en 1865; al año siguiente lograron matar a cuarenta más, y en una reunión en que los indios y blancos negociaban la paz, llegó la tropa y mató a 32 más.

A pesar de las matanzas de indios, Arizona seguía siendo una región peligrosa; el magnífico Rancho de Calabazas, perteneciente a Manuel María Gándara, gobernador de Sonora, estaba abandonado, lo mismo que la mayoría de los ranchos importantes, como el de Arivaca.

**Condition of the Indian Tribes: Report of the Joint Special Committee Appointed under Joint Resolution of March 3, 1865*. Washington D.C., 1867, citado por Worcester, 1979: 95

Carleton ordenó a la tropa una campaña especial de pacificación con la tradicional consigna de "matar a todos los hombres".

El capitan Whitlock inauguró la pacificación matando a 30 apaches.

El teniente coronel Nelson H. Davis mató a 49, y al final de la campaña, que duró 2 meses, 216 apaches habían sido muertos.

El gobernador Goodwin declaró que "sólo existirá una política para los apaches, la guerra de exterminio hasta que se rindan y vayan a reservaciones . . ." sólo que no existían tales reservaciones.

No existía ninguna política indigenista con excepción del exterminio. Uno de los ejemplos de esta situación se dio en marzo de 1865, cuando un grupo de apaches se presentó en Camp Goodwin solicitando al mayor Gorman aceptara su rendición.

El mayor quedó confundido ya que no disponía de abastos ni de carretas para llevar a los indios a otro lugar, sólo tenía órdenes de matar a los hombres. Al rato, novecientos indios harapientos y hambrientos se amontonaban alrededor del campamento.

Lo mismo ocurrió en Fort Mc Dowell y en Camp Lincoln. Para preservar la paz de Arizona, debió haberse incrementado el número de soldados y creado las reservaciones, pero nada de eso ocurrió.

Los blancos ejercían presiones permanentes en contra de los yavapais, arivaipas, tontos y piñaleños. Algunos aceptaron vivir en las reservaciones, que sólo eran áreas apartadas sin que sus límites hubieran sido determinados, pero las condiciones resultaron tales, que muchos regresaron a sus antiguos territorios sembrando la desesperación en el centro y el sur de Arizona. Los tratados de paz que otros firmaban con el ejército eran rechazados por los altos oficiales que querían una rendición incondicional y exigían que todo indio encontrado fuera de la reservación, fuera considerado hostil. Las campañas empezaron de nuevo en 1867 bajo el mando operativo del general J. I. Gregg. En 1868 el general T. C. Devin, comandante del subdistrito de Prescott, recibió las órdenes del general Ord de "capturar y desarraigar a los apaches por cualquier medio y de cazarlos como si fueran animales salvajes".*

En 1868, cuando el gobernador de Arizona, H. H. Heath, pidió a la población civil que se encargara de su propia seguridad, empezó la matanza indiscriminada de indios. Diez jefes yavapais fueron invitados a parlamentar y en el curso de la reunión fueron asesinados, destruyendo toda posibilidad de paz y mientras el juez federal H. H. Carter se rehusaba a tomar medidas en contra de los asesinos, los indios mataban a todos los blancos que podían.

Sin embargo, en su informe de 1869 el general Ord describe con bastante exactitud la situación prevaleciente y sugiere algunas medidas.

*Ogle, Ralph H., *Federal Control of the Western Apaches 1848-1886*, Albuquerque, 1970, citado por Worcester, 1979: 110.

Reconoce que la principal actividad económica de los civiles consiste en vender caballos y abastos al ejército. Por lo tanto les conviene un estado de guerra permanente con la participación de un número creciente de soldados y asesinando a los indios para mantener vivo el odio.

Ord reconoce que las bandas, como la del jefe Miguel que visitó en las Montañas Blancas, podrían vivir en una reservación decente bajo la protección de un puesto militar y volverse un foco de civilización para los apaches. El jefe Miguel le propuso la cooperación de sus guerreros para perseguir a los rebeldes y lograr así en poco tiempo, la paz tan deseada por blancos e indios.

Ya que la única política indigenista era el exterminio de los apaches, a éstos sólo quedaba la de morir peleando. Pero la llegada de Grant a la presidencia, en 1868, abrió otra alternativa: en 1869 una delegación de cuáqueros se entrevistó con él, proponiéndole una nueva actitud que consistiría en civilizar a los indios por la educación, decretándose así una política de paz.

El ejército y el Bureau of Indian Affairs fueron relegados a segundo término y Vincent Colyer viajó a Arizona para entrevistarse con los navajos y los apaches, convenciéndose de su deseo de vivir en paz.

El general Sherman concluyó que la ocupación del suroeste era prematura y declaró al ministro de Guerra, W. W. Belknap, que "el mejor consejo que podía dar, era ordenar a los colonos retirarse y hacer lo mismo con el ejército para dejar la región a la población aborigen"*.

En abril de 1870, Arizona y California del Sur se volvieron Departamento. El general George Stoneman quedó como comandante del Departamento, estableciendo su cuartel general en Fort Whipple. Al mismo tiempo, el Congreso estableció una política de reducción de gastos que disminuyó las actividades militares y los civiles empezaron a acusar a Stoneman de inactividad, mientras los partidarios de una política de paz acusaban a Stoneman de exceso de crueldad y de atacar a todos los apaches por las culpas de unos cuantos.

En mayo de 1870 un convoy de carretas fue atacado por los indios; el teniente Howard B. Cushing, hombre valiente pero poco cuidadoso de la vida de sus hombres, fue encargado de la persecución. Ayudado por un explorador apache localizó la partida y mató a 30 de ellos. El grupo destruido regresaba de México y se había encontrado casualmente con las carretas.

Ante la creciente amenaza en el sur de Arizona, Cushing fue transferido a Fort Lowell dónde pensaba realizar su sueño de eliminar a Cochise. En una expedición que dirigió en la Sierra de Huachuca entabló combate con los indios, resultando muerto con varios de sus hombres. Al parecer,

*Ogle, R. H., *op-cit.*, citado por Worcester: 114.

la partida india estaba al mando de Juh, jefe de los apaches nednhi, quien más tarde sería compañero de Gerónimo.

Impedido para nombrar a militares como agentes indios, el presidente Grant recurrió a las sectas religiosas, y la Dutch Reformed Church fue autorizada para nombrar agentes en las reservaciones de Arizona.

A fines de 1870 el teniente Royal E. Whitman llegó con su tropa a Camp Grant; hombre de carácter, hizo lo posible para realizar lo que consideraba justo. Poco después varios jefes apaches, encabezados por Eskiminzin, le solicitaron la paz. Eskiminzin era conocido en la región ya que muchos lo hacían responsable de numerosos asesinatos mientras otros lo exculpaban.

Whitman alimentaba a los indios mientras esperaba instrucciones de Stoneman. De febrero a marzo se concentraron más de 300 apaches cerca de Camp Grant. Whitman logró que algunos rancheros emplearan a los indios en las cosechas y estos parecían satisfechos de vivir en paz.

Sin embargo, algunos habitantes de Tucson, ante la persistencia de saqueos y asesinatos, acusaron a Whitman de proteger a un nido de asesinos.

El asalto de una carreta y el asesinato de un granjero de Tubac fueron pretextos para un editorial del periódico *Citizen* de Tucson, que maliciosamente preguntaba: "¿Permitirá el comandante del Departamento que se siga alimentando a asesinos con el dinero del pueblo?"*

Se hicieron manifestaciones de civiles pidiendo campañas contra los indios, pero al mismo tiempo se hacían otros planes en silencio.

William S. Oury encabezó una delegación que se entrevistó con Stoneman quien, para no intervenir, autorizó a los civiles a defenderse. El capitán Frank Stanwood obtuvo la autorización de seguir alimentando a los indios que en número de más de 400, habían movido su campamento río arriba, donde había todavía agua. C.B. Briesly, médico asistente de Camp Grant comentó: "He estado casi con todas las tribus de la Costa del Pacífico y . . .nunca he visto indios que mostraran la inteligencia, honestidad y deseo de aprender que manifiestan estos indios".

Debido a un incidente en que unos apaches robaron algunos caballos a los pápagos y otro en que 4 colonos fueron muertos persiguiendo a una partida de apaches, se reunió la gente de Tucson encabezada por el representante de los mexicanos Juan Elías y William Oury y sus gentes, y convencieron a Francisco, jefe de los pápagos, para unírseles en una expedición contra los apaches de Camp Grant.

La expedición se componía de 48 mexicanos, y de los 82 americanos que prometieron participar sólo acudieron Oury y 5 más. Con el apoyo de 94 pápagos se fueron acercando a Camp Grant.

*Hastings, James R. *The Tragedy at Camp Grant in 1871*. Arizona and the West 1, 1959, citado por Worcester, 1979: 120.

Temprano en la mañana, el grupo se deslizó en el campamento apache y con garrotes y cuchillos empezó la masacre. Muchas mujeres fueron violadas antes de ser muertas. Al final, juntaron algunos niños y prendieron fuego a las cabañas.

El capitán Stanwood mandó 2 mensajeros para avisar al teniente Whitman, pero fueron detenidos por los hombres de Oury que no los dejaron pasar. Los muertos alcanzaron un número de 85 a 135 de los que sólo 8 eran hombres.

Cuando Whitman llegó sólo quedaban cenizas y cadáveres. Al anochecer del día 3 de abril, regresaron algunos sobrevivientes al campamento; Eskiminzin cargaba a su hija en brazos.

Antes de que la noticia llegara a Washington, Stoneman fue sustituido por el general George Crook quien había ganado fama combatiendo a los paiutes. Crook estaba convencido de que los civiles tenían razón y que Whitman estaba equivocado.

Apenas instalado, ordenó una campaña contra los apaches. Prohibió alimentar a los indios.

Eskiminzin se fue a la sierra donde reinstaló su campamento, que poco después fue atacado por la tropa, convenciéndose de que definitivamente no había posibilidades de paz con los blancos. Se despidió de su amigo Whitman y retirándose a la sierra fue a visitar a un viejo amigo, Charles Mc Kinney, con quien comió y fumó. Al irse mató a Mc Kinney comentando más tarde que lo hizo para convencer a su gente que no había amistad con los blancos. "Cualquier cobarde puede matar a su enemigo . . .pero se requiere mucha valentía para matar a su amigo".

Vicent Colyer, antes de regresar a Arizona, tuvo una entrevista con el presidente Grant quien le dio plena autoridad para crear las reservaciones que aquél juzgara necesarias para garantizar la paz con los indios. También Grant dio instrucciones al secretario de Guerra para que el ejército respetara los acuerdos que Colyer lograra con los indios.

En la agencia de Cañada Alamosa, en Nuevo México, vivían cerca de 800 indios, entre ellos Cochise, Victorio, Nana y Loco. En una reunión celebrada con los jefes indios y el agente W. F. Arny, Cochise le dijo que desde el incidente de Apache Pass, en 1861, había matado a muchos blancos y ya que el hombre blanco casi nunca decía la verdad ni respetaba sus promesas, los indios no tenían más recursos que pelear. Dijo que su gente quería vivir libre y no en una reservación y a la invitación de Arny de volverse "civilizados", Cochise contestó que los indios no querían ser como los blancos.

Mientras tanto, los colonos del condado de Grant habían decidido que recuperarían por la fuerza sus pertenencias robadas "aun con el sacrificio de cada hombre, mujer y niño indio".* Esto incluía también a todos

*Colyer, Vincent, *Peace with the Apaches of New Mexico and Arizona*. Washington, 1871, citado por Worcester; 127.

aquellos indios, sus cómplices agentes y oficiales del ejército. Los ciudadanos del condado estaban decididos a poner un "hasta aquí" y si no "la masacre de Camp Grant caería en la sombra, y Alamosa quedaría a la altura de Sand Creek".*

El agente Piper, avisado a tiempo, solicitó urgentemente el apoyo del ejército. Pero los apaches, asustados por las masacres anteriores y viendo a los soldados, huyeron a los cerros de donde no quisieron bajar para platicar con Colyer. Considerando que el lugar no era seguro, Colyer cambió la reservación al valle de Tularosa.

En Arizona, Colyer se entrevistó con los tontos que le declararon que "hasta los conejos vivían más seguros que ellos". Los yavapais empezaron a entrevistarse con él, pero una noche partieron rápidamente ya que el guía mexicano, para no perder su empleo, corrió el ruido de que llegaba una partida de indios pimas.

En Camp Apache, Colyer se entrevistó con los coyoteros que trabajaban como leñadores y peones. Pero poco después de informarse de la masacre de Camp Grant, todos huyeron a la sierra.

Cruzando el territorio, llegó a Camp Grant donde supo que un grupo de colonos armados querían irrumpir en la estación de aprovisionamiento para los apaches. El capitán Nelson mandó al teniente Whitman a detener a los blancos con la amenaza de que la tropa dispararía contra los civiles si estos persistían en su actitud.

Por su parte, Eskiminzin rehusó cambiar su campamento por lo que Colyer designó Camp Grant como una reservación oficial.

En Camp Verde encontró a los yavapais enfermos y hambrientos. por lo que les creó su propia reservación.

Finalmente encontró a los tontos y tuvo una dramática entrevista con Delshay descrita por Colyer (1871). La entrevista se interrumpió y los indios desaparecieron al saber que mientras hablaban de paz, una partida de pimas y maricopas sorprendió su campamento en el valle de Reno y mató a 32 mujeres y niños.

A su regreso a Washington, Colyer dejaba a 3 700 apaches, o sea casi la mitad del total, viviendo pacíficamente en reservaciones habiendo logrado con su política de paz lo que no se había podido lograr con las armas. Sin embargo, Crook, ante el éxito de la política de paz, tenía miedo de quedar ante los ojos del público como el "gran carnicero norteamericano".**

La oposición entre los civiles del Bureau y el ejército tomaba un aspecto que no beneficiaría a nadie.

Ibid.

**Ogle, Ralph H., *Federal Control on the Western Apaches* 1841-1886, Albuquerque, 1970, citado por Worcester, 1979: 132.

Mientras tanto Rowell, el procurador del Distrito, llegó a Tucson para instruir el caso de la masacre de Camp Grant, ordenado por el presidente Grant. El gran jurado formó una lista de 108 acusados a la que agregó el nombre de Eskiminzin por el asesinato de Mc Kinney.

Como dice Worcester, durante el juicio "el abogado defensor justificó la masacre e hizo aparecer que el teniente Whitman era el juzgado. Lo más sorprendente del juicio no fue que los acusados quedaran exonerados, sino que la deliberación del jurado sólo durara 19 minutos.*

Whitman tuvo que enfrentarse a varias cortes marciales en las que finalmente fue declarado culpable de usar "un lenguaje inapropiado ante un oficial superior".**

Un estallido de ataques dio término a la política de paz y Crook fue autorizado a emprender una enérgica campaña contra los apaches. Al mismo tiempo, se le dio permiso para nombrar a sus propios agentes, eliminando así a Whitman.

Sin embargo, Grant quiso dar otra oportunidad a su política de paz en Arizona y mandó al general Howard para resolver el problema apache.

Howard tuvo una entrevista con Crook quien le convenció de no reinstalar a Whitman en sus funciones.

En una gran reunión celebrada en Camp Grant a la que asistieron tanto indios como mexicanos y norteamericanos, cada quien presentó sus quejas. A la solicitud de Eskiminzin de que se devolvieran a los niños apaches cautivos, los mexicanos que los criaban se negaron. Sin embargo, por orden del presidente fueron devueltos a los apaches.

A petición de los apaches se canceló la reservación de Camp Grant creándose otra en San Carlos; no obstante se denegó la solicitud de Eskiminzin de que Whitman fuera su agente.

Después de la reunión Howard preguntó a Eskiminzin si podía visitarlo a salvo en su campamento, aún en tiempo de guerra, a lo que éste contestó "¡no! a menos que quiera que lo maten". Cuando Howard preguntó si algún blanco podía hacerlo, Eskiminzin contestó: "el teniente Whitman".***

Después de una breve visita a Camp Apache, Howard regresó a Washington sin haber podido cumplir con el encargo de entrevistarse con Cochise. Por eso regresó en 1872 y después de encontrarse con Tom Jeffords, amigo de Cochise y de los chiricahuas, aceptó dirigirse solo con Chie, Ponce y Jeffords al campamento del jefe. El capitán Sladen los acompañó también.

*Worcester, 1979: 134.

**Hastings, 1959, citado por Worcester, 1979: 134.

***Thrapp, Dan L., *The Conquest of Apacheria*. Norman Okla., 1967, citado por Worcester: 137.

La entrevista con Cochise fue amistosa y provechosa; Howard creó una reservación para los indios en sus propias tierras, que cubría parte de la sierra de Chiricahua y valles al oeste, a lo largo de la frontera mexicana. Jeffords fue nombrado su agente. Los chiricahuas respetaron el tratado hasta que los blancos intentaron, en 1876, removerlos a San Carlos.

Problemas con los tontos y yavapais en Camp Verde y otros en Date Creek, permitieron una intervención militar ordenada por Crook en que 70 indios fueron muertos.

Aunque más tranquilas, las relaciones entre blancos e indios no eran del todo buenas. Los blancos atacaban los campamentos indios, robaban sus caballos y mataban a sus gentes. Atemorizados, los indios escapaban a la sierra y para vivir, robaban. Muchos robos se achacaban a los indios aunque los verdaderos culpables fueran asaltantes blancos.

El territorio chiricahua servía a veces de refugio para los indios renegados, dando así pretexto para la intervención del ejército. A menudo decisiones tomadas por el ejército hacían que los indios abandonaran sus campos sembrados. Los rancheros norteamericanos invadían tierras indias y sus alambradas de púas impedían que los animales pudieran recorrer las antiguas regiones abiertas. Los indios estaban inconformes aunque todavía respetaban la paz.

En junio de 1871 Crook preparó su campaña contra los tontos con el propósito de que éstos, viendo que ya no disponían de refugios seguros, perdieran toda gana de pelear. Reclutó numerosos scouts entre los ópatas, yaquis, navajos, apaches mansos, pueblos y algunos mexicanos, norteamericanos y mestizos. Cuando empezó a tener sus primeros exitos recibió la noticia de la llegada de Vincent Colyer, por lo que de inmediato suspendió las operaciones.

Para castigar un asalto cometido por los yavapais de Camp Date Creek, que utilizaban la reservación como refugio y que mataron al escritor Loring cerca de Wickenburg, Crook convenció a los hualapai de Beale Springs de acompañarlo a Camp Date Creek. A pesar de la interrupción de su campaña por la visita de Howard en septiembre de 1872, Crook encontró a indios mohaves del Colorado que podían identificar a los culpables.

Ochocama, el jefe de los yavapais, sospechaba que la identidad de los renegados era conocida por Crook y la entrevista resultó una celada por ambos lados; Crook quería apresar a Ochocama y éste matar a Crook.

Ninguno logró su propósito y después de un tiroteo en que Ochocama resultó herido, los renegados huyeron a las montañas. Al poco tiempo, el capitán Mason con un destacamento de caballería y 86 hualapais bajo el mando de Al Sieber y del teniente Walter Schuyler, mataron a 40 de los renegados, apresaron a los demás y destruyeron sus provisiones, restableciendo la paz en el oeste de Arizona.

Mientras tanto, Howard realizaba su segunda visita y firmaba un tratado de paz con Cochise y los chiricahuas, colocándolos fuera de la

jurisdicción de Crook. En noviembre de 1872, Crook reinició su campaña.

En diciembre de 1872, una columna al mando del mayor Brown compuesta por soldados y scouts apaches, encontraron una cueva donde una banda de apaches tontos se había refugiado.* Con la ayuda del scout Nantaje, el ejercito sitió a los renegados y a pesar de las intimaciones para rendirse, los tontos prefirieron pelear. Viéndose perdidos, entonaron su canto de muerte y cargaron contra la tropa . . . Cuando los soldados entraron encontraron 76 hombres muertos y casi todas las mujeres y niños heridos.

Estas campañas de Crook habían demostrado la efectividad de su teoría: el uso intensivo de guerreros apaches como exploradores** y combatientes del ejército en contra de los de su propia raza podía acabar con las bandas de indios salvajes. En efecto, nadie mejor que los apaches conocían la región y la manera de vivir de los apaches.

Crook no daba descanso a los renegados, y a los pocos días llegó una solicitud de rendición que fue bien recibida. Cuando regresó a Camp Grant, traía consigo a 110 tontos de los que 26 fueron inmediatamente enlistados.

En marzo de 1873 una fuerte partida de apaches atacó la ciudad de Wickemburg, matando a varias personas y robando ganado. Una rápida persecución con la ayuda de scouts apaches permitió pronto sitiar a los renegados y aniquilarlos.

Después de estas derrotas, los últimos grupos se fueron rindiendo. Sólo quedaba la banda de Delshay perseguida por Randall. Para abril de 1873 se rindió Delshay con los últimos sobrevivientes.

En Camp Verde, los tontos fueron organizados para construir canales de riego y cultivar parcelas. En Fort Whipple, Crook reunió a los jefes de las distintas tribus de Arizona: pimas, pápagos, maricopas, yumas, mohaves, hualapais y yavapais para que concretaran la paz entre sí. A sus oficiales, Crook solicitaba tratar a los apaches "como niños en su ignorancia mas no en su inocencia".

Después de reunir a los apaches en las reservaciones, empezaba la difícil tarea de lograr su adaptación a una vida sedentaria y a convivir con indios que habían sido tradicionalmente sus enemigos. Crook ordenó que se implementaran todas las medidas para lograr la autosuficiencia, y antiguos scouts fueron organizados en cuerpos de policía india.

Sin embargo, el eterno conflicto entre las autoridades civiles del Bureau of Indian Affairs y el ejército pronto cambiaría la situación de los indios. Los civiles que proveían los abastos no estaban dispuestos a ver a

*Es la operación que Lejeune describe.

**Se llamará indistintamente en el texto exploradores o *scouts*, a los apaches enlistados en el ejército americano.

los indios autosuficientes. En Camp Verde, el conflicto condujo al asesinato del teniente Almy, obligando al ejército a tomar el control absoluto de la reservación a punto de sublevarse.

Algunos problemas en San Carlos hicieron que Eskiminzin fuera detenido y que algunos grupos huyeran de la reservación, obligando a una persecución.

En Camp Apache los coyoteros habían logrado grandes avances en la civilización, pero el conflicto entre autoridades hizo que el comisionado del Indian Affairs diera la orden, conforme a la política de concentración del Indian Bureau, de trasladarlos a San Carlos.

Los chiricahuas de Cochise, con su agente Jeffords, eran los únicos que vivían en paz. Para mantener la tranquilidad sin el apoyo de tropas, Jeffords seguía procedimientos poco ortodoxos pero efectivos. Sin embargo, ni él ni los chiricahuas, cuya reservación colindaba con la frontera de México, consideraban violatorias al tratado de paz las expediciones que organizaban a Sonora. Otros indios que se dirigían a Sonora eran acompañados por chiricahuas, y con frecuencia renegados y bandidos usaban la reservación como escondite donde, además, recibían provisiones.

En Camp Verde, Delshay encabezaba la lista de los más violentos alborotadores y en una ocasión en que brotó la violencia, huyó de la reservación con su banda.

Bajo la dirección de Schuyler y de Sieber empezó la persecución de los renegados que pronto fueron muertos en las montañas. En junio de 1874 murió Delshay. Mike Burns, un huérfano yavapai, criado por el capitán James Burns, dijo de Delshay; "No fue el único hombre que tomó las armas para pelear y protegerse a sí mismo, a su familia, su pueblo, su casa, su propiedad y el país de sus ancestros, con la esperanza de vencer a sus enemigos y quedar solo con su gente, para gozar la libertad a que estaban acostumbrados".*

La política de concentración del Indian Bureau empezaba a implementarse. Los apaches de Camp Verde, que habían preparado las tierras y logrado siembras importantes, vivían con el temor de perder lo que el gobierno les había prometido para siempre. Los colonos blancos esperaban que los indios fueran trasladados para ocupar las tierras ya preparadas. En San Carlos, Clum estaba preparándose para recibir a cerca de 1 500 indios de Camp Verde y Levi E. Dudley fue encargado de supervisar el traslado. Tuvo una corta entrevista con Crook quien le negó el apoyo del ejército para esta tarea. Crook, opuesto a esta medida, comentó "la responsabilidad de llevarlos (a los apaches) a la desesperación sacándolos de sus tierras natales y colocándolos entre enemigos, en

*Corbusier, William T., *Verde to San Carlos: Recollections of a Famous Army Surgeon and his Observant Family on the Western Frontier. 1869-1886.* Tucson, 1979: 167.

lugares insalubres y desagradables, debe corresponder a quien se sabe (Bureau of Indian Affairs)".*

En febrero de 1875, escoltados por un pequeño destacamento de caballería al mando del teniente Eaton, 1 426 indios emprendían una marcha de invierno a través de 180 millas de montañas. Un hombre cargó a su vieja esposa sobre sus hombros, todo el camino. La mayoría de los soldados caminaban, habiendo dejado su caballo a los niños y ancianos. Muchos estaban descalzos y nadie disponía de ropa suficiente en esta marcha varias veces interrumpida por las tormentas de nieve. Faltaba la comida. Peleas entre grupos irritados ocasionaron varios muertos. Cuando se acabó la comida por completo, Dudley los hizo caminar todo el día sin parar para que estuvieran demasiado cansados para pelear. Al anochecer les hizo cruzar las aguas heladas y los hielos del Salt River. Por fortuna, provisiones y alimentos mandados por Clum desde San Carlos llegaron al día siguiente, evitando una sublevación. Al término de esta caminata de un mes, llegaron a San Carlos 1 361 indios. Worcester explica que los detalles de esta jornada tan innecesaria e inhumana nunca serán conocidos ya que las notas del doctor Corbusier, que participó en esta epopeya, fueron destruidas en el incendio de San Francisco en 1906.

Mientras tanto, las persecuciones seguían en Arizona y Nuevo México y todo indio encontrado fuera de la reservación era pasado por las armas instantáneamente. Para 1876, los indios renegados habían sido prácticamente eliminados en Arizona.

A su llegada a San Carlos, en 1874, John P. Clum, de 23 años de edad, pronto se dio cuenta de que la mayoría de los problemas se debían a la dualidad de mando entre civiles y militares. Decidió por lo tanto imponer su personalidad a como diera lugar.

Apoyado por el Departamento del Interior que veía con gusto el enfrentamiento con el Departamento de Guerra empezó una lucha en que con frecuencia el objeto de la disputa, los apaches, era olvidado.

Apoyado por los apaches y por su nuevo amigo Eskiminzin, inició un programa de autogobierno indio. Organizó una policía india que resultó muy eficiente. Prohibió la fabricación y consumo del *tizwin*** y los infractores eran condenados, por un tribunal indio, a penas de trabajo forzado.

Convencido de que el trabajo era un poderoso agente civilizador, ocupó a los indios en todo tipo de tareas tales como reconstruir los edificios arruinados de la agencia. Los trabajadores recibían medio dólar diario en mercancías.

*Dunn, J.P. Jr., *Massacres of the Mountains: A History of the Indian Wars of the Far West*. New York, citado por Worcester, 1979: 168.

**Bebida alcohólica hecha con maíz fermentado.

Consiguió herramientas y distribuyó lotes a cada banda que construyó su campamento cerca de su campo de producción. Se organizó una campaña de vacunación y se mejoró el estado de salud mediante repartos de jabón. Pequeños rebaños de borregos proporcionaban ingresos complementarios.

La llegada, en marzo de 1875, de casi 1 400 apaches de Camp Verde ocasionó algunos problemas, pero para evitar conflictos entre bandas enemigas, Clum mantuvo apartados a los recién llegados hasta ver que construían sus *wickiups*. Entonces empezó a organizarlos como a los demás.

Se presentó una dificultad cuando Clum pidió a los apaches de Camp Verde entregar sus armas, pero la situación se resolvió favorablemente y los recién llegados designaron a cuatro de los suyos para fungir como policías. Eskiminzin, secretamente, había convencido a los apaches de la sabia actitud de cooperar con Clum.

Este pronto aprovechó una disputa entre civiles y militares en Fort Apache, para encargarse de esta reservación, advirtiendo a los coyoteros que desde entonces, sólo recibirían ordenes de él. Debido a las acciones abiertamente provocativas del mayor Ogilby quien no tuvo miedo de incitar a los indios a la rebelión, Clum tuvo que organizar el traslado de los coyoteros a San Carlos. La sorpresiva llegada de W.E. Morford con nombramiento de agente para la reservación de Camp Apache, dilató el traslado y avivó el pleito con los militares hasta que finalmente el presidente Grant dio personalmente la orden de clausurar esta reservación. En octubre de 1875, la guarnición militar de San Carlos tuvo que salir de la reservación abandonando la seguridad interna a la policía apache de Clum, pues ésta era de fiar.

En una ocasión, una de las esposas del jefe Disalin vino a quejarse porque su marido le pegaba. Clum mandó llamar a Disalin y explicó que su función consistía en proteger a todos los apaches, hombres, mujeres y niños. Ofendido por el reproche, Disalin buscó una pistola para matar a Clum; el atentado falló pero Tanelclyee y otro policía intervinieron y mataron a Disalin y después de darle la mano a Clum, le dijeron "enjuh (esta bien), maté a mi propio hermano. Pero él trató de matarlo a usted y yo soy policía. Era mi deber".*

En 1876, Pionsenay y sus chiricahuas salieron a saquear el sur de Arizona. En el curso de una reunión de jefes celebrada en San Carlos, Eskiminzin ofreció a Clum que su gente persiguiera a los renegados. Clum ofreció a Saffoord, gobernador de Arizona, la ayuda de 500 voluntarios dispuestos a perseguir a los chiricahuas. Aunque el ofreci-

*Clum, Woodworth, *Apache Agent: the Story of John P. Clum*. Boston, 1936, citado por Worcester, 1979: 190.

miento quedó sin respuesta, Clum recibió la orden de dirigirse a la agencia chiricahua para suspender a Jeffords y hacerse cargo.

La remoción de los coyoteros a San Carlos y el asesinato de un chiricahua por un renegado que cruzaba la reservación para dirigirse a Sonora, hizo que los chiricahuas no permitieran tan fácilmente el uso de su territorio para incursionar en México. Durante 1875 las depredaciones se redujeron notablemente. Sin embargo, la banda nednhi, que residía casi de modo permanente en México, se refugiaba ocasionalmente en la reservación cuando las tropas mexicanas los perseguían. La ubicación de la reservación a lo largo del territorio mexicano y el hecho de que los renegados indios como bandidos blancos lo utilizaran para esconderse, hizo que la responsabilidad de todos los robos y asesinatos se atribuyeran a los chiricahuas.

Las caravanas que cruzaban Arizona transitaban por Apache Pass, y ahí cambiaban whiskey por caballos. Jeffords, para impedir este comercio, solicitó el traslado de la agencia a Apache Pass.

El comisionado Smith, aprovechando todos estos argumentos a su favor, recomendó el cambio de los chiricahuas a Warm Springs (Ojo Caliente) sin mencionar que esto facilitaría y beneficiaría a los comerciantes de Nuevo México que vendían abastos para el sustento de la tribu.

Para presionar a Jeffords, el Indian Bureau redujo el abasto de carne y Jeffords tuvo que permitir a algunos grupos cazar en las sierras del Dragón. Después de una pelea entre ellos, la mayoría regresó, salvo Skinyea y algunos guerreros que pronto, en compañía de algunos coyoteros, organizaron un asalto a Sonora. Mataron a Rogers quien les vendía whiskey y arrasaron el valle de San Pedro. Si no hubiera sido por la influencia de Jeffords y de Taza, hijo heredero de Cochise, muerto en 1874, la tribu entera hubiera tomado el partido de la guerra.

Tomando esto como pretexto, el gobernador Safford decidió descartar a Jeffords y concentrar a los chiricahuas en San Carlos bajo el cuidado de Clum.

Con todas las precauciones militares aseguradas, Clum comunicó su decisión a los chiricahuas. Taza y Nachez, hijos de Cochise, hablaban a favor de la paz en la reunión de los jefes; Skinyea y Pionsenay a favor de la guerra.

Los primeros convencieron a los demás y Skinyea fue muerto como advertencia a Pionsenay. Los nednhis, bajo el mando de Juh y Nolgee a quienes se sumó Gerónimo, un curandero Bedonkohe, pidieron la autorización de acompañar a los demás a San Carlos, sin embargo regresaron rápidamente a México. 325 chiricahuas llegaron a San Carlos y según Jeffords, 140 se habían ido a Warm Springs y otros 400 faltaban.

Entre los faltantes estaban los familiares de Taza que vivieron en la Sierra Madre hasta entrado el siglo XX.

Después del cambio, la exreservación chiricahua pasó bajo el control del ejército al mando del general Kantz. Los renegados empezaron a sembrar el terror tanto en México como en los Estados Unidos.

Clum organizó un viaje a Washington durante el cual Taza murió de neumonía, y fue sepultado en el cementerio de Arlington.

Ante las constantes depredaciones y con pruebas suficientes, se dio la orden a Clum de detectar con su policía india a Gerónimo y su grupo que estaba en este momento en Warm Springs. Después de una larga marcha cruzando el desierto desde San Carlos, Clum y su policía india convocaron a Gerónimo y a sus seguidores: Gordo, Ponce y otros. La entrevista fue ruda, pero Gerónimo y sus seguidores entregaron sus armas y fueron encadenados. Clum pensó adecuado trasladar a los apaches de Warm Springs a San Carlos y empezó, con la ayuda de Eskiminzin, su labor de convencimiento de los mimbreños y de su jefe Victorio.

Mientras tanto, algunos chiricahuas al mando de Ponce y de Nolgee, huían de San Carlos y emprendían una campaña de saqueo en Arizona.

Kantz, aprovechando la ausencia de Clum, reportó a sus superiores que la carencia de tropas en las reservaciones impedía la persecución de los renegados y la vigilancia de los indios. Se le complació autorizándole estacionar en las reservaciones a un oficial y su escolta. A su regreso a San Carlos, Clum protestó ante el comisionado, amenazándolo con renunciar si no se le autorizaba un aumento en los efectivos de su policía india y de su salario personal. La petición fue rehusada y Clum renunció el 1o. de julio de 1877.

La política de concentración resultó un error fatal. Los indios enemigos tenían que convivir en un verdadero hacinamiento, en una reservación triste y desagradable, abriendo la posibilidad a levantamientos sangrientos cuando algunos pudieran aprovechar cualquier descontento.

Además, los renegados que no habían podido ser concentrados incursionaban casi libremente sin que su propia gente pudiera controlarlos.

Los pleitos entre civiles y militares seguían y Vandever, que había sustituido a Clum, fue a su vez substituido por A.H.L. Hart.

Esta falta de cooperación tuvo sus efectos sobre los apaches y muy particularmente sobre los mimbreños que odiaban San Carlos. En septiembre de 1877 Pionsenay llegó a la reservación para llevarse a la gente de su banda y Victorio y Loco con 300 mimbreños huían hacia Nuevo México.

En la reservación de Cañada Alamosa, el número de mimbreños y mogollones había crecido rápidamente. Nathaniel Pope, superintendente del Indian Affair en Nuevo México, se entrevistó con Victorio, Nana y Loco quienes le pidieron una reservación en Ojo Caliente.* Los

*Ojo Caliente se tradujo al inglés "Warm Springs". Los apaches que ahí vivían eran llamados indistintamente con el nombre español o inglés del lugar.

chiricahuas presentes revelaban un lamentable estado de pobreza. Cochise estaba entonces en campaña en México.

Colyer visitó el sitio de Ojo Caliente, pero la falta de tierras hizo que prefiriera Tularosa para la nueva reservación. Algunos meses más tarde, habiendo sufrido graves pérdidas en México, Cochise instaló su campamento cerca de Cañada Alamosa adonde llegaron más de 200 coyoteros que se sentían disgustados en San Carlos. En 1872 todos fueron removidos a Tularosa.

En su visita a Tularosa el general Howard prometió a Victorio una reservación en Ojo Caliente que conservarían mientras estuvieran en paz.

Sin embargo, la política del Indian Bureau no consideraba la situación particular de los grupos apaches y para ellos la solución más económica seguía siendo concentrar a los indios en una o dos reservaciones. El nuevo superintendente para Nuevo México, Levi E. Dudley, fue mandado a visitar a Cochise y a su agente Jeffords para sondear la posibilidad de concentrarlos en Ojo Caliente con los apaches sureños.

Cochise estaba muriendo en el verano de 1874 y no había otro chiricahua que tuviera su influencia. Según Dudley, Jeffords podría tener la autoridad suficiente sobre los chiricahuas para convencerlos de cambiarse. Jeffords confirmó que los apaches de Tularosa se juntaban con los chiricahuas para sus expediciones a México.

Antes de cambiarse a Ojo Caliente, el agente Thomas solicitó la presencia de un destacamento de caballería en la agencia. El año siguiente empezó tranquilo, ya que los apaches estaban satisfechos en Ojo Caliente y bien abastecidos, pero pronto llegaron rumores de que serían cambiados a San Carlos, contradiciendo la promesa de Howard.

El coronel Hatch mandó reforzar el destacamento de caballería para garantizar el orden cuando los chiricahuas llegaran. El coronel Hatch visitó la reservación cuando muchos jóvenes chiricahuas acababan de salir para depredar ante la carencia de abastecimientos. Victorio, Loco y otros jefes le expusieron su intención de firmar la paz con Sonora para refugiarse allí y poder robar en Nuevo México.

Para no perder su influencia, muchos jefes acompañaban a los jóvenes guerreros en sus expediciones que incrementaron notablemente. Los problemas crecieron cuando Gerónimo llegó con su banda y cuando Loco, que trataba de mantener la paz, fue atacado por otros apaches. La política de concentración favorecía la diseminación de pequeñas bandas incontrolables. En septiembre de 1876 una compañía del 9o. de Caballería atacó y quemó sin razón el campamento de Victorio mientras un grupo de civiles robaba una manada de caballos apaches.

Gerónimo usaba la reservación como refugio después de asaltar en el vecindario; pronto fue arrestado por Clum y su policía india y se decidió, en violación al acuerdo con Howard, trasladar a Victorio y su gente a San

Carlos. Fueron ubicados cerca del Campo Goodwin que había sido abandonado por insalubre. Muchos murieron de enfermedad y hambre.

En 1877 Pionsenay, Nolgee y otros renegados chiricahuas llegaron para rendirse, pero el encargado declaró no tener autoridad para aceptarlos. Los renegados tomaron lo que pudieron y huyeron hacia Nuevo México. Victorio y los mimbreños, animados por el hecho, huyeron hacia el norte. La mayoría llegó a Fort Wingate en octubre para entregarse y solicitar su regreso a Ojo Caliente. Nana llegó hasta la agencia de mescalero habiendo escondido armas y provisiones en un cañón llamado Rinconada.

En Fort Wingate, Victorio declaró que no regresaría a San Carlos y que sólo en Ojo Caliente viviría en paz. El coronel Hatch les dio permiso de regresar a su antigua reservación, pero el Indian Bureau estaba dicidido a regresarlos a San Carlos. Victorio y su gente hacían méritos para obtener lo que querían, vivían con medias raciones y perseguían a los apaches renegados. Pero un juez dictó una orden de aprehensión en contra de Victorio por robo y asesinato y ante el temor de ser detenido, Victorio y su gente salieron de la reservación en lo que sería su última campaña.

Destacamentos de Nuevo México y Sonora emprendieron una larga y difícil persecución con la ayuda de exploradores apaches. Los combates fueron frecuentes y numerosos los muertos por ambas partes. El teniente Gatewood, con sus exploradores apaches, logró seguir las huellas de Victorio hasta México. Victorio acampó en la Sierra de la Candelaria cerca del camino de El Paso a Chiricahua. Sánchez, que había sido vaquero, fue a Carrizal montando un caballo con la marca del rancho de don Luis Terrazas y oyó de una trampa que los mexicanos querían poner a Victorio.

Victorio mandó un grupo a robar caballos de Carrizal, 18 mexicanos salieron en su persecución y cayeron en una trampa cuidadosamente preparada; todos murieron. Otro grupo de 50 salió en ayuda y cayó en la misma trampa, muriendo 15 más.

Varias bandas operaban entonces desde la Sierra Madre. Gerónimo, Juh, Nolgee y Chato juntaban sus fuerzas para ataques a gran escala y disponían de escondites y provisiones diseminadas por toda la sierra. Durante 6 semanas del año de 1879 mataron en Chihuahua a 150 personas.

Según las declaraciones de los militares más expertos en asuntos apaches tales como el general Willcox, el teniente Gatewood, el general John Pope, el general Crook, todos concuerdan en que la causa que motivó a Victorio a tomar el camino de la guerra, fue la injusta y cruel decisión del Indian Bureau de remover a los mimbreños de Ojo Caliente a San Carlos. Decisión injustificada que condujo a una guerra inútil que costó muchas vidas y que pudo haber sido evitada con sólo cambiar una decisión arbitraria.

En 1880, México concentró tropas en la frontera para acabar con los indios. Los chiricahuas se separaron de los mimbreños y, convencidos por Jeffords, Juh y Gerónimo regresaron a Camp Apache.

Louis H. Scott, cónsul americano en Chihuahua propuso el paso libre de las tropas de ambos países por la frontera, en persecución de los apaches. Scott temía que los indios hicieran la paz con México y dirigieran sus ataques en contra de los Estados Unidos.

EL general Gerónimo Treviño, quien mandaba las tropas en Chihuahua, avisó al ejército americano que Victorio estaba en la Mesilla. Varias veces Victorio cruzó la frontera y fue rechazado por los americanos cerca de El Paso. La guerra prosiguió sin resultados durante todo el año.

El *Daily Southwest* de Silver City empezó a lanzar ataques al ejército diciendo "estamos soñando con una edad de oro —un imperio futuro— y cincuenta sucios indios nos tienen en estado de sitio" (marzo 1880).

Muchos otros indios se reunían con Victorio quien logró sin temor rodear a un fuerte destacamento del ejército en el Cañón del Membrillo, que sólo fue salvado por la llegada de las tropas al mando del coronel Hatch.

Hatch mandó quitar los caballos y desarmar a mescaleros con lujo de fuerza atrayéndose más críticas y problemas, pero Victorio ya no contaba con el abasto de los mescaleros.

En mayo de 1880, Henry K. Parker y sus exploradores apaches sorprendieron el campamento de Victorio y mataron a más de 30 guerreros, pero tuvieron que abandonar el combate por falta de municiones y abastos. Después de este combate la suerte de Victorio cambió. Habiendo dividido sus fuerzas en tres grupos, uno de ellos fue atacado por el mayor Morrow y diez apaches murieron, Washington, el hijo de Victorio, entre ellos.

El coronel Hatch solicitó a México el permiso de cruzar la frontera tras Victorio antes de que éste tuviera la oportunidad de juntarse con Juh y Gerónimo. El permiso fue negado porque había suficientes tropas mexicanas para seguir la persecución.

Varias veces Victorio trató de regresar por la fuerza a los Estados Unidos, pero fue rechazado. Los mescaleros, al mando de Caballero, trataron de separarse pero Victorio mató a Caballero y los demás mescaleros siguieron con él.

Joaquín Terrazas, con una importante fuerza, encontró la huella de Victorio y en Tres Castillos empezó la batalla. Victorio estaba entonces sin municiones y Nana había salido en busca de aprovisionamiento. Después de una noche de combate, Terrazas informó a Hatch que 78 apaches habían muerto, Victorio entre ellos.

La guerra, sin embargo, no había concluído. Nana y unos 30 guerreros estaban todavía libres. Nana que tenía unos 70 años en la época, quería

todavía regresar a Ojo Caliente pero prefería morir a verse obligado a regresar a San Carlos. Las depredaciones, asesinatos y robos siguieron en Sonora, Chihuahua, Arizona y Nuevo México.

En una expedición a los Estados Unidos, Nana y sus guerreros recorrieron en mes y medio más de mil millas por territorio enemigo, mataron a más de 50, robaron varios cientos de caballos y escaparon de por lo menos 1 000 soldados y varios cientos de civiles lanzados en su persecución.

En la Sierra Madre, varias bandas seguían peleando; los nednhis de Juh, los chiricahuas de Nachez, Chato y Chihuahua, los chihinne o mimbreños de Nana y del joven Kaetennae y los bedonkohes de Gerónimo. Ya que otros apaches los perseguían, su causa estaba perdida, pero preferían morir peleando que morir de enfermedad en San Carlos.

La situación en San Carlos después de la renuncia de Clum era bastante precaria para los apaches debido a los constantes fraudes de los encargados. En abril de 1878 Gerónimo, Ponce y otros huyeron a México, pero debido a la constante persecución de las tropas mexicanas, los fugitivos pronto aceptaron regresar a la reservación.

Expulsado Hayt, J.C. Tiffany tomó el cargo de la agencia de San Carlos en junio de 1880. A pesar de su enérgica administración los problemas siguieron multiplicándose: invasiones de tierras de la reservación, explotación de minas de carbón, uso del agua del Gila, etcétera. Los apaches estaban desesperados y nerviosos.

Dos jefes coyoteros, Diablo y Eskiole, fueron muertos en trifulcas entre bandas a fines de 1880. Nocadelklinny, un chamán coyotero, organizaba danzas alrededor de las tumbas prometiendo revivir a los muertos. Este hecho anunciaba un nuevo giro en la religión de los indios, que desembocaría en la Danza de los Espíritus de los sioux de las praderas.

Nocadelklinny era conocido, había sido explorador del ejército durante la campaña de Crook contra los tontos, formó parte de la comisión que viajó a Washington para entrevistarse con el presidente Grant de quien recibió una medalla de paz, fue alumno en una escuela de Santa Fe donde aprendió algunos rudimentos de la *Biblia*. A su regreso, solía retirarse solo a la sierra a meditar. Su fama creció entre los coyoteros a quienes predicaba la resurrección de los guerreros muertos y las danzas tenían cada vez más adeptos desesperados y fanatizados.

Todos aquellos que fueron testigos de las danzas concuerdan que Nocadelklinny tenía un poder hipnótico sobre su gente. Lograba que las bandas tradicionalmente enemigas convivieran en paz. Su influencia crecía cada día y los apaches quedaban cada vez más fuera de control. Los exploradores apaches del ejército asistían a las danzas regresando exhaustos con actitudes de insubordinación, los demás perdían interés en las labores del campo.

Las promesas de revivir a los guerreros muertos no se cumplían y amenazado por sus seguidores, Nocadelklinny declaró que los muertos rehusaban regresar mientras los blancos permanecieran en el territorio indio, pero que la expulsión de los intrusos estaba muy cercana.

Tiffany mandó un grupo de policías apaches a detener al profeta, pero estos regresaron sin él, sin sus rifles y muy asustados. En el curso de una danza, Nocadelklinny dijo a los suyos haber visto los espíritus de los jefes muertos quienes le pidieron vivir en paz con los blancos y dejar tranquilos a los muertos.

Tanto en San Carlos como en Fort Apache, los exploradores apaches se volvían cada vez más indisciplinados. Tiffany rehusó dar pases para salir, pero muchos indios salieron por su propia voluntad, la policía apache rehusó intervenir. Tiffany, asustado, pidió al coronel Carr el arresto y la muerte de Nocadelklinny. Carr no se decidía a obedecer pero una orden directa del general Willcox le obligó a actuar. A fines de agosto, salió la tropa de Fort Apache en dirección a Cibecue Creek donde estaban reunidos los apaches alrededor de Nocadelklinny. Finalmente, Carr se entrevistó con el curandero y lo convenció de que se entregara a la tropa mientras se realizaban las investigaciones. Al mismo tiempo ordenó al sargento McDonald matar al prisionero al menor intento de fuga o de rescate.

La columna y su prisionero se alejó del campamento lleno de indios pintados para la guerra. Pero los iracundos apaches, encabezados por Sánchez, pronto alcanzaron al destacamento y, después de un incidente, empezó el tiroteo. Nocadelklinny fue herido por McDonald quien cayó herido a su vez. Los exploradores apaches se pasaron del lado de sus familiares. El combate crecía en intensidad. Nocadelklinny trató de arrastrarse pero un soldado le disparó un tiro en la cabeza.

Al anochecer, el combate disminuyó, muchos apaches regresaron rápidamente a sus reservaciones anunciando que la tropa había sido aniquilada. El mayor Cochran, encargado de Fort Apache, mandó al scout Thomas Owens por refuerzos pero éste fue muerto por los apaches.

Nocadelklinny seguía vivo a pesar de haber recibido otros disparos, hasta que un sargento lo acabó con un hacha. El sargento John A. Smith quitó de su cuello la medalla que le había dado el presidente Grant con la leyenda siguiente: "Paz en la tierra, buena voluntad entre los hombres 1871".

El 31 de agosto, Carr y su tropa llegaron a Fort Apache, organizando inmediatamente la defensiva. El ataque ocurrió al día siguiente sin resultados y en la mañana del tercer día los apaches se habían retirado.

Las tropas llegaban continuamente en refuerzo a Fort Apache. Los apaches pacíficos huyeron para evitar problemas tanto con los alzados como con la tropa. El general Sherman ordenó el inmediato exterminio de todos los apaches renegados. Sánchez tuvo que rendirse pero Nantio-

tish y sus guerreros lograron escapar. Algunos, para escapar de las persecuciones, huyeron con las bandas de Nachez y Juh.

La corte marcial condenó a 5 exploradores por deserción y amotinamiento. Dead Shot, Dandy Jim y Skijjy fueron condenados a la horca, otros dos a la cárcel de Alcatraz. Dead Shot trató de escapar y fue muerto, su mujer se suicidó. Sus hijos se quedaron en Camp Apache, el mayor de ellos, Riley, fue más tarde explorador del ejército. Muchos otros fueron encarcelados sin juicio por largos periodos.

Al intentarse el arresto de los jefes Jorge y Benito, éstos corrieron al campamento chiricahua diciendo que la tropa llegaba para atacarlos. Juh, Gerónimo, Chato y Nachez huyeron de la reservación, llegando a la Sierra Madre con más de seiscientas cabezas de ganado y después de haber matado a 13 blancos.

Loco, convencido y obligado a huir, fue perseguido por varios destacamentos del ejército logrando cruzar la frontera mexicana acosado por las fuerzas combinadas del capitán Tuffer y el coronel Forsyth. El 30 de abril de 1882, los militares norteamericanos encontraron al coronel Lorenzo García quien les reprochó su presencia en México y les contó que la banda cayó en una emboscada tendida por las tropas a su mando habiendo sufrido 78 muertos y 33 mujeres y niños prisioneros. Los mexicanos perdieron en el encuentro 21 hombres.

Durante este combate destacó la capacidad combativa de Gerónimo, quien logró proteger a un grupo importante de mujeres y de niños y romper el cerco de las tropas mexicanas para huir.

Mientras tanto, Nantiotish y sus renegados, arrasaban la agencia de San Carlos y los ranchos y minas del vecindario. Las tropas lanzadas en su persecución lo acorralaron en Chevalon Creek y lo mataron con la mayoría de sus guerreros.

El 24 de julio de 1882 los gobiernos de México y de los Estados Unidos firmaron un tratado permitiendo a las tropas regulares de ambos países, cruzar la frontera en persecución de indios salvajes.

Ante la situación, George Crook volvió a asumir el mando del departamento de Arizona en septiembre de 1882 con la tarea de restablecer el control sobre los indios de las reservaciones y de pacificar a las bandas de renegados refugiados en la Sierra Madre.

La primera acción de Crook al recobrar el mando fue decretar la amnistía para todos aquellos que participaron en el asunto Cibecue. Enseguida, quiso entrevistarse con los jefes apaches que habían huido de San Carlos.

Alchise y Uclenny le dieron su versión de la situación que prevaleció en Arizona desde que Crook había salido. Los oficiales que Crook había dejado habían sido removidos y los apaches concentrados en San Carlos contra su voluntad violando los tratados; no se les entregaban las raciones prometidas y muchos que habían servido como *scouts* en contra de su propia gente, habían sido injustamente encarcelados.

Severiano, un mexicano que había sido criado por los apaches, relató que civiles y militares robaban sus ganados y destruían sus siembras. El capitán Bourke explicaba que esto se debía a que el "Tucson Ring" no deseaba la autosuficiencia de los apaches para poder seguir vendiendo al gobierno los abastos que se necesitaban para aprovisionar a los indios en las reservaciones.

Los fraudes y mala conducta del agente Tiffany fueron revelados al público declarando que "esa clase de especuladores . . . ha causado más miseria y pérdidas de vidas humanas que todas las demás causas juntas".*

En forma general, los apaches carecían de la cantidad mínima de alimentos para vivir, no disponían de ropa a pesar del frío del invierno y los intérpretes les obligaban a pagar por sus servicios.

Después de darse cuenta de la deplorable situación en que se encontraban los indios en las reservaciones, Crook empezó a organizar su mando. Solicitó se incrementara el número de exploradores apaches a 250 y los puso bajo el mando del capitán Emmett Crawford. Para reorganizar las reservaciones, mandó destacamentos militares en particular a San Carlos de donde los había sacado Clum en 1875. Asimismo, expulsó de las reservaciones a todos aquellos que no tenían nada que hacer ahí. Buscó empleos para los apaches, con pagos en efectivo y al contado.

A los apaches les permitió instalar sus campamentos en cualquier lugar de la reservación y cada uno debía llevar una placa metálica de identificación. Asimismo, reinstaló los tribunales indios y su policía. Seguía prohibida la fabricación del *tizwin* asi como pegar o mutilar a las esposas.

Como encargado militar de San Carlos fue nombrado el capitán Crawford y el teniente Britton Davis fue su asistente. En Camp Apache quedaron el teniente Charles B. Gatewood y Hamilton Roach.

Los exploradores fueron organizados en cinco compañías encabezadas por hombres experimentados como Al Sieber, Archie McIntosh y Sam Bowman. Además, Crook disponía de *scouts* secretos que le informaban de lo que ocurría en las reservaciones. Estos, además de informar a los jefes de las compañías, podían hacerlo a Mickey Free, aunque éste no fuera, según ellos, de fiar. Free era aquel niño de Ward cuya supuesta captura por los apaches fue la causa del asunto Bascom que originó la guerra con Cochise.

Crawford revisó los contratos de los comerciantes que aprovisionaban San Carlos reduciendo los precios y corrigiendo ciertas irregularidades como aquella en que el ganado flaco, antes de llegar a la reservación para ser pesado, cruzaba el Gila y se llenaba de agua. El gobierno compraba como carne "medio barril del agua del Gila con cada cabeza de ganado".**

* Bourke, John C., *On the Border with Crook*. Nueva York 1891, citado por Worcester, 1979: 260.

** Worcester, 1979: 266.

Davis reorganizó las actividades productivas agrícolas y ganaderas, asi como el corte de madera y de pastura proporcionando actividades productivas y remunerativas a los apaches.

Mientras se reorganizaban las reservaciones, Crook mandó a Crawford a reconocer la frontera y tratar de localizar las bandas que se escondían en la Sierra Madre. Chato y Bonito salieron a buscar armas y municiones a Nuevo México y Arizona, mientras Gerónimo buscaba provisiones en Sonora. Durante la expedición mataron a 26 personas en los Estados Unidos, pero Tzoe, llamado Peaches por los anglos, regresó a San Carlos.

Arrestado, fue llevado ante Crook explicando que había sido llevado por la fuerza cuando los chiricahuas huyeron de San Carlos, que su mujer había muerto en el combate con Lorenzo García y dio la descripción de las fuerzas de los renegados.

Aceptó conducir a Crook hasta los escondites en la Sierra Madre. La expedición de Chato ofrecía la oportunidad de una persecución de acuerdo al convenio firmado con México y Crook se puso inmediatamente en acción. Viajó por tren a Guaymas y luego a la ciudad de Chihuahua para lograr la cooperación de los oficiales mexicanos. Los exploradores apaches salieron con Gatewood, pintados para la guerra y con una cinta roja alrededor de la frente para diferenciarlos de los renegados, a petición del ejército mexicano.

Descalzos algunos, con poca ropa, caminando de 35 a 40 millas por día, llegaron a San Bernardino cerca de la frontera sonorense, donde los alcanzó Crawford con otros cien scouts. El 1o. de mayo pasaron la frontera y entraron al valle del Bavispe. Ante las dificultades para desplazarse en la Sierra Madre, Crook mandó por delante a Crawford, Gatewood y Mackay con 150 scouts. Al poco tiempo, los scouts encontraron el campamento de Chato y Bonito, matando a nueve y trayendo a cinco pricioneros, la hija de Bonito entre ellos. La muchacha informó de la situación del grupo y fue mandada por Crook para solicitar a los demás que se entregaran y regresaran a la reservación. Varias mujeres más llegaron, incluyendo la hermana de Chihuahua. Finalmente llegó Chihuahua con su gente. Para el 20 de mayo, 121 apaches habían llegado para rendirse.

Pronto llegó Gerónimo y su banda aceptando rendirse. Kaetennae llegó con cinco mujeres mexicanas prisioneras, esposas de soldados estacionados en Chihuahua.

El 23 de mayo Crook emprendió su camino rumbo al norte, con 325 apaches prisioneros, pero Nachez, Chato, Zele y Gerónimo se quedaban en México con la mayor parte de los guerreros. Se quedaban atrás para, según ellos, reunir a sus hombres dispersos; pero en realidad, querían traer el ganado para venderlo en San Carlos.

Con Crook iban Nana, Loco, Bonito y Kaetennae.

Los recién llegados se instalaron en la reservación pero Gerónimo y los demas no cumplían su palabra de entregarse "dos lunas" después, como habían prometido. El teniente Britton Davis fue a la frontera para buscar y escoltar a los renegados que querían regresar. Primero llegaron Nachez y Zele con sus gentes, sumando a fines de 1883 unos 400 ojos calientes y chiricahuas. En febrero de 1884 llegaron Chato y Mangas. Finalmente llegaron Gerónimo y su banda con un rebaño de 350 cabezas de ganado robadas en México.

En el rancho de Sulphur Springs encontraron a un *marshal* federal que traía una orden de arresto en contra de Gerónimo y de los chiricahuas. Con la ayuda de Blake lograron engañar al *marshal,* y al poco tiempo Davis y Gerónimo llegaban a la reservación. De inmediato se confiscó el ganado robado y se vendió para indemnizar a sus legítimos dueños, pero Gerónimo quedó dolido. Regresaba a los Estados Unidos con ganado porque para los americanos, el hombre importante era aquel que tenía mucho ganado. El quería ser como cualquier americano pero le quitaron su ganado hiriendo su orgullo.

La vida en Turkey Creek se organizó lentamente y poco a poco se lograron relaciones amistosas entre Davis y algunos de los jefes, en particular con Loco. Sin embargo, habiendo salido a cazar un pavo, estuvo a punto de sorprender a Kaetennae y un grupo de apaches tomando *tizwin,* quienes decidieron matarlo. Por suerte, sin saberlo, Davis se regresó sobre sus pasos y evitó la muerte. Poco después y con la ayuda de los scouts y de la tropa, Kaetennae fue arrestado y mandado a San Carlos para ser juzgado. Cumplió 18 meses de carcel en Alcatraz hasta que Crook lo perdonó y a su regreso se enlistó como scout.

En San Carlos, el agente Wilcox fue sustituido por Charles D. Ford en diciembre de 1884 y poco a poco empezaron los problemas con Crawford. Debido a ello los renegados no recibieron ropa aquel invierno que fue particularmente frío.

El renaciente conflicto entre civiles y militares fue aprovechado por los apaches quienes, desobedeciendo las órdenes, organizaban fiestas para beber *tizwin* y pegaban a sus mujeres. Los civiles aprovecharon para agredir al ejército que había mermado sus jugosas ganancias y ante los ataques de la prensa, Crawford solicitó ser relevado de su mando y reincorporado a su regimiento. En su lugar fue nombrado un novato en asuntos apaches, el capitán Francis C. Pierce.

Una mañana, todos los jefes se juntaron ante la tienda de Davis y, Chihuahua, a nombre de todos, explicó que habían aceptado permanecer en paz con los americanos, los mexicanos y los otros indios pero no habían hablado de su propia conducta. No eran niños para que les dijeran como vivir con sus mujeres o qué comer o tomar. El trato que daban a sus mujeres sólo les concernía a ellos.*

*Worcester, 1979: 289.

Luego Chihuahua agregó: "anoche tomamos todos *tizwin*. ¿Qué hará usted? Arrestarnos a todos; y aunque pudiera, no tiene cárcel suficiente para encerrarnos a todos".

Ante la gravedad de la situación, Davis mandó un mensaje a Crook solicitando instrucciones. El telegrama llegó primero a manos de Pierce quien apenas tenía dos meses en su puesto. Pierce pidió su opinión a Al Sieber, pero éste que había bebido, le dijo que no era importante y que Davis sabría resolver el asunto. El telegrama nunca llegó a Crook.

Mientras tanto en Camp Apache todos esperaban ansiosamente la respuesta de Crook; el domingo en la tarde, 3 días después de haber mandado el telegrama, Davis fue invitado a asistir a un juego de beisbol. Durante el partido, Chato y Mickey Free le avisaron que un grupo de apaches había huido a México,. Davis trató de mandar un telegrama a Pierce pero la línea había sido cortada y sólo se pudo reparar al día siguiente. Perico, el hermano de Gerónimo y otros dos scouts trataron de matar a Davis y Chato, pero ante la imposibilidad de cumplir con las órdenes de Gerónimo, huyeron tras él. Era imposible detenerlos. Los jefes que habían huido eran Gerónimo, Chihuahua, Nachez, Mangas y Nana.

Ese mayo de 1885 empezaba la última guerra apache, una de las más sangrientas para México.

Mientras tanto, por ordenes superiores, Ford fue relevado y el mando absoluto de San Carlos fue confiado al ejército quien lo conservaría por un periodo de 16 años más.

Sin embargo los fugitivos llegaron a pelearse entre sí, porque para convencerlos, Gerónimo y Mangas habían dicho a Nachez y Chihuahua que Davis había sido asesinado y que el ejército venía a arrestarlos. Quisieron matar a Gerónimo pero finalmente decidieron separarse de él y esconderse en la sierra de Mogollón donde decidirían si regresaban a Camp Apache. Ahí fueron atacados por Davis y sus scouts. Chihuahua y su gente huyeron hacia México, pero antes sorprendieron un campamento del ejército al que tomaron armas, municiones, comida y caballos.

Inmediatamente se organizó una nueva campaña hacia México. Crook mandó destacamentos a cada ojo de agua para evitar que los renegados, que tenían que regresar a los Estados Unidos a conseguir municiones para sus armas americanas, pudieran aprovisionarse. Mandó buscar a Crawford y lo despachó en junio a México con una tropa de *scouts*. En julio, otra tropa al mando del capitán Wirt Davis y *scouts* al mando del teniente Gatewood se incorporaron a la campaña. Poco tiempo después capturaron algunas mujeres y niños y recuperaron unos 40 caballos de los que habían sido robados del campamento militar.

A su llegada a Nácori, Davis sólo encontró en el pueblo a 313 personas; las demás habían sido asesinadas.

Davis, con el teniente Elliott y Chato, siguieron las huellas de Gerónimo quien acababa de asaltar el rancho de Santa Clara, en Chihuahua, perteneciente a Terrazas. Siguieron a Gerónimo hacia el norte, pero ante la noticia de que las tropas mexicanas perseguían también a Gerónimo, tuvieron que renunciar y regresar a los Estados Unidos.

Ante la imposibilidad de tomar el tren en San José, tuvieron que caminar 100 millas hasta El Paso. Ahí, Davis renunció a su mando y tomó el cargo de administrador de la hacienda de Corralitos en Chihuahua.

Crawford, después de perseguir a una partida en la Sierra Dragón, tuvo que regresar a Fort Apache; después de 4 meses de campaña sólo había matado a 3 mujeres y capturado a 30 más.

En noviembre de 1885, una partida al mando de Josanie regresó a Arizona y atacó Camp Apache. Luego se refugió en la sierra de Mogollón y depredó minas y ranchos en los alrededores. En cuatro semanas, antes de regresar a México, recorrieron mil doscientas millas, mataron a 38 personas y robaron 250 caballos, perdiendo sólo un hombre.

En diciembre, Crawford regresó a México con el capitán Maus, el teniente Shipp y Tom Horn al mando de los *scouts*. En enero de 1886 sorprendió el campamento de Gerónimo a quien dejó sin caballos y abastos. Este aceptó entrevistarse con Crawford al día siguiente.

Al amanecer, una tropa mexicana atacó el campamento de Crawford quien resultó con herida mortal. El teniente Maus prosiguió las pláticas con Gerónimo, quien acordó entrevistarse con Crook en el Cañon de los Embudos.

El 25 de marzo tuvo lugar la entrevista. Mangas no estaba entonces. Crook de inmediato informó al general Sheridan. Mientras tanto, las pláticas se concretaban y los renegados ofrecían tres alternativas: Ir al este por 2 años a juntarse con sus familiares que habían sido deportados, regresar a la reservación o seguir la guerra. Crook optó por la primera alternativa e informó a Sheridan.

Este contestó que no podía aceptar los términos acordados y que exigían la rendición incondicional de los rebeldes, asegurándoles exclusivamente la salvación de su vida. Mientras tanto, un tal Tribolet empezó a vender aguardiente a los apaches y a decirles que a su regresó serían arrestados y colgados. Durante la noche, Gerónimo, Nachez y sus gentes huyeron.

Ante la noticia, Sheridan telegrafió a Crook: "Su mensaje de ayer recibido. Causó gran desconcierto. Parece extraño que Gerónimo y pandilla pudieran escapar sin que los scouts se enteraran".*

Ante la ofensa a sus scouts que tanto desaprobaba Sheridan, Crook presentó su renuncia. Fue inmediatamente sustituido por Nelson A.

*Davis, Britton, *The truth about Geronimo*. New Haven, Conn., 1929, citado por Worcester, 1979: 298.

Miles. Mientras tanto, Chihuahua, Nana y unos sesenta chiricahuas salían por tren desde Fort Bowie hacia Fort Marion en Florida.

Miles pronto aprendió que sin los exploradores apaches no podía perseguir a los renegados y tragado su orgullo, después de 4 meses de una campaña casi inútil, aceptó que Kieta, antiguo renegado, Martine y el teniente Gatewood se entrevistaran con los renegados para lograr su rendición.

Gatewood alcanzó el campamento de Lawton, doscientas millas al sur de la frontera, donde supo que Gerónimo trataba de negociar la paz con los mexicanos cerca de Fronteras.

Gatewood localizó el campamento de Gerónimo en la sierra de Torres cerca del río Bavispe. Durante la entrevista le expuso los términos de la rendición ofrecida por Miles: dos años de deportación con sus familias en Florida antes de regresar a la reservación. Después de largas discusiones aceptaron los términos y el 26 de agosto de 1886, emprendieron la marcha hacia los Estados Unidos.

La entrevista con Miles tuvo lugar el 3 de septiembre. De Skeleton Canyon, los prisioneros fueron puestos en carros cerrados del ferrocarril, incluyendo a Kieta y Martine y mandados a Florida como prisioneros de guerra. El tren que, contra las órdenes presidenciales había salido rumbo a Florida, fue detenido en San Antonio y los prisioneros encerrados seis semanas en Fort Sam Houston mientras se decidía su suerte.

Mientras tanto, una delegación viajó a Washington en julio de 1886 encabezada por Chato y Kaetennae, para discutir con el presidente Cleveland la posibilidad de remover fuera de Arizona a los chiricahuas y ojos calientes. Chato recibió una medalla de paz con el retrato del presidente Arthur.

Nada había sido acordado, pero Chato y su gente, de regresó de Washington, en lugar de llegar a Apache Camp fueron mandados a Fort Marion en Florida. 381 chiricahuas llegaron poco después a Fort Marion.

Las discusiones seguían en Washington para saber qué hacer con los prisioneros. Se cometieron violentas injusticias cuando se mandó como prisioneros de guerra a 17 scouts que habían servido lealmente en el ejército. Mangas y algunos más fueron capturados en octubre de 1886. Los guerreros fueron mandados a Fort Pickens a la isla de Santa Rosa, en la bahía de Pensacola y las mujeres y los niños a Fort Marion. Otra trágica epopeya esperaba aquí a los chiricahuas quienes fueron mandados posteriormente a otros lugares del país, violándose la promesa hecha de regresarlos a Arizona después de dos años.

Las familias fueron separadas y muchos niños murieron de tuberculosis en los distintos lugares donde fueron ubicados. En los campamentos, como el de Mount Vernon Barracks, en Alabama, muchos murieron de enfermedad y de hambre. Mientras los políticos discutían qué hacer con los apaches, éstos morían en condiciones inhumanas.

Eskiminzin, que vivía pacíficamente en San Carlos, había sido deportado con los demás a Mount Vernon. Clum logró que fuera discretamente liberado en 1894 y el viejo "Skimmy" regresó a San Carlos a morir.

En agosto de 1894, a sugerencia de Miles, fueron mandados a Fort Sill, Oklahoma, evitando que, según muchos, fueran diseminados por todo el país para desaparecer sin dejar huellas.

Los scouts que hicieron posible la captura de los renegados recibieron el mismo trato que ellos.

Liberados en 1913, los sobrevivientes regresaron a Mescalero, entre ellos, Nachez, Chato, Martine, Kieta, Kaetennae, Noche y Toclanny.

Chihuahua, Nana y Gerónimo habían muerto en Fort Sill.

Mientras tanto, los sobrevivientes de los renegados que no habían sido capturados seguían en la Sierra Madre. En 1890 los rurales mexicanos mataron a tres. En 1894 Ed Clark mató una noche a una mujer apache e hirió a un hombre que se supone era el ex scout conocido como Apache Kid. En 1911 la mujer de Massai llegó con sus cuatro hijos a Mescalero. En el invierno de 1935, rancheros de Sonora mataron a todos los integrantes de una pequeña banda y se creía que todavía sobrevivían algunos en la Sierra Madre por los años 1950.

BIBLIOGRAFIA

ADAMS, Alexander B. *Gerónimo, A Biography,* New York, 1971.

BASSO, Keith H. y MORRIS E., Opler, Editores. *Apachean Culture, History and Ethnology,* Tucson, Arizona, 1971.

BETZINEZ, Jason. *I Fought with Gerónimo,* Editado por W.S. Nye, New York, 1959.

BOURKE, John G. *On the Border with Crook,* Reedición, Glorieta, N.M, 1971.

CLUM, Woodworth. *Apache Agent: the story of John P. Clum,* Boston, 1936.

COLYER, Vincent. *Peace with the Apaches of New Mexico and Arizona,* Reedición, Freeport, N.Y., 1971.

CORBUSIER, William T. *Verde to San Carlos: Recollections of a Famous Army Surgeon and his Observant Family on the Western Frontier. 1869-1886,* Tucson, 1971.

DAVIS, Britton. *The Truth about Gerónimo,* Editado por Milo Milton Quaife, New Haven, Conn., 1929.

FAULK, Odie B. *The Gerónimo Campaign,* New York, 1969.

KELEHER, William A. *Turmoil in New Mexico, 1846-1868,* Santa Fe, 1952.

OGLE, Ralph H. *Federal Control of the Western Apaches, 1848-1886,* Albuquerque, 1970.

SPICER, Edward H. *Cycles of Conquest: the Impact of Spain, Mexico and the United States on the Indians of the Southwest, 1553-1960,* Tucson, 1962.

WORCESTER, Donald E. *The Apaches, eagles of the Southwest,* University of Oklahoma Press, 1979.

PRÓLOGO

Sobre un fondo lejano de disparos de Winchester y de Máuser, en plena guerra civil, termino este libro de paz.

Guerra en que ningún principio político está en causa, guerra involuntaria puede decirse. Un acto reflejo obliga a México a expulsar, por espasmos violentos, todo el veneno colonial que tiene en el cuerpo.

Cien años después del grito de Dolores, se combate todavía por la liberación. Es necesario ya que, de los cuatro siglos españoles, el último, el de la independencia nominal, sea el peor.

Bajo los sucesores de los virreyes —Iturbide, Bustamante, Santa Ana, Juárez, Díaz— el verdadero amo de la Nueva España, siempre fue el abarrotero, el temible comerciante multimillonario, llegado en las bodegas de un barco desde Galicia o Asturias. De presidencia en presidencia, las tiranías locales se volvían más duras y los más grandes latifundios ociosos. El pan del peón, la tortilla de maíz, faltaba un año de cada dos.

En los Estados Unidos y en Europa se dice que los mexicanos son rebeldes a la disciplina de los partidos e ineptos para un régimen democrático. Se trata, en efecto, de sufragio efectivo, del ejercicio de los derechos constitucionales y otros artículos de lujo para naciones prósperas. Este pueblo quiere comer y es todo.

Para hacer fortuna en un país nuevo, el inmigrante cuenta, en otros lugares, con la riqueza del suelo o del subsuelo. Aquí, funda sus ganancias sobre el precio de la mano de obra, disminuido por cien artífices, reducido a nada.

Cuando con la administración del agua y la distribución de los grandes latifundios ociosos, la vida, una vida soportable sea ofrecida a los mexicanos, entonces podrá pensarse con ellos en industrias y en finanzas. Por ahora, México es como una mina rica violentamente invadida por aguas subterráneas.

Antaño se hubiera intentado sacar el agua con los brazos, con cubetas. Hoy, los ingenieros instalan bombas poderosas y los jefes de los partidos disponen de armas automáticas. En paz, en guerra, nuestros meses valen años de entonces.

Esperemos, y para ocupar el tiempo libre al que nos obliga la crisis, miremos alrededor de nosotros.

Un bello ejemplo de sangre fría nos es dado por León Diguet, del Museum,* quien vuelto a las sierras después de largas vacaciones, reúne plantas, colecciona insectos y mide viejos cráneos, sin ocuparse más de los guerrilleros que de los "ejemplares" ya clasificados.

Para el estudio de las condiciones económicas de México en su estado normal, esperaremos el arranque de su bonanza sumergida.

México, mayo de 1912.

LOUIS LEJEUNE

*Museo de Historia Natural de París.

Primera Parte

TIERRAS DEL NORTE

I

EN EL CAMPAMENTO, EN LA SIERRA MADRE

Aparto el pedazo de lona que cubre mi cabeza. Es el alba. Se distingue el contorno de un cerro. Enfrente y sobre la nieve de su flanco, la raya negra de un barranco, preciso como la talla de una piedra grabada.

La luz aumenta. Se extiende desde las cimas hasta los fondos de los valles, al principio toca las nieves, luego, los contrafuertes de la sierra, algunos picos aislados y las hondonadas en dirección a Casas Grandes; después, se estira sobre las llanuras de Chihuahua, vistas por un momento blancas, pero pronto secas, doradas —una inmensa extensión de pasto maduro—.

*¡Breakfast Ready! sorry, sir, but you must get up.** Es el cocinero negro que anuncia el desayuno. La tela que me abrigaba está tiesa y cubierta con finas espinas blancas. Los pinos están blancos. Es invierno; poco importa, antes de dos horas, será verano.

Mis botas están duras como la madera. Me las pongo no sin esfuerzo y voy al arroyo vecino que nos arrulló anoche con su canto claro y que se quedó silencioso hacia la una de la mañana. Ahora sé por qué; para bañarme, tengo que romper una capa de hielo.

El mozo, que se fue antes del día en busca de las bestias, regresa. Amarramos los caballos y nos sentamos cerca del fuego para desayunar tocino frito y café.

Después hay que enrollar las cobijas, ayudar a cargar las mulas y ensillar el caballo.

Durante los preparativos, lavamos los trastes. La mula con las provisiones es cargada al último. El cocinero se trepa sobre la yegua que tiene cascabeles y encabeza el grupo. El campamento ha sido levantado.

Hace frío a la salida pero, después de una hora de camino, hay que enrollar el sarape y amarrarlo detrás de la silla, ya que el sol de este día de Navidad es tan caliente como el sol de la pentecostés en Francia.

El paisaje es maravillosamente salvaje, con su sucesión infinita de valles y cerros. Caminamos sin ruido bajo las ramas, sobre un grueso tapete de "agujas" de pino. La planta de la resurrección, fina como el

musgo, cubre las rocas húmedas cerca del agua. En los cañones, los álamos, tocados por las heladas nocturnas, parecen masas de cobre rojo; golpean sus hojas al menor soplo de aire, con un ruido metálico.

Los pastizales de grama madura, con reflejos de oro viejo, ondean en los valles, ricos y lustrados como los brocados renacentistas de los conventos mexicanos.

Esos sicomoros, allá, manchando los prados verdes, esconden al parecer casitas, canastillas de geranios, canchas de tenis. Nos acercamos, ninguna huella humana, el desierto es aquí como en cualquier parte; pero el lugar es soñado para la parada del mediodía.

Después del *lunch*, bajamos por un cañón hasta el anochecer y nos detenemos cuando encontramos, juntos, los tres elementos de un buen campamento: el agua, la madera seca y la hierba. Un conjunto tal es común en la sierra. En los contrafuertes y las planicies, el agua llega a faltar. Un *dry camp*, un campamento sin agua, es temido. Un campamento sin madera y sin aguas es raro; sin embargo, puede uno estar obligado, en la planicie, a quemar yuca y salvia. Siempre hay un poco de pasto, salvo en las dunas de Altar, donde hay que proveerse de cebada.

Pero aquí, estamos en la región de los buenos campamentos.

Desensillamos los caballos y descargamos las mulas. Los hombres de buena voluntad van por madera y agua. Se amontonan las ramas secas para la noche. Si la parada se hizo antes del anochecer cerca de un arroyo, habrá tiempo todavía para pescar algunas truchas, usando como carnada chapulines que se cogieron durante el día. Los bagres y también las truchas se dejan pescar fácilmente; su pesca no es un deporte y sólo se trata de variar el monótono menú de las conservas y de la caza. A veces, resulta más emocionante la cacería del chapulín que la pesca de una trucha.

Mientras pescamos, el cocinero desempaca sus utensilios, asegura el molino de café y cava una zanjita para la fogata. Cuece el pan en un horno de campo: brasas encima, brasas debajo. La masa fue hecha en una batea de lámina de hierro que sirve para lavar el oro. A falta de batea, se usa un pedazo de lona que cubre un hoyo en el suelo. Se agrega a la masa un poco de sal y de levadura.

También pueden hacerse galletas, colocando bolitas de masa sobre una lámina de hierro y volteándolas hasta que queden duras.

Tomamos café tostado y molido en el campamento, también té negro y té de monte, hecho con una hierba de la montaña, sana y aromática: el zacatón amargo.

El menú es variado: trozos de carne de venado, de antílope o de borrego big-horn, según los azares de la cacería del día. A veces, una pierna rostizada, otras veces tórtolas asadas o fritas. En ocasiones, un pato o un pavo.

Al pie de la sierra, en los chaparrales de Sonora, encontramos otra presa, la mejor de todas, el pequeño jabalí plateado.

Cuando pasamos varios días en un mismo campamento, hacemos un gran agujero en el que quemamos ramas de cedro y plantas aromáticas y cocinamos al *etouffé* un trozo grande de carne o una cabeza; es la barbacoa.

Nuestro cocinero logró un día, un *pudding* hecho con la grasa tomada alrededor de los riñones de un antílope, pasas, cáscaras de naranja y una salsa con mezcal.

Los productos de la cacería se acompañan con arroz, frijoles, legumbres enlatadas y también algunas legumbres silvestres que es necesario conocer y que cogemos en el camino. Conozco una especie de zanahoria silvestre, blanca, delgada y larga: excelente. El berro no es raro, tampoco las frutas silvestres en verano. La mejor fruta es la de un cactus con hojas color morado obispo, la duraznita, que sabe a fresa mezclada con grosella.

Es bueno tener una provisión de mermelada y frutas secas. Con algunos duraznos en las bolsas, cuando la comida tarda demasiado o cuando se extravía uno, no se sufre demasiado por el hambre.

Algunos campamentos están tan bien situados que quisieramos pasar ahí una estación entera. Es octubre o noviembre. Las "manzanas" de los madroños están maduras y los osos, muy adictos a ellas, dejaron sus huellas sobre la arena del fondo de los cañones, parecidas a las de un hombre muy corpulento, calzado con mocasines. También se notan huellas de antílope, más ovaladas que las del venado y huellas del borrego big-horn, más cuadradas y cuyas puntas están fuertemente hundidas en el suelo.

De lejos se ve un grupo de venados de cola negra e identificamos de paso, afloramientos de cuarzo que deberían ser examinados con detenimiento. Las mulas también requieren descanso y alimentación; el grama negro y el grama pata de cuervo, las variedades más nutritivas de pastos, abundan aquí. Se decide un descanso. El campamento se establece cerca de un arroyo donde abundan el berro y la trucha. Improvisamos una mesa y asientos.

Durante el primer día remendamos y lavamos la ropa, componemos los arneses, escribimos cartas, visitamos los alrededores, examinamos las rocas y las pistas, pescamos también. Los días siguientes salimos de cacería y de prospección.

Una tienda de campaña es inútil salvo durante el corto periodo de lluvias, es estorbosa y si la región no es segura, es una verdadera trampa. En invierno es tan fría como quedarse al descubierto, a veces más. Se duerme bajo las estrellas, viento atrás, los pies hacia la fogata. Esta región del noroeste mexicano y del suroeste americano es posiblemente el único lugar en el mundo en que se puede dormir afuera todo el año sin temor a contraer oftalmias, catarros, reúmas o fiebres.

Si se presiente la vecindad de indios sospechosos, no se deben hacer grandes fogatas que indicarían a quince leguas la presencia del hombre y la de sus bestias. Durante la noche, éstas se apartan bastante del campamento y si alguien las roba, se volverán posiblemente a encontrar, pero la búsqueda de mulas es el deporte más duro que se conozca.

Hay que tener buenas armas: escopeta con el equipaje, Winchester en la silla de montar y un buen cuchillo.

Se debe llevar también una buena silla de montar hecha a la medida. La silla mexicana vale más que ninguna otra para la montaña. El asiento del ranchero mexicano o del *cow-boy* americano es distinto del de los jinetes europeos. Sus estribos situados más atrás que los nuestros y colgados más bajo, dan al hombre una postura recta, de la cabeza a los pies. Al cabalgar, el árabe se ve agachado, el europeo sentado, el mexicano, parado. En la montaña uno se siente cómodo, desde el primer día, en una silla mexicana.

Es necesario practicar para subir sobre el caballo, tanto por la derecha, como por la izquierda. La costumbre de subir por la izquierda tiene su origen en el porte de la espada. En montaña hay que subir por el lado libre y a veces, sin perder un segundo.

Se debe buscar un caballo con paso seguro, alargado y muy bravo. Debe ser gordo a la salida. Un caballo gordo no se lastima y puede cruzar, sin sucumbir, extensiones de malos pastizales.

Un buen caballo de montaña debe caminar sin necesidad de espuelas. Hay que bajar con frecuencia, alejarse del sendero y adentrarse entre las rocas para matar a un animal o examinar una piedra. Habría que quitarse y volver a ponerse las espuelas veinte veces al día. Es conveniente prescindir de espuelas.

La selección de la ropa es muy importante; en el noroeste de México, el clima es tan bueno casi todo el año, que puede adoptarse la chamarra de gamuza de los rurales. Su color permite acercarse a las grandes presas. En invierno no hay nada más caliente a peso igual, que dos chamarras puestas la una sobre la otra. En verano puede llevarse también el conjunto kaki y en invierno, la chamarra y el pantalón de tela de cacería, de color neutral, botines sólidos y chaparreras de cuero.

El sarape siempre se guarda enrollado tras la silla, listo para ser usado. Todavía se encuentran sarapes de lana tejidos a mano. Los indios navajos, de Nuevo México, los hacen de tela tan apretada que pueden ser usados como cubetas para sacar agua.

Hay que tener ropa interior de franela ligera, camisas de franela muy finas y mudas de ropa muy abundantes. Sobre todo no se escatima nada para el uso de noche, para el *bedding*.

Los elementos de una buena litera son:

1. Una pieza de tela de vela (lona) de 14 pies por 4.
2. Una gran piel de oso o dos pieles de coyote cosidas juntas.

3. Dos pares de cobijas de lana suficientemente grandes como para poder doblarlas.

Después de la cena hay que tomarse el tiempo necesario para preparar la litera. El esfuerzo será pagado en descanso por la noche y en vigor durante el rudo día siguiente. Hay que escoger bien el lugar, una superficie uniforme, sin hoyos en ningún lado. La inclinación de la cabeza hacia los pies, que los principiantes creen ver en un colchón, es tan mala como la inclinación hacia un lado u otro. Resbala uno durante la noche.

Se rebaja un poco la tierra en el sitio que corresponde a la mitad del cuerpo. Cuando se duerme en una banca, se despierta adolorido en la mañana. Los músculos de la cintura trabajan toda la noche. Hay que hundir las partes salientes para que las demás descansen en un plano horizontal. Se obtiene, con este artificio, el equivalente de un buen colchón.

Si se encuentra uno en la arena, aunque muy fina en las dunas, se aprende que nada es menos elástico, ni más duro y pronto se pensará en hacer un hoyo.

Antes de la hora del rocío, se extiende la lona de modo tal que el centro de los seis primeros pies cubra la mencionada depresión. Sobre esta tela, se coloca la piel de oso y sobre ésta los dos pares de cobijas dobladas. Se doblan sobre las cobijas los ocho pies de lona que quedaron libres. La cama esta lista, se tiene debajo de uno, la lona, la piel y cuatro cobertores y encima cuatro cobertores y la lona.

Bajo la lona se ponen las armas, la ropa y las botas. No se conserva mas que la franela, se acuesta uno y se tapa la cabeza con la punta de la lona.

Si se acampa en pleno invierno en la sierra, nada es mejor que una bolsa hecha con piel de oso u otro, pelos o lana hacia el interior, sábanas dobladas con hule hacia el exterior. Uno de los lados de la bolsa, más largo que el otro, se dobla como capucha.

Después del desayuno se enrollan las cobijas, se rehacen los bultos. Los efectos personales y objetos de aseo se colocan en un cilindro de lona que se amarra con cordones de cuero. Es el mejor veliz para viajar con mulas de carga.

Las buenas mulas de montaña cuestan dos veces más que los caballos. Así que se cuidarán y se tomarán grandes precauciones para no lastimarlas. Su carga normal es de 300 libras, pero para avanzar rápido hay que reducirla a 225 libras. En las paradas, después de descargar la mula, se le dejan los aparejos hasta que se hayan refrescado.

Hay que saber cargar, nadie se improvisa de arriero. Si no se ha sido iniciado en los secretos del oficio, si no se puede ayudar a los hombres o prescindir de ellos, no se es más que un "amateur", un simple turista a la merced de un accidente.

Se coloca primero sobre el animal una tela de saco, el sudadero, y por encima, dos o tres cobertores ligeros. Luego, el aparejo, un grueso

colchón de cuero de relleno de paja, que pesa de 50 a 60 libras, muy grande para que el peso de la carga se distribuya sobre una amplia superficie del animal.

El aparejo es sólidamente amarrado por dos hombres, que apoyan el pie sobre los costados del animal. Por encima se coloca una larga cuerda y se distribuye la carga. Es una operación delicada e importante ya que los pesos deben ser iguales de ambos lados, el equilibrio nunca roto, que los bultos permanezcan en su sitio a pesar de los golpes, los empujones, las situaciones casi perpendiculares en bajada o en subida. Un buen arriero calcula el peso de cada pieza sin equivocarse ni en media libra.

Los dos extremos de la cuerda, después de dar vueltas por todos los lados, forman, encima del bulto de en medio, cuando la operación está terminada, un complicado nudo, el *diamond hitch*, que se aprieta poco a poco y que se fija, por fin, con un gran esfuerzo.

En las mañanas lluviosas el cargamento es difícil. Todo está mojado, las cuerdas endurecidas no resbalan.

Las mulas "verdes", cuyo amaestramiento es insuficiente, temen a las víboras de cascabel, a las manchas negras de las fogatas apagadas, a los rayos tan frecuentes en la sierra durante el verano. Todo es pretexto para que se amotinen. Algunas se hinchan mientras las cargan; luego, al momento de partir brincan, ruedan, esparcen los bultos. Otras se apartan de las pistas en los lugares difíciles, atoran sus cargas en las ramas o entre dos rocas. Una de nuestras bestias, obstinada en caminar sobre la orilla del barranco, rodó como una bola. El suelo no era rocoso, la mula no se lastimó. Se detuvo contra un árbol a cien metros del camino. Cargaba, entre otros paquetes, una caja de dinamita.

Una buena mula ocupa su lugar, siempre el mismo en la fila. En la primera salida, el primer lugar tras la yegua con cascabeles, es peleado a patadas y mordidas. La mula que lo conquista lo conserva después, sin oposición.

Los primeros días es necesario parar cada hora para asegurar las cargas. Hay que ayudar a los arrieros, cabalgar a los lados de la columna, juntar a los animales que se apartan. En montaña, una mula cargada o un caballo montado pueden pasar por donde pasaría un hombre sin ayudarse con las manos.

Se recorren de 30 a 40 kilómetros por día: 40 en planicie, 30 en montaña; a veces menos, si se sale de los grandes caminos.

No se debe aventurar entre las rocas si no se está bien seguro de poder retornar por el mismo camino. Puede resultar necesario, en caso de encontrar un obstáculo infranqueable, regresar por donde se vino y un paso difícil, que se pudo pasar de derecha a izquierda, puede resultar imposible de izquierda a derecha. Hay que cuidarse de los conglomerados. Es posible arriesgarse sobre rocas calcáreas, sobre pórfidos y grani-

tos. Sin embargo, en Las Palomas, grandes bloques de granito, duros en apariencia, se desmoronan bajo el pie.

En lugares peligrosos hay que asegurarse de una rama o de una roca antes de pisar. En los conglomerados, el pie y la mano pueden perder apoyo al mismo tiempo. Cada año se señala la muerte de cazadores y prospectores, precipitados en los barrancos.

Es necesario subir las pendientes muy lentamente.

Si uno se pierde en la montaña, no debe fiarse de la brújula; debe observar el sol y los ríos, siempre fáciles de reconocer, aún secos. Debe bajar tan pronto como pueda, llegará tarde o temprano a un valle y caminar río abajo. Si se queda en las cimas, creyendo encontrar su camino, corre el riesgo de morir entre los bloques amontonados en los nacimientos de los cañones.

No hay que olvidar nunca la caja de cerillos. Se puede uno perder siguiendo un venado herido o buscando cortar el paso a un big-horn. Si se tiene que pasar la noche sin cenar y sin más abrigo que un sarape, se tendrá por lo menos un buen fuego, que atraerá posiblemente a los compañeros.

A veces uno se pierde a algunos pasos de sus guías. Un día cruzábamos un chaparral— un espeso bosque de mezquites en la región del alto río Yaqui. Yo caminaba al último. Bajé para asegurar mi silla y perdí cinco minutos; estaba en problemas. De las veinte pistas, ¿cuál tomar?. Pasos frescos por aquí, por allá. Todas son iguales, se cruzan y vuelven a cruzarse como las cuerdas de un *diamond hitch*. La noche se acercaba, el frío era agudo. Prendí una fogata en un claro del bosque y pasé una noche bastante desagradable, entrecortada por sueños cortos y caminatas alrededor de las brasas. Sabía que el campamento no estaba lejos y que al día siguiente me encontrarían si no me apartaba a la izquierda o a la derecha. No había ningún peligro, pero cuántos aislados, perdidos en el monte, recorrieron legua tras legua para encontrar, con desesperación, las ramas que habían roto y las cenizas de sus fuegos. Días más tarde, un vaquero observará los remolinos de los zopilotes encima del chaparral. Quiere averiguar si el animal muerto no era suyo y encuentra al hombre, o lo que queda de él.

Otra vez, quedando en pleno día rezagado del grupo, seguí derecho, tan recto como se puede en el monte, hacia uno de los costados del valle distante tres a cuatrocientos metros y subí tan alto como pude. En dirección contraria a la que creí la buena, advertí el polvo de las mulas y, diez minutos más tarde, el grupo que salía del chaparral y penetraba en un cañón.

El peligro es casi nulo cuando se pierde a los guías: ellos lo encuentran a uno. La situación es más grave si se penetró solo en una región difícil, o si los guías mismos no están capacitados.

II

LOS APACHES

La pradera en Sonora, cerca de la frontera. El sol se pone tras los pinos de la Sierra Azul. Los caballos están pastando, amarrados, las fogatas se prenden. El campamento se siente alegre hoy; vaqueros de Cocóspera, en búsqueda del ganado extraviado, el jinete que algo tiene que ver con contrabando y dos buscadores de cobre, se juntaron a mi tropa. Asamos trozos de venado, tomamos café espeso. Enrollado en mis cobijas, oigo, antes de anochecer, las pláticas de los fumadores, acompañadas por los aullidos de los coyotes que rondan alrededor del campamento.

Hablan de caballos, de cobre y de un mezcal que se destila, sin pagar derechos, en un cañón vecino. Alguien habla de una muchacha y la plática se interrumpe. Un buho canta .....el lugar es siniestro ..... hombres han muerto aquí, sin confesión .....se habla de Gerónimo.

Por largo tiempo se hablará en la frontera del último jefe apache, del gran cazador que mató con su propia mano a más de trescientos hombres.

En los tiempo coloniales, Sonora era una región de misiones y de presidios. Los jesuitas habían catequizado a los indios y hacían trabajar en la agricultura y en las minas a las tribus sedentarias pimas, ópatas y yaquis. Los indios nómadas, pápagos y apaches, supuestamente cristianos, criaban caballos y cazaban en los grandes territorios que consideraban suyos. De vez en cuando ocurría un robo o un asesinato, pero los frailes impedían las represalias.

Después de la expulsión de los jesuitas y la ruina de las misiones, aventureros blancos violaron los derechos de cacería de los indios y robaron caballos. Hubo enfrentamientos y los asesinatos se volvieron frecuentes. Fue peor todavía, cuando hacia 1820, después de la Guerra de Independencia, criminales escapados de presidios dieron a los indios terribles ejemplos.

En pocos años las haciendas fueron destruidas, las minas abandonadas y en las montañas boscosas y los valles encanjonados del alto Sonora, en esta región grande como la cuarta parte de Francia y hecha para las emboscadas, no quedaron mas que algunos miles de blancos, agrupados en cuatro o cinco aldeas– Santa Cruz, Bacoachi, Fronteras,

Bavispe– todas situadas en altas terrazas desnudas desde donde se podía vigilar la campiña. Para sembrar y cosechar en los valles al pie de los pueblos, bajaban grupos armados y se apostaban centinelas. Todo hombre aislado estaba perdido. Para ir de un poblado a otro, se tomaban las precauciones de una tropa en país enemigo y a veces, la caravana entera desaparecía.

Sobre los caminos del Distrito de Arizpe y de Moctezuma, se ven en múltiples lugares montoncitos de piedras que indican el lugar de un asesinato. Aquellos que encontraban un cadáver, cavaban rápidamente un agujero, cubrían el cuerpo en "raquetas" de cactus para protegerlo de los coyotes y amontonaban algunas piedras encima. Si sobre las piedras se erguía una cruz, los muertos eran mexicanos, si no había cruz, eran americanos. A veces sobre una piedra, se leía una inscripción en inglés: "Killed by the Indians - Tortured and Killed by the Indians".

Examinando el lugar alrededor de estas tumbas, nos damos cuenta de la táctica de los apaches. Casi siempre atacaban en un lugar descubierto, a la salida de un desfiladero, cuando los viajeros, creyéndose fuera de peligro, bajaban la guardia.

El general Crook relataba que sesenta apaches, emboscados sobre un terreno plano, cubierto con un pasto de un pie de alto, no habían sido vistos por un convoy militar que pasó a su alcance. Con la cabeza y los hombros cubiertos con hierbas, el cuerpo embarrado con arcilla, vigilaban sin moverse bajo el duro sol del verano durante días enteros. Cuando se acercaban a un campamento o a un rancho, lo hacían arrastrándose con los movimientos lentos y elásticos de una cascabel, la serpiente del país. En Baviácora, la viejita que me atendía había visto caer a su marido en la puerta de la casa; no vio al indio.

Raras veces, los apaches desperdiciaban un cartucho; sabían abstenerse, no disparar aún dentro del alcance si no estaban seguros de poner a los viajeros fuera de combate desde la primera descarga. Una respuesta podría causar la muerte de uno de los suyos y tal pérdida no podía ser compensada ni con la muerte de 10 blancos. Así, cuatro o cinco jinetes pasaban impunemente –sin saberlo– ante cuatro o cinco apaches emboscados.

Los apaches no daban cuartel pero, con frecuencia, antes de matar a sus prisioneros, los conservaban con vida algunas horas y los "calentaban" o los mutilaban para sacarles información o para divertir a las mujeres. Rompían contra un tronco de árbol la cabeza de los niños. A veces perdonaban la vida a niños o niñas de ocho a doce años y los acostumbraban a la vida salvaje, eliminando a aquellos que servían mal o trataban de huir. Un niño de diez años, tomado en Janos, fue arrastrado desnudo entre los cactus, al galope de un caballo.

[1] "Muerto por los indios. Torturado y asesinado por los indios".

Su cuerpo, hinchado y ennegrecido, se parecía a ese monstruoso melón del desierto cubierto de espinas y que se llama biznaga. Entre los prisioneros que han regresado al estado salvaje, se mencionan algunos que lograron influencia sobre sus amos y se volvieron tan crueles como ellos: Severiano, Jesús María, Concepción, Francesca. Tuve como guía a un joven mexicano que vivió nueve años entre los apaches, era casi mudo, pero su vista, su oído, su conocimiento de las pistas, su resistencia física, eran extraordinarios. Lo mandé de Batepito a Tombstone y seguí mi viaje. Recorrió ochenta leguas en menos de cuatro días y me encontró siguiendo mi pista de campamento en campamento.

El mayor Bourque dice que un apache yuma, a pie, desnudo, saliendo de la desembocadura del Colorado, llegó a Yuma el mismo día. Recorrió treinta y dos leguas en catorce horas con 45 grados de calor.

Jamás sin duda, se volverán a ver guerrilleros tan móviles como lo fueron los apaches. Recorrían de quince a veinte leguas por día, con frecuencia mucho más, a caballo o a pie, ocupando un campamento sólo por unas cuantas horas, yendo sin cesar de un escondite a otro, dispersándose después de un ataque como una parvada de pájaros, molestando a una columna enemiga por el flanco y por la retaguardia. Desde lo alto de las sierras de Cananea, de los Ajos, del Manzanal, sus centinelas vigilaban los valles, la pradera de cien mil hectáreas que atraviesa el camino de Tombstone a Arizpe, señalando con el humo de fogatas de piñas (de los pinos), el número de jinetes o de carretas para preparar el asalto veinte leguas adelante de la presa, con un número suficiente de guerreros. Para ir de Arizona a Sonora, más valía viajar solo, evitar los lugares descubiertos, dormir en los barrancos. Los ataques nocturnos eran raros; así pues, para cruzar un valle o una planicie, era prudente esperar que se escondiera la luna. Pude, con este método, cruzar varias veces la región en plena Guerra Roja. Pero no se podía prender fogatas ni hacer ruido.

Los apaches no se parecían en nada a los pieles rojas de las novelas ilustradas, se parecían más bien a los "Chouans de Cadoudal"[2] o a los duros montañeses de las *Cevennes:* el tipo obstinado, los labios apretados, las arrugas profundas. Gerónimo, vestido de lino, no hubiera sido notado en un mercado del Morvan.

A veces vestían con la ropa del vaquero mexicano o del minero americano asesinado la víspera, pero su ropa ordinaria estaba hecha de un solo trozo de tela de algodón, amarrado a la cintura con la cartuchera, con alas cayendo por detrás y por delante hasta las rodillas; un sarape sobre los hombros, un paliacate alrededor de la frente. Las piernas quedaban desnudas, los pies calzados con mocasines o descalzos

[2] Guerrillas realistas que combatían a los revolucionarios franceses a fines del siglo XVIII.

en este país de rocas agudas y de plantas espinosas. Entendí que se puede correr sin zapatos entre los cactus cuando ví a un joven prisionero apache prender un cerillo frotándolo contra la planta de su pie, dura como una suela.

Las mujeres vestían como los hombres y cargaban, como ellos, el Winchester, la calabaza para el agua y el morralito de piel para la provisión de maíz tostado y molido.

Puede decirse que ningún nómada en el mundo, ni siquiera los aborígenes de Australia, caminaba tan ligeramente cargado.

En tal guerra, la ciencia de las pistas era necesaria. Los hombres de la frontera que la adquirieron en tiempos de Gerónimo, sorprenden por su certeza y su velocidad en la cacería. En las regiones más secas, en los pedregales de las sierras del Altar, donde la pisada del caballo no deja ninguna huella, unos de estos jinetes sigue, a buena velocidad, la huella de un hombre o de un venado, sin observar nada al parecer y como por instinto. De vez en cuando una agachada, un detalle observado y la cacería prosigue entre las rocas, las plantas espinosas, el matorral de mezquites, siguiendo un indicio apenas perceptible: una piedrita recientemente volteada, una ramita de ocotilla cuya flor tocó la presa. Por fin, una mancha de arena y una huella. ¡Adelante! es necesario juzgar cada indicio de una ojeada rápida, sin disminuir el paso, porque una pista en el desierto se enfría más rápidamente que el camino del venado en el Berry.

Los apaches complicaban las dificultades de la persecución huyendo cada quien por su lado y cruzando y volviendo a cruzar su propio camino. Su cita era a cuarenta o cincuenta leguas del punto de partida. La cambiaban cuando era necesario, en plena marcha, avisándose con señales: marcas sobre la corteza de un sicomoro, nudos en una mata de juncos, piel de rata colgando de una rama. Algunos, escondidos entre las rocas, hacían fuego y huían hacia las cimas, sabiendo que a la primera alerta, la vanguardia se detenía para esperar la columna.

Los apaches no eran exclusivamente jinetes como los nómadas de las planicies de Texas y de Coahuila: los comanches.[3] Estos libraban verdaderos combates, cargaban contra el enemigo. Bravos al estilo de los blancos, perecieron antes que los apaches. Si los apaches resistieron

[3]Los apaches del este eran cazadores de búfalos y vivían en *tepee* o cabañas de ramas en forma de tepee. Pronto adoptaron el caballo. Los apaches del oeste vivían en *wickiups* y tomaron de los indios pueblo la práctica de la cestería, de la cerámica y de la agricultura. Aunque adoptaron el caballo, siguieron por la condición montañosa de su territorio, desplazándose a pie.

Un grupo del suroeste pronto se diferenció del resto adoptando el borrego. Este grupo se llama navajo.

Los apaches eran los enemigos tradicionales de los pueblo de Nuevo México, de los pimas y pápagos de Sonora y Arizona y de los comanches de Texas.

hasta 1886, es que caminaban como montañeses y sabían esconderse. Su centro de resistencia era la alta sierra que separa Sonora de Chihuahua. En la montaña, cazaban a pie; para sus asaltos en las planicies, utilizaban caballos tomados a los rancheros o los mustangs que se reproducían en libertad desde la ruina de las haciendas ganaderas y tan numerosos que se podían matar sin contar. Sus amos de un día les exigían esfuerzos excesivos usando, como espuelas, cuchillos amarrados a los talones. Un caballo abandonado por un americano después de un recorrido de veinte leguas, vuelto a tomar por un mexicano que se hizo cargar diez leguas más, recorrió todavía diez leguas con un indio encima antes de morir. Cuando el animal estaba completamente agotado, el apache le sacaba todavía un último servicio; sin rematarlo, le cortaba trozos de carne ya que prefería la carne de caballo a las presas que le hubieran costado cartuchos, aquellos preciosos cartuchos que sólo encontraba sobre los muertos. En la frontera, todo el mundo carga el Winchester y el revólver del mismo calibre para poder, durante una expedición, renovar las municiones de ambas armas, por compra o por toma. Durante su última campaña, Gerónimo, a quien las tomas ya no bastaban, se arregló con unos *out laws* del Valle de San Simón, en Nuevo México, a quienes pagaba los cartuchos con los despojos de aquellos que había matado.

Algunos cuadros de esta cacería de blancos fueron conservados por las autoridades mexicanas: 116 muertos en sólo el Distrito de Arizpe en 1868; 168 muertos en 1869; luego las cifras aumentan hasta 1886. Sólo son los muertos que se han encontrado. ¡Cuántos más fueron devorados por los coyotes y los buitres, en los barrancos perdidos¡

Lo que hace la historia de Sonora tan trágica, es que sus pobladores ahí habían nacido y amaban su Estado. En los grandes desiertos de los Estados Unidos, el emigrante, el cazador, los buscadores de minas arriesgaban sus vidas, empujados hacia el oeste desconocido por el instinto de la aventura. En Sonora el campesino era asesinado en sus propias tierras, tratando de salvar sus últimas reses o la última cosecha. Se vivía en el terror. Una estrella brillando sobre un cerro era confundida con una señal india. Sobre el flanco de un barranco, un "organo" semejaba a un hombre apuntando. Todo humo era sospechoso. Escuchen: ¿será el aullido de un coyote o el de un niño que el indio degüella? Es un coyote . . . ciertamente, es un coyote . . . o es el aviso de algún indio . . .

Después de tantas alertas, estaba uno tan nervioso que brincaba con el ruido de un pájaro que emprendía el vuelo entre las hierbas.

Franck, el conductor de la diligencia de Tucson decía: "¡los indios! hay que ser más astuto que ellos. Le esperan en el camino, pero, sabe usted, yo no tomo nunca el camino". Dejando asombrados a los pasajeros, sacudidos, de noche, entre los espinos y las rocas, Franck lanzaba sus cuatro mulas por el desierto. Fue muerto en 1881.

Townsend había mandado a veintisiete apaches a las *happy hunting grounds*[4], a las felices praderas de donde nadie regresa. había deci dido que pondría un ranchito en Agua Fría, pero los apaches decidieron lo contrario; su política, como decía Lawton, consistía en desalentar la inmigración. Townsend está enterrado a cien metros de Agua Fría, bajo la sombra de un álamo.

Un rancho en Arizona, hacia 1880: las paredes hechas con ocotillas, largas ramas espinosas amarradas con tiritas de cuero; por encima, una lona; una mesa de madera blanca para comer y jugar al "monte" con los gambusinos y los arrieros que pasan, cobijas amontonadas en un rincón sobre la tierra apisonada; una sartén. Sobre el piso, envuelto en un sarape, un mexicano se queja, herido durante el último ataque. La carne y la harina se terminaron, sólo hay un poco de té y unos higos secos. El dueño del lugar: Carrall Duppa, nacido en Marsella donde su padre era cónsul de Inglaterra, alumno de la Universidad de Cambridge . . .tres balas apaches en el cuerpo. Habia construído su rancho en el lugar mismo donde los apaches lo habían atacado para enseñarles que no retrocedería. No retrocedió: está todavía aquí, bajo una gruesa laja.

En una brecha, a escasas leguas de Fronteras: el lugar del ataque, los restos del convoy, los muertos. Testimonios, entierros. Alguien nota que un herido, un blanco,[5] sobrevivió a la masacre. Se sigue su huella. Se escondió y huyó hacia Fronteras. Se detuvo en aquel charco de agua, se limpió, rompió su camisa, vendó sus heridas y fumó un cigarrillo. Luego, indeciso, cambió varias veces de dirección y se recostó bajo un mezquite. Pero aquí, aparecen otras huellas, las de una gran fiera, que paso a paso lo siguió por largo trecho. Finalmente, la huella de una lucha y la del cuerpo humano arrastrado por el puma hacia los espesos matorrales.

Los gobiernos de los estados de Chihuahua y de Sonora ofrecían recompensa de doscientos pesos —en ciertos años, trecientos— por cabeza de apache. Pero, para ganar la recompensa, era necesario ver al apache antes de ser visto por él; el caso era muy raro. El indio que no se escondía era, nueve veces de cada diez, sólo un pápago, una falsa presa. Sigue uno un sendero en la montaña, el ojo alerta, la carabina colgando de la silla. De repente, a la vuelta del barranco, un jinete indio aparece. Levanta uno la mano derecha, en signo de paz. El indio hace el mismo gesto. Sus rasgos son inmóviles, su ojo frío examina las armas y el caballo. Uno sabe que es —apache o no— un hombre sin fe y sin ley, y que sólo desea las armas. Si se le habla, contesta con un gruñido. Agarra, como su adversario, su carabina lista y camina a su lado. Cuando se encuentra uno a varias horas o días del campamento

[4] "A las felices praderas de caza". Haciendo referencia a la supuesta creencia de los indios que consideraban su "paraíso" como una gran tierra llena de presas donde el cazador se dedicaría feliz a su actividad preferida.

[5] Por blanco, se designa aquí a todos aquellos que no eran apaches o indios de la región.

blanco más cercano, hay que rodear los desfiladeros, atravesar los matorrales, hay que dormir al lado de este compañero sospechoso. Conocí a un mexicano que mató, por precaución, a su compañero de camino. No tenía remordimientos. Repitió el refrán americano: "el buen indio, es el indio muerto".

En 1836, la recompensa era de doscientos pesos por *scalp*[6] en México. Un cierto Johnson, un inglés, reunió a varias familias apaches en su campamento en Santa Rita (Arizona) con el pretexto de venderles telas. Los recibió en el corral y les obsequió mezcal. Había disimulado detrás de varias sillas, arneses y sacos de harina, una de esas "ametralladoras" que usan los indios de México para matar por cientos los patos de las lagunas: dos docenas de viejos cañones de fusil, amarrados y retacados con pólvora y metralla, y fumaba su pipa mientras observaba la fiesta. Abrió el fuego en el buen momento y con la ayuda de dos cowboys, remató a los heridos. Las cabezas fueron saladas y vendidas en Sonora.

En 1835, un irlandés, Glanton, muy conocido como *Indian trader* (persona que comerciaba con los indios) logró una bella masacre cerca de El Paso. Fue recibido como salvador, al son de las campanas, por el clero y el gobierno de Chihuahua. Las cabelleras, clavadas en el portón de la catedral, fueron vistas por Ruxton,[7] un oficial inglés, en 1837. Glanton fue muerto, en 1848, pasando el Colorado, por los apaches yumas.

Hay que recordar los tratados de paz, seguidos por repartos de harina

[6] Cabellera.

[7] Refiriéndose a este hecho, G. Ruxton menciona a "Santiago Kirker un irlándes con muchos años de residir en México" o sea que designa a otra persona que aquella nombrada por Lejeune. Ambos fueron cazadores de cabelleras.

Ruxton relata así el episodio, ocurrido en la villa de Galeana:

"Cuando los de Kirker se aproximaron, los mexicanos tomaron sus armas y dispararon sobre los infelices indios quienes, sin tener siquiera sus cuchillos, no pudieron ofrecer resistencia. Caían al suelo viendo que los hombres de Kirker los rodeaban, dejándolos a su suerte. Los enfurecidos mexicanos no hacían distinciones de sexo ni de edad y masacraban a sus víctimas con endemoniados disparos, vengándose así de los muchos años de persecución que habían sufrido. Una mujer embarazada entró a la iglesia, se inclinó ante el altar y pidió clemencia para sí misma y para su hijo que aún no nacía. Fue atravesada por una docena de lanzas y entonces (es imposible creer tal atrocidad, pero me lo contó un testigo presencial en ese lugar, dos meses después de la tragedia) sacaron vivo al niño del cuerpo aún palpitante de su madre, lo mojaron con agua bendita para bautizarlo e inmediatamente le destrozaron la cabeza estrellándolo contra la pared.

Así fueron masacrados ciento setenta hombres, mujeres y niños y con sus cabelleras en pértigas, el grupo de Kirker llegó a Chihuahua en procesión encabezada por el gobernador y los sacerdotes, mientras una banda de música escoltaba la entrada triunfal a la ciudad . . .

Frente a la entrada principal de la catedral, sobre los portales que forman uno de los costados de la plaza colgaban las siniestras cabelleras de 170 apaches que habían sido atrapados e inhumanamente asesinados por los cazadores de indios que paga el Estado". George Ruxton, *Aventuras en México*. Ediciones "El Caballito", México, 1974.

envenenada y de cobijas contaminadas con viruela. Recordemos las atroces venganzas de los apaches, el saqueo de Casas Grandes, las proezas de Victorio el jefe de las tribus de los chiricahuas.[8] Este, acorralado con 109 apaches en su guarida cerca de Nácori, murió rodeado de sus mujeres que estrangulaban a sus niños y arrojaban sus cuerpos a los mexicanos desde lo alto de las rocas.

Fue hasta 1872 cuando el gobierno de Washington se preocupó por la causa de la gente de la frontera y mandó tropas a Arizona. Un día, el mayor Brown, de la caballería, sorprendió a una gran partida de indios en el cañón del río Salado. A la primera descarga mató a diez apaches. Los otros, un centenar, se refugiaron en una cueva, salvo un corredor, encargado de avisar a la tribu y que, creyéndose fuera de alcance, se paró en la cima de una roca para desafiar a los blancos; fue muerto. Brown organizó a sus hombres, invitó a los sitiados a rendirse, prometiendo cuidar a las mujeres y a los niños. De repente su guía, un apache llamado Nantaje, gritó: "¡Cuidado! es el canto de la muerte . . . van a salir a la carga . . ." veinte apaches se arrojan por delante para cubrir la retirada de los otros, pero siete son muertos y los demás retroceden. Toda huida es imposible. Los soldados disparan hacia la cueva, hacia el techo para que las balas reboten. Un niño apache de cuatro años sale y mira, un dedo en la boca. Nantaje brinca, lo agarra y corre detras de una roca. Algunos soldados trepan sobre la parte alta del cañón, encima de la cueva y logran desprender grandes rocas y tapar la entrada tan sólidamente que, cuarenta años después, la cueva conserva todavía a sus prisioneros.[9]

[8] Victorio era jefe de los *warm spring* (ojo caliente) que en apache se llamaban CHIHEN-NE. Victorio fue muerto el 15 de octubre de 1880 po un *scout* o explorador tarahumara llamado Mauricio Corredor (Faulk, 1969) a quien el Estado de Chihuahua pagó 3 000 pesos por la cabellera del apache y regaló un rifle niquelado.

[9] El hecho ocurrió en una caverna de Salt Canyon en diciembre de 1872 y quedó en la memoria de los indios como uno de los hechos de guerra más gloriosos de su historia.

III

EL FIN DE UNA RAZA

Un amigo me devolvió mis apuntes que creía perdidos; una media docena de cuadernitos guardados en una vieja maleta. Los había escrito a la luz de las fogatas, en la Sierra Madre, en tiempo de los apaches. Descifrándolas, me dí cuenta de que una página de la historia no había sido escrita, que una época trágica, cuyos raros testigos están muertos o callados, pronto habrá sido olvidada y volví a escribir mis apuntes. Servirán posiblemente a algún escritor, para redactar sobre un fondo de verdad, algún relato de aventuras.

Hoy, los gambusinos, los ingenieros, los turistas llegan por centenas al pie de la sierra, en carros del "R.G. and S.M." o del "K.C. and P". Recorren los barrancos sin preocuparse; establecen sus campamentos en el lugar que les gusta; estudian sólo las pistas de los venados, que se han vuelto tan escasos.

Ya no se vive, y no se vivirá nunca más las fuertes emociones del hombre que no sabe bien, si es cazador o presa. En 1886, la roca que se rodeaba, los arbolitos de la izquierda, los altos pastos adelante, escondían posiblemente una emboscada. La huella de una pisada sobre la arena tenía el atractivo de la carta sobre la que se apuesta el último peso.

En esta atmósfera de peligro, a ocho días de cualquier ayuda, el conjunto de los grandes paisajes, los matorrales, los cañones, los picos asi como cualquier cosa: piedras, plantas, ruidos, olores, todo entraba en el alma. Después de veinticinco años, volví a ver, a través de mis notas, las hortensias y los iris de la crestas en el sol del poniente, y tal gesto de alguno de mis compañeros, tal actitud del guía al acecho. Me acuerdo a menudo de los menores incidentes de aquel paseo de catorce meses en un país que tanto se parecía – desde algún punto de vista– a la Vendée de Charette.[1]

[1] Región de Francia en que se escenificó la cruel guerra de los realistas en contra de las fuerzas de la Revolución a fines del siglo XVIII. Uno de los jefes realistas más destacado fue Francisco Charette de la Contrie fusilado en Nantes en 1796.

Es necesaria una introducción a mis notas.

Desde hacía muchos años, bandas de indios insumisos cazaban blancos en Sonora, pero nunca los asesinatos habían sido tan frecuentes como después de la organización de la reservación de San Carlos en Arizona. Imagínese un criadero en un puerto, un criadero donde se alimenta a tiburones y cuyo recinto sólo está marcado con una cuerda. Tal era San Carlos.

Los americanos, después de diez campañas, habían logrado en 1880 juntar la mayor parte de los nómadas de las dos orillas del río Gila. Apaches tontos, apaches mescaleros, apaches chiricachua, 4 000 indios aproximadamente, tenían por prisión 120 000 hectáreas de llanos y de montañas. Se esperaba retener estas fieras distribuyéndoles víveres y cobijas y se constataba su presencia haciendo rondas de caballería.

El agente, el gobernador de la reservación, venido de Washington, les dejó armas y el derecho de cazar; pero los venados y hasta las liebres pronto desaparecieron. Pronto tuvieron que cazar lagartijas, serpientes y ratas de campo que viven en grupos en madrigueras. Un hombre introduce en un agujero una ramita de ocotilla; sus compañeros vigilan las otras salidas, aturden a las ratas que salen, las vacían, las abren y las cuelgan del cinturón. Al anochecer las asan sobre brasas.

Los apaches se dedicaban también, en verano, a cosechar tunas, bellotas y semillas de girasol que se muelen con maíz o con harina de mezquite tornillo.

El general Crook, vencedor de los Nez-Percés,[2] un buen soldado y un buen hombre, tenía el mando en Arizona. Según él, había que tratar a los indios como niños "en la ignorancia pero no en la inocencia". Dio herramientas a los cautivos y, para animarlos a dedicarse a la agricultura, les compraba heno y maíz. Contrataba a los más inteligentes, los organizaba en compañías de exploradores y les pagaba tanto como a los jinetes blancos.

Era la política de los filántropos de Washington y de Boston: "¡pobres gentes!" decían en el este, "les hemos tomado sus tierras, les debemos alguna compensación: buen trato, educación religiosa, enseñanza de oficios". Y cuando un apache había sido visto fuera de la reservación y castigado, los diarios a 3 000 kilómetros de San Carlos, protestaban escandalosamente.

Cierto que se habían tomado sus tierras a los apaches, que penetraban hasta Zacatecas; se les tomaron tierras tan grandes como Alemania y Francia juntas. Su nombre se les enseñaba en la reservación: "apache"

[2] Grupo indio piel roja de las grandes llanuras del centro de los Estados Unidos. De hecho, fue la gran campaña contra los sioux y los cheyenes que culminó el 26 de junio de 1876, con la muerte del general G.A. Custer en la batalla del Little Big Horn. El 17 de junio, Crook sostuvo contra el jefe Crazy Horse, la batalla de Rosebud.

quiere decir "enemigo" en lengua maricopa.[3] Formaban parte del grupo más meridional de los Tinneh, que los blancos llamaban "pieles rojas". Lo que sabían de su historia es que habían, desde siempre, recorrido los campos cazando y matando a voluntad en los llanos y las montañas, que nunca habían irrigado la tierra ni sembrado el maíz, que no habían esperado a que la planta y la ternera hubieran crecido para comerlos.

Ahora, estos nómadas veían cada día el mismo horizonte. Contestaban a los llamados para el reparto, y pasaban largos días acuclillados delante de sus chozas. Ya no podían, por celos, cortarle la nariz a su mujer. Esta vida de vencidos les era muy dura. Se les animaba a criar caballos pero no dominaban las ganas de comérselos cuando se retrasaba el reparto de carne. Además, ¿de qué sirven los caballos cuando se es prisionero? Engordarlos y venderlos, ¿de qué sirve el dinero cuando el mezcal ha sido prohibido?[4]

Confusos, veían las sierras mexicanas, los osos, las manadas de venados, los arrieros que subían las cuestas y pronto caerían en la emboscada.

Una noche, doce o quince hombres de la misma tribu se ponían de acuerdo y, al caer la noche, mataban sin ruido con sus cuchillos a los guardias del puesto de vigilancia, tomaban sus armas y sus municiones y huían.

Cruzaban las mesetas pedregosas al sur del Gila. Marchaban hacía México.

El desierto de Arizona se había poblado durante su estancia en la agencia. Quiero decir que algunos pioneros, tranquilizados por los pe-

[3] Los apaches se llamaban a sí mismos "Dine"; "apache" proviene de la palabra Zuñi: "apachu".

[4] "... San Carlos ganó unánimamente el nombre de "cuarenta acres de infierno". Es una planicie de gravas en la confluencia de dos ríos, a unos 30 pies más arriba del nivel del fondo de éstos y dotada aquí y allá de algun grisáceo edificio de adobe de la agencia. Una difusa línea de escasas matas de algodón encogidas casi sin hojas, marca el curso de la corriente. La lluvia es tan poco frecuente aquí que tiene carácter de fenómeno. Es una región casi siempre seca, caliente, con un viento cargado de polvo y arena que recorre la planicie, desnudándola de todo vestigio de vegetación. En verano, una temperatura de 110 grados a la sombra es un tiempo fresco. El resto del año, moscas, mosquitos, todo tipo de insectos indeseados —estuve a punto de decir bestias del aire— pululan por millones. Curiosamente, en el calor del verano, casi todas las moscas desaparecen, idas evidentemente a un refugio en la montaña.

Por todas partes, pequeños niños indios desnudos, hambrientos, sucios, atemorizados, corren a nuestra llegada a esconderse tras un matorral o en su *wikiup*. Por todas partes, los ariscos, desesperanzados, desconfiados rostros de los indios mayores lo desafían a uno. Se siente el reproche penetrar hasta lo más profundo del ser, ese reproche que le hace sentir a uno que no se es más que un mentiroso y ladrón, muy poco distinto de la procesión de mentirosos y ladrones que le precedieron.

BRITTON DAVIS, *The Truth About Gerónimo.*
(New Haven: Yale University Press. 1929)
Britton Davis fue teniente de la caballería y mandaba una compañía de scouts apaches bajo la dirección del capitán Crawford.

riódicos, se habían establecido por aquí y por allá, cerca de los manantiales, en las secas soledades. Algunos cowboys vigilaban el ganado en los valles de San Pedro y de San Simón. Tombstone se convirtió en dos años, en una ciudad de 8 000 almas. De ahí salían los mineros en dirección a las montañas del Dragón, de Huachuca, de Chiricahua (en los Estados Unidos) y hacia Cananea y la Sierra Azul (en México). Todo este ganado humano había vuelto a poblar las tierras de caza de los apaches.

Desde la primera noche, los renegados –así llamaban a los fugitivos en la agencia– sorprendían un rancho, mataban al hombre en el cañón, a la mujer y a los niños en la casa y se aprovisionaban. Más lejos, mataban a un inmigrante y a su esposa, venidos desde Texas y que cruzaban las praderas en un carro cubierto con lona y jalado por dos caballos desparejados. Al día siguiente, mejor todavía: mataban a un gambusino en su hoyo, a una media docena de reses y a un contrabandista vinatero que cargaba mezcal en su burro. Al otro día, pasaban la frontera, estaban en su casa, en Sonora.

Desde luego, un destacamento de caballería, salido del Fuerte Bowie o del Fuerte Huachuca, seguía su pista ya que los regimientos acantonados alrededor de San Carlos tenían siempre sus cartucheras llenas y su equipaje listo. El capitán Bullis, apodado "Whirlwind" (remolino), jefe ordinario de estas expediciones, detenía correctamente a sus hombres en la frontera, en un punto en que se podía trazar visualmente una línea este-oeste, entre una columna encalada y otra columna igual. Saludaba la bandera mexicana que imaginariamente flotaba en el aire y traía de regreso, a paso lento, a sus jinetes a la agencia.

Inmediatamente, el periódico de Tombstone echaba grandes gritos (Tombstone significa "lápida" y su periódico se llama *El Epitafio*). Los ciudadanos, reunidos en un *Indignation meeting* organizaban un cuerpo expedicionario, los *Tombstone Toughs* encargados de ir a linchar a todos los prisioneros y a sus celadores en San Carlos. Los *Toughs* llegaban hasta el pie de la montaña del Dragón, observaban en el termómetro una temperatura de 45 grados a la sombra y regresaban a Tombstone, calmados.[5]

Pero las huidas de los apaches se volvían tan frecuentes que había necesidad de ocuparse de Arizona y de Sonora, tanto en Washington como en México. Una convención fue firmada por ambos gobiernos y las tropas americanas tuvieron derecho de persecución en territorio mexicano.

[5] Un grupo de "Tombstone Rangers", en el año de 1883, lleno de espíritu patriótico y de wiskey, salió para masacrar a todos los de San Carlos. Al llegar a los límites de la reservación, encontraron a un viejo apache cosechando mezcal. Afortunadamente para ellos, el viejo estaba desarmado. Al primer disparo, el viejo corrió hacia el norte, los rangers hacia el sur, terminando así una de las masacres menos sangrientas de la guerra apache. La intención, según el capitán Bourke, murió de sed.
Citado por Worcester, 1979: 267.

Era tiempo de tomar esta decisión. El 17 de mayo de 1885, 124 apaches chiricahuas abandonaban la agencia bajo la dirección de Gerónimo, uno de sus jefes.[6] El otro jefe, el viejo Chato, enemigo de Gerónimo, se quedó con 370 hombres.

Antes de cruzar la frontera, Gerónimo mató a 39 personas en Arizona. Un destacamento, al mando del capitán Crawford, lo persiguió en Sonora y le quitó quince mujeres el 23 de junio, entre Bavispe y Oputo; pero durante el verano, Gerónimo confundió sus pistas, cruzó sus huellas, matando en todas las direcciones hasta en los distritos de Magdalena y de Ures.

Sabíamos que su escondite preferido estaba en la Sierra Madre, en algún punto entre el paso de Carretas y el gran Cañón del Arroz. Sabíamos que sus principales lugartenientes se llamaban Natchez y Mangas. Sabíamos que el capitán Crawford había sido muerto cerca de Nácori, el 11 de enero.[7]

Mis primeras notas tienen la fecha del 13 de febrero.

[6] Fueron en total 42 guerreros y unas 90 mujeres y niños (Faulk, 1969: 56)

[7] El capitán Emmet Crawford, después de haber solicitado su cambio a Texas en 1882, a raíz del conflicto que tuvo el ejército con el agente indio C.D. Ford, fue llamado de regreso por el general Crook en 1885, confiriéndosele el mando de los *scouts* que seleccionó entre los apaches White Mountain y Chiricahua. Crawford mandaba el Segundo Batallón de Exploradores Indios compuesto por 2 compañías de 50 hombres enlistados por 6 meses. Los tenientes M.P. Maus y W.E. Shipp mandaban cada una de las compañías.

El 11 de diciembre entró a México con su tropa por Agua Prieta. Los apaches, amistosos o no, eran mal vistos en México y se pagaba 200 pesos por sus cabezas. Tenían que cuidarse tanto de las tropas mexicanas y de los civiles como de los apaches rebeldes. El 23 de diciembre, dos de ellos fueron muertos por los mexicanos cerca de Huasavas.

El 10 de enero, a unas sesenta millas al sureste de Nácori, atacó el campamento de Gerónimo y logró quitarle sus caballos y abastos. Los apaches, que habían establecido su campamento del otro lado del río Haros, solicitaron una entrevista para el día siguiente. El 11 en la mañana, oyeron llegar a un grupo que creyeron era la Primera Compañía de Scouts, al mando del capitán Wirt Davis. Poco después se inició un tiroteo con los recién llegados que resultaron ser tropas irregulares mexicanas.

Crawford intervino para detener el combate y en compañía del teniente Maus gritaron a los mexicanos que eran soldados americanos. El tiroteo se detuvo pero un disparo inesperado alcanzó a Crawford en la cabeza. El hombre que le disparó fue Mauricio Corredor, el tarahumara que mató a Victorio, haciéndolo con el rifle niquelado que recibió en recompensa (según Faulk).

El combate se reinició habiendo muerto Mauricio Corredor entre otros. Crawford, herido de gravedad, murió el 18 de enero.

El incidente tuvo repercusiones diplomáticas y fue hasta febrero de 1887 cuando el gobierno de Chihuahua ofreció devolver las mulas y equipos que Maus había prestado a los mexicanos para llevarse a los heridos después del combate. La tropa mexicana se componía de soldados tarahumaras que odiaban a los apaches y querían sus cabelleras a como diera lugar.

IV

LAS TARRAIZAS

13 de febrero de 1886. Acampados en un cañón, en el sitio de Mechiapa, cerca de las ruinas de una casa de piedras secas. Es una antigua vinatería donde don José Zozaya, de Bacerac, destilaba con las plantas de la montaña, un mezcal muy renombrado en el valle del alto Yaqui.

Una vinatería es una destilería móvil. Cuando los mezcales silvestres se agotan en un radio de dos o tres millas alrededor de un manantial, el vinatero carga su alambique a proximidad de otro manantial, cava otro agujero para cocer las plantas y explota su nueva región con la ayuda de un par de muchachos y media docena de burros. La calidad del mezcal varía, según el tipo de suelo donde crecen las plantas. Como los viñedos, estas cosechas espontáneas son más o menos renombradas en la región pero su fama es efímera ya que se cortan las plantas y no se vuelven a sembrar. Algún día posiblemente, los aficionados podrán todavía saborear el "mechiapa", porque las laderas de los cerros se salpican de matas nuevas que salieron desde el abandono de la vinatería en 1884. La explotación se había vuelto imposible. Tres vinateros y sus ayudantes habían sido muertos sucesivamente aquí.

Realmente, los apaches son verdaderos conservadores de la naturaleza. Gracias a ellos, los mezcales crecen, los bosques están intactos y la caza mayor abunda. Si algún día se suprime a estos intransigentes guardabosques, el bello país en que estamos . . .

Fui interrumpido por el ruido de unos disparos, río arriba, en el barranco. Rafael, el arriero silencioso y Margarito, el arriero "parlanchín", salieron a explorar . . . río abajo. John, el cocinero negro, que siempre ríe y se encuentra siempre ocupado, sigue preparando la cena, tan alegremente como si estuviera en su choza, a orillas del Teche. Para John, los apaches no existen. Los apaches no son asunto suyo.

Fuí a ver qué ocurría y encontré a Charlie y a Moeller, disparando a unos pavos. Las grandes aves, asustadas, despegaban pesadamente, no lograban alcanzar el bordo de la pared y volvían a caer para correr por

todos lados, las balas también. Protegido tras una roca, logré matar uno. Charlie mató tres. Moller, como siempre, quemó bastante pólvora.

Nuestros cuatro compañeros, que se habían quedado atrás, llegaron hoy al anochecer al campamento.

14 de febrero. Salida de Mechiapa a las ocho de la mañana. Los cerros redondeados se suceden, salpicados con yucas y mezcales en primer plano, y cubiertos más arriba hasta la cima, con hierbas espesas, maduras como las viejas prendas de seda con tonos de oro apagados. En los pliegues, bajo los cedros enanos, ronronean las aguas por todas partes. Algunas nubes blancas se estiran en el cielo. El termómetro marca 22 grados. El aire que respiramos, cargado con esencias resinosas, es seco y tónico como un buen vino blanco. Remontamos hasta el medio día el curso de un arroyo y, en una de sus curvas, casi cerrada, instalamos el campamento. Hoy no haremos más que media etapa.

Trepo un cerro bastante parecido a la Bufa de Zacatecas y descubro, en dirección al este, un inmenso valle de pastizales, valles y cerros que se pierden en el horizonte, ilustrados y salpicados por los plumeros de las altas nubes.

Por todas partes, bajo el azul cielo, brilla el oro de las gramíneas maduras, realzado aquí y allá por las manchas rojas de los arces en el fondo. Los tres colores primordiales están tan armoniosamente asociados que una página de un impresionista inglés me viene a la memoria: "Si fuera rey, haría pintar de color oro, hasta la altura de un hombre, los muros de un comedor colosal. El resto de los muros y la bóveda, se pintarían de color azul claro, para que la vista se pierda muy lejos, como en los horizontes, cuando se levantaran de la mesa. Y para no sentirse encerrado en una "caja de metal", pintaría sobre el oro de las molduras, las figuras rojas de una Panatenea".

Según mi compañero Guadalupe, esta región estaba poblada hace veinte años por ganado sin dueño que la gente de Bacerac cazaba como venados. Sólo los venados han sobrevivido.

Esta noche, los aullidos alrededor de nosotros son distintos de los lamentos irónicos de los coyotes de Chihuahua, a que estamos acostumbrados. Crispín, el antiguo guardia fronterizo, dice que son aullidos de lobos, de los grandes lobos grises de los bosques de la sierra. Guadalupe, el guía que hizo la guerra india, se admira de la perfección con la que los apaches imitan el grito del lobo. Pero, a todo lo largo del día, no vimos ninguna huella de pisada humana o de caballo. Además, ¿para qué los apaches, suponiendo que estuvieran alrededor de nosotros, estarían ofreciéndonos este concierto? Guadalupe pretende que huyen en todas direcciones ante las tropas americanas y que vuelven a juntarse, llamándose como parvadas de pájaros. Es posible, dice, que Las Tarraizas, uno de sus antiguos escondites, sea hoy su punto de reunión.

Charlie salió un rato del círculo de luz, regresó y dijo haber visto a un lobo. Guadalupe no se convence. Cree en los lobos pero también cree en los apaches.

Por precaución, amarramos muy cerca del campamento las mulas y los caballos que de costumbre andaban sueltos en los alrededores. Es necesario cambiar los animales de lugar dos o tres veces durante la noche. Dos hombres son designados para esta tarea y para la vigilancia.

Me encajo bajo la lona y oigo, ya entrada la noche, el "crop-crop" de las bestias de carga, el canto del agua entre las rocas, el lamento de los pinos en el viento, los aullidos —algunos muy cercanos, otros lejanos que les contestan— y por momentos, una voz fuerte y gutural, la de un puma sin duda.

No pudiendo dormir, mandé a Crispín a su cama y tomé su lugar, en la garganta de nuestro campamento, ahí donde el arroyo, después de rodearlo, cae en cascada y huye hacia el oeste. Nuestra reserva de leña es inagotable. De vez en cuando, alguien se levanta y reanima la llama. El aroma del cedro que arde se combina con el del bosque. Los destellos de la fogata iluminan las vertientes boscosas y bailan sobre las rocas. Hacen aparecer la silueta de un caballo que deja de comer, endereza las orejas y violentamente, jala su soga. Camino algunos pasos bajo los árboles; dos esmeraldas brillan a unos diez metros, ojos fijos, muy cerca del piso. ¿Debo disparar? Sería una alerta, despertar a todos los que duermen . . . Las esmeraldas se apagan; el animal desapareció.

15 de febrero. Para llegar a Las Tarraizas, hay que pasar el puerto al pie del cual pasamos la noche. Es el paso del Púpito, un lugar célebre en la historia de las guerras apaches. La subida se hace en tres etapas. En la primera plataforma que se alcanza por una vertiente cubierta de pasto, un venado de cola negra se planta cerca de un manantial y desaparece tan rápidamente entre los pinos que nadie alcanza a dispararle.

La subida a la segunda plataforma es más empinada, la de la tercera más todavía. Descargamos una mula que anda cojeando y cuya espalda esta herida, la empujamos, la jalamos, nada. La dejamos al pie del cerro.

Por fin, llegamos a la cima. 8 850 pies medidos con el barómetro. Aseguramos las sillas y la carga. Cargamos con dificultad los bultos y los aparejos del animal abandonado con la esperanza de que algún día, encontraremos otro para sustituirlo. Por fin, la caravana baja y desaparece. Trepo a pie uno de los picachos que domina el paso.

El sol, alto en el cielo, hace brillar, en el norte, la nieve del monte Ochetahueca (el viejo, en lengua ópata). Más allá, cerros y más cerros, en que los pinos verde obscuro casi negros, se mueven en oleaje sombrío. Veo los mezquites, los chaparrales verde claro del largo valle de Batepito, que empieza cerca del Yaqui y corre hasta San Bernardino, en la frontera de Arizona.

Al oriente, las montañas de Casas Grandes y al sur, la masa blanca del Quevahuerachic tapa el horizonte. Pero al poniente, se estira una inmensa región clara. Cerca, al pie de los contrafuertes de la sierra, el valle del alto Yaqui; más lejos, al suroeste, los cerros de Nácori, donde Crawford fue muerto el otro día; enfrente, el macizo de la Madera, más allá, el país de los ópatas, luego las montañas azules de Cumpas y de la Oposura. Al poniente del río Sonora, en el extremo del horizonte, unos espectros de montaña, la visión de la Sierra Azul, fundida con el otro azul del cielo, apenas distinto.

Estos grandes espacios, estos dos distritos, Moctezuma y Arizpe, abiertos ante mí como un juego de naipes, son el teatro de la guerra. Ahí está el territorio de Gerónimo, el coto de caza del viejo cazador de hombres a quien persigue la caballería americana. ¿Dónde estará ahora? ¿Dónde estará el general Crook? Sin duda los pocos habitantes, atrincherados en sus pueblos, espían como yo, desde sus plataformas, los humos en las montañas y las columnas de polvo en las planicies. Los mineros y los rancheros, los sobrevivientes de tantas masacres, diseminados sobre estas mil seiscientas leguas cuadradas que tengo a mis pies, observan señales, examinan huellas. Todos creen que Géronimo está cerca. Está posiblemente aquí, vigilándonos y preparando su ataque. Su banda debió llegar al más espeso macizo de la Sierra Madre, en que estamos ahora. Después de las últimas escaramuzas, necesitan armas en buen estado, municiones, caballos: los nuestros.

Cuando estoy por bajar de mi observatorio, el ruido de una pelea atrae mi atención hacia la plataforma donde abandonamos la mula. Había sido atacada por los lobos, descuartizada viva y rodaba sobre el flanco de la montaña, jalando tras de sí a la manada silenciosa entre las piedras y las ramas rotas. Bajo corriendo para alcanzar mi caballo. Por suerte, los lobos prefieren la mula, débil y sangrienta.

Una hora más tarde, alcanzo a mis hombres a la entrada del cañón del Arco.

El Arco empieza siendo sólo una simple depresión sobre el flanco meridional del Púlpito, un pliegue de tierra cubierto con pasto. Pero de repente, brota una roca, luego otra que poco a poco lo encajonan. El agua aparece y se pierde, vuelve a aparecer y se pierde otra vez en la arena. Por fin, forma un arroyo que seguimos todo el día, cruzándolo y volviendo a cruzarlo, mojándonos a veces hasta la rodilla.

Las paredes se yerguen ahora, como murallas ciclópeas, coronadas de pinos, algunos de los cuales alcanzados por el rayo o muertos de vejez, cayeron cabeza abajo y obstruyen el paso.

El sol no penetra hasta aquí, el agua está helada, no hay ningún camino más que este abismo y el agua que alcanza ya ambas paredes, invade todo el cañón. Nuestras bestias, muy diestras después de veinte días de ejercicio, brincan de un tronco a una roca con tanto éxito que alcanza-

mos, sin incidente, un lugar en que el curso del río es cruzado por un puente natural: El Arco. Hay que regresarse, trepar por un afluente en forma de corredor escarpado, casi como una escalera hecha con bloques superpuestos, y franquear la presa por el flanco de la montaña, entre las rocas colgadas sobre el abismo y pinos recostados. Como dicen los ingleses: *Where is a will, there is a way*. Si se quiere, se pasa. El retorno al cañón por una vertiente casi perpendicular, es uno de los episodios emocionantes del día.

Otro, más emocionante todavía: sobre la arena de las orillas, practicables ahora, aparecen huellas frescas.

Crispín, Guadalupe, M., todos los rastreadores del grupo declaran, después de un largo examen, que seis caballos van delante de nosotros, que son de gran estatura, americanos y que nos llevan de tres a cuatro horas.

Seis gambusinos no se arriesgarían en la sierra, en plena guerra apache; además no hay huellas de mulas de carga. ¿Exploradores de Crook? Poco probable. La semana pasada en Bacerac, no había ninguna noticia del general que, aparentemente, andaba por la Cananea. Los seis caballos fueron tomados entonces, a las tropas americanas o robados del rancho de Corbett, de Lord Delaval Beresford o de Hearst en Baviácora. Robados ¿por quién si no por los apaches? Sin duda, Gerónimo esta delante de nosotros. Junta sus destacamentos en Las Tarraizas.

Reunimos nuestro consejo de guerra en que hago admitir a Charlie, aunque todavía no tiene veinte años y por mayoría de una voz, la suya, la marcha se reanuda.

De las cuatro voces de mayoría, una posiblemente tomó en cuenta los seis caballos que serían un buen botín. Además, el peligro sería el mismo si retrocediéramos. Hay que ser audaces, hacernos pasar por la vanguardia de Crook, "bluffear" y hacer correr a Gerónimo.

Sabemos que los apaches no combaten gustosamente de noche. Convencidos que la muerte de diez blancos no compensaría la de uno de ellos, porque los blancos se reclutan más facilmente que ellos, desalojarán sin combate si no pueden calcular nuestro número.

Optamos por caminar muy despacio, la mula atrás y no alcanzamos la salida del cañón hasta después de la caída del sol.

El valle de Las Tarraizas está ante nosotros, cubierto en primer plano por la gigantesca sombra del Quevahuerachic, pero alumbrado más lejos por la luna —al parecer, un lago manchado por algunas masas obscuras— que son, sin duda, ramilletes de pinos.

Se organiza el campamento sin fuego, sobre la orilla izquierda del río que tuerce violentamente hacia el oriente entrando en el valle y que puede servir, de algún modo, como línea de defensa. Los animales son amarrados. Todo el mundo se dedica a juntar palos secos, en montones separados y a alturas distintas. Para simular los campamentos americanos, se requieren unas treinta fogatas.

La luna se pone. El valle queda obscuro ahora, sin una sola luz, pero sabemos que los apaches no hacen más que fuego de brasas, invisibles. Que estén en Las Tarraizas o en Arizona, poco importa: vamos a iluminar El Arco.

Nuestras fogatas se reflejan de repente en el agua de los rápidos y ofrecen un gran espectáculo sobre la ladera de la montaña.

Mientras nos alimentamos, Charlie se escabulle, ensilla su caballo y explora un poco el valle. Regresa a la hora y acepta el regaño con una sonrisa; encontró cuatro caballos y los trajo hacia nosotros.

Pasamos la noche tomando té y fumando la pipa, diseminados por parejas, sobre la línea de las fogatas, para mantener, con mucho despilfarro de madera seca, la formidable apariencia de nuestro campamento.

M . . ., que vigila conmigo, hace confidencias, me cuenta su vida. Llegó muy joven de Alemania a Texas con su padre y su tío, el abuelo de Charlie. Cultivó algodón, atendió una tiendecita en San Antonio, condujo la diligencia de Saltillo, escoltó "conductas" de plata. Fue topógrafo, minero, contador, probador de metales, ganadero. Administraba, el año pasado, una de las grandes haciendas de Chihuahua: Corralitos, propiedad de una compañía americana. Me cuenta sus cacerías de venado, de oso, de apaches. Con frecuencia persiguió forajidos hasta los contrafuertes de la sierra pero nunca llegó hasta aquí.

16 de febrero. Amaneció. El valle de Las Tarraizas aparece dorado como trigo maduro. De cinco kilómetros de largo, de tres de ancho, rodeado por montañas y también por el río que, después de correr hacia el este, saliendo del cañón, da una vuelta y corre hacia el poniente, a lo largo del gran muro, frente a nosotros. El valle es entonces una península de mil quinientas hectáreas. Su suelo, una tierra negra, rica y profunda, esta cubierto de pasto como un prado normado. Hay algunos bosques de pinos y de cedros. El cauce del río se esconde tras cortinas de sauces y de sicomoros. Ningún lugar que conozca se parece más a un parque inglés sabiamente dibujado.

Cuatro caballos pastorean a cien metros de los nuestros. Crispín, Charlie y los arrieros los agarran con sus lazos después de una corta persecución. M . . . reconoce sus hierros, son de la hacienda de Corralitos.

Exploramos a caballo, contornando prudentemente los macizos boscosos. Encontramos, cerca del lugar donde acampamos, huellas de pisadas de caballos, entre las cuales las de los dos caballos americanos que faltan y un poco más lejos, los restos de un campamento abandonados, sin duda, la noche pasada.

M . . ., Crispín, Guadalupe, los que entre nosotros conocemos las huellas, observamos que nuestros vecinos eran apaches, seis hombres a lo sumo, con doce o trece caballos. Esta claro que los dos o tres hombres

que condujeron por El Arco los seis caballos de Corralitos, se reunieron ayer con sus compañeros.

Las huellas se pierden en el río, muy cerca del campamento abandonado. Los apaches caminaron por el río –¿hacia arriba o hacia abajo?– ¿Regresaron a la sierra por el oriente o el poniente del valle? Sin duda, nos observan desde lo lejos esperando la oportunidad de arrebatarnos algunos caballos.

Si hubiéramos llegado a Las Tarraizas en pleno día, los indios, aunque en doble de número, habrían huido, como lo hicieron por el río, pero llevándose todos los caballos. El engaño con las fogatas no fue inútil, así tampoco la salida de Charlie, cuyas huellas encontramos a proximidad del campamento enemigo. El valiente muchacho, con tino, trajo a nosotros los cuatro caballos.

Establecemos nuestro campamento en el centro del valle. Siesta toda la tarde. Sueño profundo toda la noche.

17 de febrero. Nuestros tres rastreadores salieron muy temprano hacia el oeste, examinando las piedras y las orillas del río, empeñados en descubrir algún indicio. S . . ., quien es director de administración de bosques en Europa, gran cazador por consiguiente y buen tirador, fue en busca de venados cuyas huellas se cruzan en todas partes, en el alto pasto.

Moeller, Charlie y yo, vamos hacia el sur, atraídos por unas excavaciones muy visibles sobre el flanco de la pared. Su forma regular les da una apariencia de ventanas, sólo que tienen de veinte a treinta pies de alto. Están a unos cien pies de la base del acantilado, inaccesibles aparentemente. Sin embargo, al pie de una de ellas encontramos un derrumbe, bloques de pórfido amontonados que mis compañeros escalan y que yo también escalo con la ayuda de sus reatas. Desde este primer piso, Charlie llega hasta la ventana, agarrándose de una roca, una hierba, un arbusto que creció en una grieta. Amarra la reata y nos jala a todos, uno tras otro.

La sala en que penetramos tiene más de 20 pies de alto, como la ventana y 130 pies de largo. En el centro, hay una olla gigantesca, para guardar agua o semillas, hecha con tejido de fibras de mezcal, cubierto por dentro y por fuera por una capa de cemento de unas ocho pulgadas de espesor, en que se distingue polvo de pórfido. Esta vasija tiene doce pies de diámetro y doce pies de alto. Esta en buen estado, aunque tan vieja como los sarcófagos egipcios.

Las paredes de la sala, talladas en el pórfido de la montaña, están cubiertas con cemento hasta una altura de 8 pies y muy manchadas por el humo. No hay ninguna comunicación con las salas vecinas.

Bajamos fácilmente sacrificando la reata. Charlie oyó la carabina de S . . . y también quiere cazar.

Seguimos la base de la montaña hacia el este y penetramos en el primer cañón que vemos, a unos tres kilómetros de las ventanas. La arena lleva la huella de las pisadas de guajolotes. Pero la huella muy fresca de otro pie, la de un hombre calzado con mocasines, nos hace silenciosamente rechazar la idea de Charlie que quiere seguirla.

Nos reunimos con S. . ., cuya dirección nos es indicada por sus frecuentes disparos.

V

BACERAC

19 de febrero. Después de tres días de cacería y pesca en Las Tarraizas, decidimos ponernos en marcha. Nuestros animales descansaron; con los cuatro caballos de refuerzo, podríamos seguir hacia el sur hasta el gran cañón del Arroz y regresar a Chihuahua por Temosachic y Miñaca; pero por mayoría decidimos la retirada por Bacerac y Bavispe, donde tendríamos sin duda noticias del general Crook. Los riesgos, dicen los que saben serían mayores por el gran cañón, donde con toda seguridad se encuentra lo grueso de las fuerzas hostiles. Señalados, conocido nuestro número, caeríamos en una emboscada largamente preparada.

Caminamos entonces hacia el alto Yaqui. Salimos de Las Tarraizas por las laderas del noroeste del valle.

El tiempo se descompuso. Es un temporal, unos dos o tres días de lluvia fina, de aquella lluvia que moja el suelo en profundidad y alimenta los manantiales. La densidad y la belleza de los pastizales de la sierra se deben más al rocío que se dispone sólo dos horas después de que salga el sol, a las nevadas y a los temporales, más que a los aguaceros del verano. Un clima como este hará feliz a los rancheros del futuro. Pobre consuelo para nosotros. Una marcha a "rumbo", sin camino, no es fácil en montaña en tiempo despejado; lo es menos todavía cuando la tierra se cubre y se disfraza bajo espesos mantos mojados, cuando los picos más cercanos sólo son fantasmas, cuando los valles y las mesas parecen estar al mismo nivel y cuando un cañón se confunde con el flanco de la montaña.

Muy lentamente y como a ciegas, avanzamos en este reino de la ilusión y de las sorpresas. Camino a la cabeza con Guadalupe, quién, como me lo temo, perdió el norte. Buen clima para los apaches. Un puñado de diez hombres desorganizaría una columna de Crook.

Algunos pasos delante de nosotros, unos espectros se mueven en fila india. ¿Caballos o venados? Desaparecen. Guadalupe examina las pisadas; son venados de gran tamaño, colas negras. Se hundieron delante de nosotros, en un cañón que con esfuerzos, acabamos de cruzar. Por el ruido de las piedras, sabemos que se fueron por la derecha. Este corredor angosto los conducirá, por un camino más largo, al lugar por donde

pasamos. El cañón forma una D cuya barra es nuestra pista. Es al pie de la D donde debemos alcanzarlos.

Mientras Guadalupe se desliza hasta el fondo del barranco para cortarles la retirada en la parte alta de la D, alcanzo tan pronto como me es posible la retaguardia de la columna y a mis indicaciones, nuestros tiradores se regresan al galope. Crispín y John corren a reforzar a Guadalupe hacia adelante. Tres hombres de un lado, cuatro del otro; los venados estan copados a menos que haya alguna otra salida entre las dos emboscadas.

Me acerco a la orilla del cañón, un abismo al parecer, pero en esta neblina, una zanja de riego parecería igualmente profunda. Algunos minutos transcurren, muy largos. Por fin, a la derecha, se oyen disparos. Poco después, la manada pasa a mis pies regresando por el mismo camino; otros disparos a mi izquierda.

De repente, tres fantasmas salen a mi lado, como diablos de una caja de sorpresas y desaparecen en dirección de las mulas: imposible disparar.

Disparos en el cañón, tanto a la derecha como a la izquierda. Los ecos impiden calcular la posición de los tiradores, pero disparos más lejanos indican que algunos venados forzaron la línea de fuego a la izquierda.

Por fin, estamos todos reunidos cerca de las mulas. Hay que destazar cuatro venados muertos en el cañón. S . . . me dice que nunca participó en una cacería tan emocionante. Mató a un venado de cuernos largos a quemarropa pero al mismo momento la manada lo tiró al piso, resultándole algunas contusiones. Las balas pasaron muy cerca de su cabeza; por milagro, nadie resultó herido.

Bajo al cañón para ver el lugar por donde los tres animales lograron escapar delante de mi. Les fue necesario un esfuerzo y una agilidad extraordinarios para alcanzar la cima del risco. Al venado de cola negra solo le gana el big-horn para salvar los lugares difíciles, pero dudo que un big-horn pueda superar este salto en altura.

El campamento fue establecido en el cañón bajo una cornisa. Triste refugio. El viento gira y avienta sobre nosotros la lluvia y el humo; las ramas mojadas no arden; las literas se llenan de agua. La mía quedó sobre un agujero de ratas que se transformó en manantial. En la mañana, cobijas, sillas, aparejos, sogas, todo esta empapado. La alegría falta.

Es necesario un buen entrenamiento para soportar todo eso. Es por su constante buen humor y el incremento de su vigor, cuando las cosas van mal, como se reconoce al verdadero viajero. La alegría de un simple turista no resiste ciertas pruebas, como una de las más difíciles: el temporal. Alegría barométrica, que sube y baja con el mercurio.

20 de febrero. Hacia medio día, alcanzamos los contrafuertes de la gran cordillera y dejamos tras nosotros el frío y la neblina. Un valle se estira

entre hondonadas sembradas con robles verdes, en que los duraznitos, de color morado, dan la impresión de macizos de rododendros en flor sobre los prados de un parque.

Liebres y conejos se detienen, nos miran, poco asustados a pesar de los disparos de revólver que hacemos para practicar. Parvadas de pájaros nos rodean como si fueran gallinas. Es evidente que todo este mundo no tuvo nunca nada que ver con cazadores.

Los cerritos se esparcen, los robles escasean, los mezquites aparecen, aislados al principio, luego agrupados y pronto tan abundantes que llenan el valle. Es el chaparral.

Llegó la noche. Por fortuna, una vereda bien marcada, una pista dejada por animales de gran tamaño, nos permitió avanzar hasta las once de la noche y alcanzar el río Yaqui.

Este corre recto hacia el norte hasta la curva de Batepito, distante unas veinte leguas. Aquí, ya es un verdadero río, ancho como el Marne cerca de París, pero vadeable en muchos lugares.

Dormimos bajo los bellos álamos de la ribera. Algunos coyotes acechan alrededor del campamento haciendo ruido como si fueran varias manadas.

21 de febrero. Los arrieros, juntando los caballos al amanecer, vieron varios pécaris cerca del río, algunos cientos de metros arriba. Cuatro hombres se encargan de rodearlos y de acercarlos a nosotros. Los tiradores se aprestan entre los matorrales. Charlie y John, el cocinero negro, deciden cazarlos con lazo.

Después de una hora de espera, se escuchan ruidos y gruñidos que anuncian la proximidad de los animales y John, o mejor dicho su caballo, corre hacia adelante. Es un caballo de vaquero que sabe galopar entre la maleza, con ladeos violentos para evitar los gruesos mezquites sin reducir la velocidad. Al primer ladeo, John cae; vuelve a subirse, vuelve a caer y con tan mala suerte que el pécari le pasa por encima sin ningún respeto.

Aparecen bajo los álamos; son ocho, apretados como jauría de perros de caza. Charlie carga, tira la reata, detiene a un pécari pero no a su caballo; todo se revuelve, todo rueda sobre el piso en una masa compacta donde sólo un análisis químico podría identificar los elementos.

Rafael, uno de los que salieron para asustar a los puercos, siguió de cerca la cacería. Su reata dibuja círculos, se dispara, se pone tensa cuando el caballo se detiene. El animal se voltea y regresa al galope hacia nosotros arrastrando a un pécari.

Rafael, que nunca habla pero cuya proeza lo volvió muy ruidoso, me cuenta mientras baña a su caballo, sus cacerías de pécaris en el distrito de Ures donde era vaquero. Según él, estos animales enojados se voltean y cargan tan violentamente que tumban a veces caballo y jinete.

Bajamos el valle del Yaqui, anchamente abierto entre la Sierra Madre y la Sierra de la Madera, con dos fajas de tierra de limo en el centro y amplios pastizales con mezquites en ambos lados.

Cría de ganado, agricultura, hortaliza, todo es posible aquí. Encontramos restos de cercas, ruinas de adobe, viejos árboles frutales . . . Esta región estuvo poblada. Guadalupe cuenta que sus duraznos, manzanas y tabaco tenían renombre y que sus uvas "eran más dulces que las naranjas de Oposura". La plaga roja lo destruyó todo. Los agricultores fueron muertos en sus milpas, los vaqueros en los chaparrales. No hay familia en Bacerac o en Bavispe que no haya perdido alguno de los suyos. Pasamos ante una casa derruida cuyos ocho ocupantes, hombres, niños y mujeres fueron torturados y quemados a fuego lento.

Aquí y allá, sobre todo en las cuevas del camino, montoncitos de piedras rematados con cruces indican el lugar de un asesinato. Los montoncitos sin cruces, en este inmenso cementerio, son las tumbas de los gambusinos americanos.

En Bacerac, donde llegamos muy tarde, nos alojamos en casa de don Antonio Valencia, propietario de bellas tierras . . . ociosas.

22 de febrero. Don José Zozaya nos invita a conocer su molino. Piensa repararlo, poner una cerca en sus tierras del valle, reanudar la producción de su destilería de Machiapa, en la montaña. Seguro que el general Crook capturará a Gerónimo; la paz regresará. Toda esa pobre gente, refugiada arriba de los cerros, detrás de sus bardas, vigilan el horizonte, organizan partidas de vigilancia y en grupos armados bajan al río por el agua. Hambrientos no perdieron el valor, las campanas de sus iglesias tocarán todavía sus *laetare.*

Durante la misa, cuatro guitarras y dos bandolones tocan música de danza. Un conjunto de voces infantiles interpreta cánticos monótonos y suaves que me recuerdan el murmullo del viento en los pinos de Las Tarraizas.

El padre nos visita después de la cena. Es un monje parecido a los de las viejas pinturas españolas. Me dice para complacerme, que el país de Voltaire no vale más que el de Lutero y que si vendemos nuestras tierras a los mormones o a inmigrantes no católicos, seremos tratados como enemigos. Le hago observar que las tierras de las que habla son menos nuestras que de Gerónimo y que hasta ahora, no es posible arraigarse en su parroquia. Acepta; lamenta nunca haberse encontrado con apaches ya que cuando sale del pueblo, los tiradores más diestros lo acompañan.

Bacerac está de fiesta. Hay baile esta noche en la presidencia municipal. Los jóvenes van, de puerta en puerta, cantando las invitaciones acompañados con la guitarra.

Le confiesan a Conchita, a Chole o a Lupe que sus ojos matan con más certeza que la bala del indio bárbaro. Las muchachas no salen y los cantantes van más lejos, a hacer las mismas declaraciones apasionadas.

En el baile, después de las rudas semanas pasadas en la sierra, todo parece exquisito: las cascarillas de huevos llenas con aguas de olores que alguien me rompe sobre la cabeza, las voces agudas de las guitarras, los "ojos que maran", todo, hasta los tamales y las enchiladas de la cena.

Alguien me enseña la sortija de Raousset-Boulbon, obsequiada por el célebre aventurero al comandante de su pelotón de ejecución, el 12 de agosto de 1854, a las seis de la mañana, sobre la Plaza de Guaymas. Está adornada con una piedra verde con manchas rojas, con sus armas grabadas. Es un talismán, según parece. No se vendería ni en mil pesos.

23 de febrero. Diez o doce rancheros nos escoltan por el camino de Bavispe, para darnos una exhibición de un deporte local: la carrera de la barranca.

Nos detenemos cerca de una barranca, vertical, de cuarenta metros de ancho con treinta de profundidad. Los jinetes se alejan en la planicie cubierta de pasto y se colocan en línea, a doscientos pasos de la meta, para cargar a la señal de un disparo. Se trata de llegar y dar la vuelta lo más cerca posible del barranco sin reducir el galope.

Después de un ensayo —fantasía sin peligro— dos jóvenes, un Dávila y un Samaniego, lanzan sus caballos a toda velocidad. Las patas traseras dejan sus huellas a tres pies de la orilla. Es sobre el vacío que los caballos giraron.

Uno de los ganadores, felicitado mientras arregla la silla de un caballo, muy tranquilo, murmura la invitación a la danza:

La otra noche tuve un sueño
que dos negros me mataban
y eran tus ojitos lindos
que, muy tiernos, me miraban.

VI

BAVISPE

Bavispe 24 de febrero. Bavispe, ubicado como Bacerac sobre la ribera izquierda del Yaqui, domina el valle y vigila el paso de Carretas. Es un antiguo presidio, donde los españoles, durante la colonia, deportaban a sus presos y mantenían guarniciones. Las casas, cubos de lodo secados al sol, simples excrecencias del suelo se asimilan al tono gris de la meseta, como los animales salvajes que toman el color de los suelos donde viven. Así, los ciervos se confunden con las rocas de la sierra y las liebres con la arena de las planicies.

Estos pueblecillos del peligroso país en que estamos, parecen agacharse en la maleza, hacerse en sus mesetas tan pequeños como les es posible para poder ver de lejos sin ser vistos. Sumidos entre los mezquites, como chapulines en la hierba, cantan día y noche, como cigarras, al son de las guitarras. Viejas canciones de amor suben en el aire puro, con notas tan agudas, en tonalidades tan altas y tristes, que parecen el eco del canto de los muezzines moros, un eco que se repite desde Córdoba hasta Sonora, por el tiempo y el espacio.

Cuando el cantor calla, empieza el coyote en los chaparrales a soltar sus notas todavía más agudas, más melancólicas.

Hoy, al anochecer, las montañas parecen siniestras y espléndidas, con sus morados de hoguera, rojos de erupción y sus largas manchas amarillas azufre. El tiempo parece haber regresado al periodo geológico paleozoico, cuando los granitos brotaban y que las sierras eran olas de un mar de fuego desencadenado.

Después de este gran simulacro de incendio, cuando cayó la noche, otros fuegos se prendieron en el horizonte, verdaderos fuegos, incendios de bosques al oeste, sobre la Sierra de la Madera, al sureste hacia Las Tarraizas, al noroeste hacia la Cuesta del Toro. Cinco fogatas en un radio de cincuenta kilómetros. "Los apaches, repetían todos, señalan su presencia en lugares muy distantes para desanimar a sus perseguidores".

Vi de cerca un incendio de este tipo. El rayo lo prende, la fogata de un gambusino, o el cigarro de un arriero, tirado en el pasto seco. Pronto, los

pastos bajos se incendian, helechos, bambusas, hojas de pinos. Las llamas suben hasta las cimas de los pinos. Estas grandes antorchas pronto se apagan pero el fuego llega a la resina cuya reserva se encuentra al pie del árbol y en sus raíces. La resina es como la savia de las coníferas: se forma en la parte baja y se eleva. Basta que la flama la haya tocado para que se queme en el interior del tronco y hasta bajo tierra, silenciosa, lenta, continuamente. Cuando la obra destructora ha consumido el pino, todavía sano en apariencia, este cae al primer soplo de aire o bajo el pico de pájaro carpintero de la sierra*.

* Se trata del *Campephilus Imperialis*, un pájaro desconocido en nuestros museos. Matamos en Las Tarraizas, una pareja de carpinteros blancos y negros. El macho, con cresta roja, medía 2 pies de largo.

VII

LOS BIG HORNS

25 de febrero. Salimos hoy, Charlie, Crispín y yo, sin mulas de carga, con cobija y sarape enrollados tras la silla y algunas latas en las alforjas, en busca de una manada de big-horns. Crispín conoce la cordillera desde el paso de Carretas hasta el Nuevo México por haber perseguido ahí a los contrabandistas. Asegura que encontraremos borregos. Pero conseguir sus cuernos para adornar el comedor de un amigo, es algo muy distinto. Los big-horns habitan las cimas más altas y pasan por donde el hombre nunca pasaría. Tienen excelentes oídos y vista y saben cuidarse.

M . . . nos aconseja posponer nuestra cacería hasta la primavera. Según él, sólo lograremos pasar una mala noche. El tiempo se compuso pero desde el temporal, los cerros están cubiertos con nieve y hace frío en las noches. Otra objeción: el incendio de los pinos de la Cuesta del Toro, el eterno refrán: los apaches.

Pensé que los temores de M . . . no tenían fundamento. Las huellas son claras en la nieve. El incendio arrojó las presas hacia el paso de Carretas. ¿Los apaches? Si prendieron los fuegos para despistar deben de estar lejos ahora, prendiendo otros fuegos; salimos. Nuestros compañeros pasarán el día en Bavispe y no llegarán sino hasta mañana a Carretas, donde la columna nos esperará. Disponemos de dos días para nuestra cacería.

Pasamos el río antes de que saliera el sol y trepamos, tan velozmente como se puede, los contrafuertes de la sierra. Lunch hacia las once, en los límites de las nieves, luego ascenso por un cañón secundario, afluente del gran barranco de Carretas, único paso desde el Arroz hasta Nuevo México, entre Sonora y Chihuahua.

Los big-horns se alejan de los altos picos y cuando lo hacen, regresan a la primera alerta. Raras veces se arriesgan a bajar hasta los contrafuertes. Nunca huyen hacia abajo. Cuando ven su retirada cortada cargan contra la línea de los cazadores para alcanzar una posición dominante en las cumbres. La palabra clave para esta cacería era "excélsior". Intentaremos llegar hasta las cumbres.

No fue fácil, habíamos amarrado nuestros caballos en la boca del cañón y escalado las rocas amontonadas, con sensaciones de sofocamiento cuando nos hundíamos en la nieve hasta la cintura, pasando entre dos bloques. Por fin, llegamos hasta la roca más alta, la cumbre. ¡No! Ante nosotros se despliega un velo blanco, tendido sobre una muralla, un inmenso muro inclinado. Gigantes, al parecer, construyeron este muro con piedras de dos o tres toneladas usando la nieve como cemento.

Buscamos un derrumbe, una brecha para la escalada. Nada; pero algunas huellas muy claras, fuertemente impresas en la nieve, revelan el paso de animales grandes y otros más chicos; la vereda de una manada.

Seguimos esta huella entre las rocas amontonadas al pie del muro y llegamos a la orilla de un barranco, donde nace un cañón. Del otro lado del barranco, se yergue la cresta del contrafuerte de un gran muro, cresta viva que no permitiría a un hombre pasar pero que los big-horns siguieron en fila india.

Técnica sencilla. Crispín cuidará el punto en que el contrafuerte se apoya contra el muro, yo bajaré por el cañón de la izquierda y Charlie seguirá el cañón de la derecha.

Charlie escala la cresta con las precauciones de un apache. Desde lo alto, me indica que la bajada por la derecha es posible. Crispín está escondido tras una roca. El viento sopla del oeste, de los big-horns hacia nosotros. Todo está bien.

No tan bien, sin embargo. A pesar de lo que haga, las piedras ruedan bajo mis pies y oigo otras rodar del otro lado de la cresta. Charlie y yo hacemos tanto ruido como un grupo de parranderos.

De repente, en una curva, una silueta destaca sobre el cielo, la de un enorme carnero café, parado en la cresta, volteado hacia nosotros, la cabeza alta, cargada con enormes cuernos enrollados y golpeando el piso con las pezuñas. Charlie dispara pero el borrego se echa un clavado en el cañón donde me encuentro, y da dos brincos prodigiosos. El primer brinco lo lleva hasta media altura de la pared casi vertical y el segundo, como el rebote de una piedra sobre el agua, lo arroja al fondo del barranco; queda tirado sobre el costado, sin moverse. La bala entró bajo el hombro y atravesó el cuerpo de adelante hacia atras. Un ciervo se hubiera quedado tieso sobre la cresta pero un big-horn tiene la vida más dura que cualquier otro animal.

Mientras examino los cuernos que miden 14 pulgadas de circunferencia y 46 pulgadas de largo pero cuyos frentes están en mal estado, el rebaño, regresando hacia la cumbre, pasa a toda velocidad sobre la cresta, a algunos metros arriba de nosotros. Algunas rocas entorpecen mis tiros. Sólo alcanzo a un joven borrego en el muslo. Por suerte, la bala de Charlie le atraviesa la cabeza y el borrego queda tirado sobre la cresta, la cabeza colgando en el vacío.

Trepo por el cañón tan rápidamente como puedo, sorprendido de no haber escuchado los disparos de Crispín. Había sido vencido, nuestra reserva había quedado fuera de combate. Crispín se había colocado para disparar delante de la roca que le servía de refugio, pero fue sorprendido por la carga del rebaño, tirado al suelo, pisoteado y rodado. Se quejaba de un dolor en la espalda, de rasguños, de heridas indefinidas, sangraba abundantemente por la naríz. Nada grave pero era la tercera vez en ocho días, que alguno de nosotros había sido tumbado por algún animal inofensivo de la sierra; venado, pécari o big-horn. No quedé sorprendido. Los apaches que cuidan sus municiones y prefieren la carne de caballo, no molestan a los animales. Además, los protegen contra los blancos con su sola presencia.

Las especies más salvajes resultan aquí poco temerosas.

La cacería de los big-horns en las Montañas Rocallosas son el deporte más difícil que conozco, pero nuestra cacería sólo resultó un paseo.

Ahora bien, aquí está el reverso de la medalla: el sol está bajo, no quedan más que un par de horas de luz y tenemos mucho trabajo qué hacer. Hay que descuartizar al más pequeño de los borregos y cortar la cabeza del más viejo cuyos cuernos nos llevaremos. Cargados como mulas, debemos alcanzar a los caballos entre las rocas donde nos romperemos el cuello si la noche nos sorprende. Crispín, molido y quejoso, no nos ayuda. Como carniceros principiantes, preparamos nuestras cargas con muchos esfuerzos; tiempo perdido, porque la carga es demasiado pesada. Apenas iniciada la marcha nos detenemos, desalentados.

El big-horn es, después del bisonte, del alce y del oso grizzli, la mayor presa de América. Como en México no hay ni bisonte, ni alces y el grizzli de la Sierra Madre no pertenece a la especie grande, puede decirse que el big-horn es la mayor presa mexicana. Constatamos el hecho, la cabeza sola pesa por lo menos cincuenta libras. ¿Qué haremos? ¿Abandonar las piernas a los lobos, perder los grandes cuernos, nuestro trofeo, abandonar también a Crispín? Tantos abandonos son imposibles.

Aprovechamos mejor la última hora de la luz para hacer una reserva de ramas secas. Cenamos un trozo de borrego sin sal y algunos duraznos secos que sacamos del fondo de nuestros bolsillos. Pasamos la noche como podemos, volteando hacia el fuego las partes crudas de nuestros cuerpos como lo hicimos con el trozo de borrego.

El sol se esconde bruscamente tras la sierra de la Madera. El viento cambia, sopla ahora del norte, de la Cuesta del Toro, entre las nieves y cargado de un fuerte olor a madera quemada, haciendo remolinos helados en nuestro cañón. Nuestros sarapes están amarrados en las sillas, a dos leguas de aquí.

Y el concierto de los lobos empieza, de los grandes lobos grises de la sierra que olfatearon la sangre y quieren su parte. Poco a poco, entran en confianza y organizan su festín en dos grupos que ondulan confusa-

mente, el primero a cien metros a la derecha, con el borrego sin cabeza, el otro a cien metros a nuestra izquierda, con el borrego sin pierna. Ni caso hacen de las balas que Charlie les dispara a chorros. Charlie agotaría la reserva de su Winchester hasta el último cartucho si Crispín, reanimado por el fuego, no le hubiera convencido de dejar de disparar.

Señalamos demasiado nuestro campamento. Ocupamos uno de los puestos de vigilancia favorito de los apaches, a medio camino entre el paso de Carretas y la Cuesta del Toro, un puesto que domina dos salidas y que la caballería americana no puede alcanzar. Ningún lugar, a cien kilómetros a la redonda es mejor para los apaches, ni más peligroso para tres blancos.

Por fin, Charlie se queda tranquilo. Me duermo acuclillado, la cabeza entre las manos, los codos sobre las rodillas y sueño que vivo en una cabaña donde hace simultáneamente, mucho frío y mucho calor, en una cabaña colgada sobre el cono del pico de Orizaba, y que este cono, en mi sueño, había resbalado hasta las dunas de Veracruz.

VIII

LOS ANTILOPES

26 de febrero. "Las mulas fueron a conseguir cuernos y regresaron sin orejas".

Más afortunados que las mulas del proverbio árabe, trajimos nuestras orejas de regreso al campamento. Al diablo con los cuernos, resultaban demasiado pesados. Para regresar a donde estaban nuestros caballos, entre las rocas de la cumbre, era suficiente la carga de nuestros Winchester.

Como a las cuatro, llegamos a Carretas. Nuestros compañeros se habían quedado en la parte más alta del paso, en un lugar cubierto con pasto cerca de un ranchito en ruinas.

El campamento, después de la cacería del big-horn, era el *home, sweet home* y nunca una ternera jugosa para niño pródigo fué más sabrosa que el tocino de John. Abrí una lata que agarré sin fijarme; duraznos en almíbar. Charlie tomó una lata de manitas de puerco con mostaza. Perfecto. Por fin, qué felicidad encontrar nuestro *bedding* entre los bultos, bañarse en el agua cristalina, deslizarse en la bolsa de piel de oso y dormir catorce horas seguidas, sin soñar.

Salimos con rumbo a Carretas, a las 7 de la mañana. Entramos ahora a Chihuahua. El reverso oriental de la Sierra Madre es mucho menos alto que el otro lado, Sonora, encontrándose a nivel más bajo que la meseta central apuntalada por la cordillera. Caminamos todo el día entre los altos pastizales dorados y los robles verdes, en dirección al este.

Ensillo uno de los caballos americanos tomados en Las Tarraizas, un animal de Kéntucky, muy vigoroso, que reconoce su región, olfatea a sus compañeros de pradera y busca acelerar el paso. Sin sospecharlo, me adelanto cuatro o cinco kilómetros a la columna. La pista que lleva a Ojitos está bien marcada; no hay peligro de perderse.

Uno de los cerritos, un poco más alto que los demás, parece cortado a la mitad. Arriba del acantilado, treinta metros encima de mí, se planta como una estatua, un venado cola negra de grandes cornamentas. Me detengo . . . desaparece.

La planicie se extiende hasta perderse de vista. Las vacas comen lentamente y algunos caballos corren, la cola alta. Estamos fuera del país del terror rojo, con gentes que nada temen a los apaches.

Entre los robles aparece una columna de polvo. Un *break*[1] se acerca, correctamente jalado por cuatro mulas de Kentucky, conducido a buena velocidad, las manos bajas, por un *gentleman* de bigotes rubios, vestido con un elegante traje de mañana sin nada exótico más que su sombrero con toquilla de plata.

Mi sombrero no tiene toquilla y mi traje de gamuza está algo cansado. Nunca he sido presentado al dueño de Ojitos; es él, supongo. ¿Muy inglés? pues ¡yo también! Paso a diez pasos de él, sin saludarlo, sin mirarlo, como si estuvieramos en Hyde-Park. Corbett, sorprendido de que su elegancia en pleno desierto logre tan poco impacto en el único transeúnte, detiene sus mulas, pasa las guías a su sirviente —un cow-boy armado hasta los dientes— salta a tierra y corre detrás de mi: *Mr. L . . ., I suppose. My name's Corbett. I hope you will stay a while at my place.* Nos presentamos. Encargo mi caballo al cow-boy y subo al carro. Vamos para Ojitos. Corbett, cuyo padre es un baroncito muy rico, miembro del Parlamento (inglés) y presidente de una gran línea de barcos de vapor, descansa aquí de la ruda vida de club y de los campos hípicos.

Es socio de Lord Beresford, quien vive en Ojo Caliente, treinta y cinco leguas más adelante, hacia, el este. Hay 10 000 cabezas de ganado en Ojo Caliente y sólo 2 000 en Ojitos, la mejor de las dos haciendas, pero más expuesta a las razzias. Se vive a la defensiva, a caballo de día y con frecuencia de noche, el Winchester al alcance de la mano y, a pesar de la vigilancia contínua, se pierden tantas reses como en un rancho de Dakota en plena tempestad de nieve.

Cuatro construcciones de adobe, con ventanas angostas, forman un cuadrado, una especie de *blockhaus* contra los que se adosan los corrales. Hay un pozo en el patio y una bodega bien provista de armas, podría sostenerse fácilmente un asedio. Mi cuarto, provisto de una bañera y con una buena cama, adornado con caricaturas y trofeos de antílope, está tapizado con pieles de osos, cazados en San Pedro, al sur de Ojitos en tierras del capitán Scobell. En septiembre pasado, Scobell, y Corbett mataron veintisiete osos. Nosotros sólo alcanzamos a ver a uno durante todo nuestro recorrido, y de tan lejos que estuvo fuera de nuestro alcance.

Es mejor recorrer la sierra en otoño, cuando la vegetación esta madura. Las pieles son menos bellas entonces pero tan abundantes que puede venderse un buen lote antes de empezar la temporada de cacería.

[1] Carretilla descubierta.

Eso dice Corbett. ¿Hablará seriamente? Pero como es irlandés, o sea marsellés[2] en una cierta medida . . . Hablamos de víboras de cascabel, todavía más numerosas que los osos, tan abundantes en verano que siempre hay en su recámara y que para llamar a sus sirvientes durante la noche, solo estira el brazo y sacude la primera que encuentra. Definitivamente, es marsellés.

Las horas pasan y mis compañeros llegan. John da muestras de su talento y nos prepara una excelente cena, en una pieza en que las paredes desaparecen bajo los trofeos. Entre cuernos de venados, destacan dos tibias cruzadas y una calavera, la de un apache muerto por Frank, el jefe de los cow-boys de Ojitos.

Frank no es irlandés, es tejano. Es un tímido al que es necesario arrancar, uno por uno, los detalles de su cacería de hombre. Mide seis pies de alto, de aspecto "bonachón", ojos azules y una cara que, al sol de la pradera, tomó la pátina de las medallas antiguas. Como toda la gente valiente, no habla nunca de sus proezas y prefiere contar las ajenas.

Me cuenta que uno de sus amigos y compañero de cacería, vaquero de don Luis Terrazas en la hacienda de San Miguel, buscaba el otro día, reses perdidas cerca de Piedras Verdes, algunas millas al este de Las Tarraizas, cuando nosotros estábamos en este lugar. Para buscar huellas, dejo su caballo cerca de una "cuchara" y caminaba sin ruido, agachado en un macizo de madroños, cuando sobre un cerro se detuvo un jinete vestido como vaquero, para examinar los alrededores. Usted y yo le hubiéramos ofrecido un cigarrillo y preguntado cuál era el buen camino. Más prudente, el amigo Frank apuntó su rifle y disparó. Sin comprobar su puntería, corrió hacia su caballo y alcanzó a sus compañeros acampados en Piedras Verdes. "Maté a un hombre", les contó, "pero estoy casi seguro de que se trata de un apache".

Cuatro horas más tarde, los vaqueros encontraron el cadáver. La bala le había atravesado la cabeza. Era, en efecto, un apache. Su modo de montar a caballo y de mirar el horizonte lo había delatado.

El golpe valía la pena: seis monedas de oro americanas escondidas en un paliacate, un caballo de 40 pesos, un Winchester, municiones y la cabeza de un hombre que en Chihuahua, vale 300 pesos. La cabeza fue salada y mandada en una bolsa. Se espera la recompensa.

27 de febrero. Corbett quiere aprovechar nuestra presencia para emprender una cacería que requiere gran número de hombres. Los antílopes del país son más altos y más fuertes que los del Noroeste americano. Disponiendo durante todo el año de buenos pastizales y sin sufrir los vientos helados durante el invierno, la especie se volvió bella y vigorosa.

[2]Los Marselleses tienen la fama de ser muy exagerados.

Hoy, los mejores caballos de la hacienda están a nuestra disposición. Todos los cow-boys se reúnen con nosotros. Veintidós jinetes se despliegan sobre un frente muy extenso, Corbett a la izquierda del lado de la montaña, Frank y yo del lado de la planicie. Caminamos una hora haciendo correr unos jacks-rabbits, liebres con grandes patas y largas orejas y tan numerosas en la región que nada puede cultivarse si no es tras un muro de protección. Corbett se detiene sobre un cerro. Estoy cerca de él, sigo a paso lento mientras Frank, al otro extremo de la línea, galopa a gran velocidad para dar vuelta.

Después del cerro, hay un valle que desemboca en la planicie y en el valle; unos cuarenta antílopes nos miran con grandes ojos resaltados. Todas las cabezas se enderezan, con sus pequeños cuernos de punta curva. De repente, sólo alcanzo a percibir sus traseros blancos. La manada corre hacia la planicie, al este, pero el movimiento oblícuo de nuestra línea la hace desviarse de su dirección y la empuja hacia la parte accidentada. Se encamina hacia el norte y pronto nos deja dos o tres kilómetros atrás.

Nuestra línea sigue a gran velocidad, encabezada por Frank. Se trata de empujarlos hacia una parte pedregosa, donde los antílopes, de pezuñas tiernas y hechas para la planicie, pronto estarán cojeando y reducirán su velocidad. Se requiere para esto, buenos caballos, unos *stagers*. La mayoría ya no puede seguir. Poco importa. Es necesario ser numerosos al principio para empujar al rebaño hacia los terrenos difíciles, pero una vez logrado, más vale dejar atrás a la mayoría de los jinetes. Si la cacería presenta peligro con dos o tres cazadores, ¿cómo sería con dos docenas?

No se puede ganar en velocidad a los antílopes en el primer *ruch*. Durante veinte o treinta minutos, sobre una distancia de ocho o diez kilómetros, hay que cuidar al caballo.

Pero los traseros blancos vuelven a aparecer. Sobre el suelo hay muchas piedras. Atravesamos al galope los lechos de los arroyos sembrados de rocas y una "ciudad" de perros de la pradera donde los caballos de Rafael y de un cow-boy de Ojitos, se hunden en los túneles.

Mi caballo, el que agarré ayer, encontró sabor a la cacería; con las orejas agachadas, jala mi mano con fuerza. Cabalgo al lado de Corbett, estamos solos. Frank tiene un caballo tan bueno como el nuestro pero se mantiene a la extrema derecha para impedir que la manada vaya hacia la planicie. Poco a poco, las manchas blancas crecen delante de nosotros.

Cruzamos una meseta pedregosa, cortada por zanjas producidas por la erosión, anchas de siete u ocho pies, simples pasos para los antílopes que no brincan en altura como los venados y los big-horns, pero que evaden más fácilmente que ellos los largos obstáculos. Pero las pequeñas pezuñas están desgastadas por las piedras, rotas, sangrientas. Estamos taloneándolos en la arena y las piedras que a cada pisada nos arrojan. Con el brazo izquierdo tapando los ojos, el freno amarrado a la silla,

dejamos los caballos arreglárselas solos en una tromba de polvo tan espeso que no alcanzamos a ver a una distancia de cinco pasos más que una masa confusa, blanca y rojiza.

Galopamos entremezclados con los antílopes, el colt en la mano, disparando a la derecha y a la izquierda, adelante y atrás, ebrios, sin preocuparnos por las balas del vecino ni por el cañón donde podríamos rodar.

Felizmente, no se puede volver a cargar los colts. Nos detenemos para disparar con el rifle contra el rebaño sufrido que se aleja. Cinco antílopes están tirados. "Es un éxito", grita Frank, algunos minutos más tarde.

Uno tras otro, nuestros compañeros nos alcanzan. Frank, sabiamente, los detiene. Para que esta cacería no fuera tan peligrosa, habría que dejar nuestros revólveres en casa, y machetear con la navaja o la lanza, como en el *pig-sticking* de los ingleses en Bengala.

IX

CORRALITOS

28 de febrero. Caminamos hacia el este. Los últimos contrafuertes de la Sierra Madre se confunden ya con las sierritas y los macizos aislados, abandonados sobre la planicie como por casualidad, desnudos, grises y parecidos a las feas montañitas que conocen todos los pasajeros de los trenes "Central" y del "National", por haberlas mirado, monótonas como olas, durante dos días, a la derecha y a la izquierda, durante la travesía de la meseta mexicana. Sólo que los pasajeros de un expreso no están perseguidos por la visión de una forma más bizarra que las otras, por la efigie de una mula cargada o por el perfil "napoleónico" de una cresta, como Alejandro quiso que se tallara el Monte Atos. Nuestra velocidad está determinada por el paso de las mulas de carga, lenta como una serpiente cuyos cascabeles seríamos nosotros. El Picacho de Carcay a la derecha nos vigila un día entero; el Banco de Lucero, al frente, otro día. Ya estamos obsesionados por estas formas, como un prisionero debe estarlo por las manchas de las paredes de su celda.

Es triste esta planicie de Chihuahua, triste y fea, sin la melancólica grandeza de las verdaderas planicies, de la de Nebraska, por ejemplo, donde ningún accidente detiene la vista, dejándonos descubrir una extensión tan vasta de cielo como en pleno mar. Aquí, el desierto no tiene la majestad de los horizontes infinitos, es un desierto gris y amarillo, salvo en las puestas de sol, a la hora mágica de las montañas moradas y de la planicie de oro.

Por fin un río, el primero, el de Corralitos, de cinco o seis metros de ancho, veloz, encajonado, con sauces y álamos en sus riberas; patos por decenas, tórtolas por cientos. Las vegas están tapizadas con altas gramíneas —el zacatón de agua— demasiado duras para servir de alimento al ganado pero que se queman para que, llegada la primavera, los brotes sirvan como pastura.

El zacatón de agua indica una tierra rica y el agua poco profunda. Ahí donde se mecen sus penachos dorados, altos como un hombre a caballo, podría cultivarse alfalfa y árboles frutales.

Estaba solo, a una legua delante del convoy, cuando dos jinetes, escondidos en las altas hierbas, salieron interponiéndose a mi paso, uno

delante y el otro atrás de mi, de un modo que yo creía olvidado en México desde que se retiraron la diligencias.

Tenían mala cara, bajo sus anchos sombreros y con sus carabinas en el puño. Iba a ofrecerles mi dinero cuando me pidieron mis papeles de aduana, mis documentos.

En un país en que ciertos transeúntes no pagaron el caballo que montan –y era justamente mi caso– los aduaneros exigen la prueba de la compra, el recibo y el comprobante de los derechos aduanales, si el animal es americano. Por suerte, los aduaneros me habían visto en Corralitos algunas semanas antes. Me desearon un feliz viaje y regresaron al zacatón.

Esta región, donde los apaches ya no se arriesgan, sería un excelente lugar para los contrabandistas si el gobierno mexicano no tuviera sus puestos con guardias a caballo. Cuando un viajero, después de cumplir con los requisitos, pasa la frontera y se adentra a caballo o en carreta, en el cantón de Galeana, pronto es abordado por una patrulla cuya labor consiste en verificar los documentos aduanales. Es necesario someterse a esta formalidad y no enojarse con los aduaneros por el reglamento que aplican. La mayoría de los americanos se disgustan y protestan en ese lenguaje del oeste, del que Fígaro diría con justa razón, que basta saber una sola palabra – *goddam* – para hablar fluídamente. Pero después de todas las protestas, hay que descargar las carretas y las mulas.

S... aconseja a nuestros compañeros americanos recibir alegre y cortésmente a los aduaneros y enseñarles sin rodeos los papeles oficiales. Cada quien se irá por su lado satisfecho, después de una charla de cinco minutos.

En la Ascensión, cerca de aqui, S... había descargado su carro y arreglado su campamento hacía varias horas, a una lengua del pueblo, sin que nadie viniera a molestarlo. Cuando los aduaneros le dijeron que había cometido infracción por no haberse presentado con el comandante, los siguió resignado. "Después de todo, dijo, no podían hacer más que pararme contra un muro y fusilarme". Fue agradablemente sorprendido cuando el comandante lo invitó, y por todo castigo, le pidió apostar por su gallo y tomar en casa del presidente municipal unas copas de mezcal.

Hoy en el campamento, bajo los álamos, la armonía del viento es bastante singular en los altos tallos del zacatón, armonía sostenida, imperceptibles murmullos crecen y alcanzan el clamor del mar en los riscos. Estas hierbas son carrizos de siete a ocho pies de alto, que siempre se mecen, siempre se golpean con los tallos vecinos, sonando con el viento como las cuerdas de una lira, ritmados por los choques como si fueran tamborines. Los carrizos que cantaban al rey Midas eran, sin duda, de esta especie.

Las hojas congeladas de los álamos, tan rojas y duras como escamas de cobre, suspendidas de las ramas por sus largos peciolos, agregan un sonido metálico a la sinfonía dominada en contralto por el *leit motiv* de la sabana, la diabólica serenata de los coyotes a la luna.

Matamos patos y tórtolas; la cena fue suculenta, pero la fogata con ramas de álamo no resulta tan sabrosa como nuestras fogatas de cedro y pino de la sierra.

M... me enseñó, antes del anochecer, las buenas pasturas de los llanos, el "mezquite grass", una hierba corta pero muy nutritiva, el "wild timothy", el "phleole" de los campos, el grama gris, el grama pata de cuervo, el grama blanco, que es necesario aquí cortar antes de las heladas para hacer una buena reserva. En los valles de Sonora, el grama se seca en pie y es nutritivo durante todo el invierno; en las llanuras de Chihuahua, pierde sus semillas y se vuelve fibroso.

Sonora sería una mejor región ganadera si sus pastizales fueran más extensos, pero las montañas están muy apretadas y los valles muy angostos.

10. de marzo. Me levanto antes del amanecer para acompañar a los mozos que salen a juntar nuestros animales. En las faldas de un cerrito, dos coyotes vigilan una madriguera. El conejo sale, los coyotes brincan, fallan y lo siguen aullando. Se les juntan tres coyotes más y la manada pasa a veinte pasos de mí, sin notarme. A la segunda vuelta, uno de los coyotes que había quedado rezagado, se disimula en el pasto y salta cuando pasa el conejo; falla. Los otros llegan y lo "regañan".

Vi el otro día un coyote que había agarrado a un conejo, ser regañado como si hubiera fallado. Sus camaradas querían una parte; ¡puro instinto apache! Hoy, el castigo por la falta de destreza demuestra una cierta inteligencia entre los corredores del llano.

Llegamos hacia mediodía a Corralitos, la más bella hacienda del noroeste de Chihuahua, propiedad de capitalistas de Boston. Hay 10 000 reses, 10 000 borregos, muchos caballos, mulas y cabras, sobre una extensión de 60 000 hectáreas. Se cultivan el trigo, el maíz, no para la venta, sino para el consumo de los trabajadores de la compañía, que explotan minas de plata cerca de aquí.

Los alrededores están vacíos y silenciosos. No se ven más que largos muros de adobe con ventanas angostas y grandes portones. Es como un barco en la llanura, la vida está adentro; salir a caballo es como echar una lancha al mar.

Corralitos ha sido desde hace mucho tiempo un puerto avanzado, un lugar de aprovisionamiento y de ayuda en esta zona peligrosa donde dos estados mexicanos colindan con dos estados americanos, país de indios bravos, de *out laws*, de cuatreros y donde el más inofensivo es contrabandista.

Los talleres de herrería, de tintorería, de tejido, las fábricas de sillas de montar, de calzados, de velas, el molino de trigo, la curtiduría, los graneros, las oficinas, las casas habitación, forman varios patios donde, entre antílopes y venados domesticados, los peones duermen en la sombra y los vaqueros limpian sus armas o trenzan reatas. Se reconoce a los mexicanos por sus cigarrillos de hoja y a los americanos por sus pipas talladas en una mazorca de maíz.

Con las codornices y otros volátiles, se mezclan animales del lugar, guajolotes de la sierra, gallos del chaparral y "paisanos", curiosos pájaros con cola de faisán que combaten a las serpientes en la maleza y no le temen al hombre, sabiendo que éste les debe su agradecimiento.

El director de Corralitos, el señor, Davis[1] y el subdirector, señor Cheldon, hijo de uno de los dueños, nos conducen a nuestras habitaciones, cruzando el arsenal, la bodega de carnes secas, de velas, de las pieles, de las mantas y de la ropa. Las salas están en hilera, sin puertas de separación. Todo el mundo pasa por mi cuarto, de día y de noche, como si fuera un pasillo. Preferiría dormir bajo los álamos y además, ¿para qué la mesa, las sillas, la cama? Soy como los apaches de San Carlos: prefiero la libertad en la montaña.

[1] Es el capitán Wirt Davis, estuvo a cargo de la persecución de Gerónimo en 1885 y renunció al ejército después del recorrido que lo llevó desde Arizona hasta El Paso.

X

LA PRADERA

2 de marzo. Devolvimos al señor Davis los cuatro caballos recuperados de los apaches pero me ofreció conservar a Jack, el mejor, el que montó desde Las Tarraizas. Un mozo de la hacienda, encargado de traermelo, nos escoltará hasta el ferrocarril.

Hasta Ojo Caliente hay una distancia de veinticuatro leguas, tres etapas para nuestro convoy con cascabeles. Deseoso de ahorrarme dos días de camino, salgo al amanecer solo con Jack.

Un kilómetro al galope de cacería, quinientos metros al paso y así seguido. Jack masticó maíz toda la noche; está tan bien entrenado como el mejor caballo podría estarlo. A razón de 13 kilómetros por hora, llego en dos horas al pozo del Capulín. Jack bebe. Son las ocho y media y el sol está alto, hará mucho calor. Faltan treinta y cinco kilómetros hasta el río de Santa María; ¡adelante!

Los buenos pastizales quedan detrás de nosotros. La pradera sólo es una sabana donde el suelo aflora por todas partes, salpicado de matitas de buffalo grass, de lechuguillas, de yucas. Grupos de antílopes nos observan de lejos. Algunos hocicos, pegados a largos cuerpos amarillos con grandes colas, se deslizan entre las matas de creosota. Estos puntos negros en el cielo son zopilotes vigilando el desierto, atentos a las agonías, esperando los muertos.

Pero una línea obscura cruza el horizonte de sur a norte, son los álamos de Santa María. Ya es mediodía. Vamos a tomar y a comernos un lunch, Jack y yo. Nos detenèmos a orillas del río bajo un árbol lleno de pelotitas y con una rama horizontal, a buena altura, una rama que espera su reata y su colgado. Muchos hombres fueron muertos aquí. Hace cuatro años, un jefe apache llamado Enrique, se emboscó tras estos árboles y de cuatro disparos de Winchester, mató a los cuatro vaqueros de Corralitos que seguían su huella.

Jack encontró un poco de mezquite grass y yo abro una lata de *corned-beef*. Como a las dos, después de la siesta, hace tanto calor que me dejo seducir por el agua clara que canta bajo los álamos. El agua está helada.

Hasta la noche seguí una falsa pista, una pista de contrabandistas sin duda.

Tuve que acampar en la sabana, sin fuego y sin cena.

3 de marzo. Llegué al amanecer a Ojo Caliente, a casa de Lord Delaval Beresford, hermano del almirante.

4 y 5 de marzo. Dos días esperando la caravana, tomando baños en las fuentes termales y persiguiendo coyotes con los galgos de la hacienda.

XI

EL PASO

Marzo 1886. Después de las duras semanas pasadas en la Sierra Madre, volví a encontrar, en El Paso, la vida ordinaria, los peatones, los periódicos, las estaciones del ferrocarril.

S . . . se fue a México y regresará aquí conmigo en abril. Retornaremos juntos a Sonora. Dentro de pocos días, seguiré hacia el oeste las vías del Southern Pacific que contemplo largamente, sentado sobre un saco de minerales y fumando un cigarrillo. Sobre estas largas líneas de acero, sobre estos "pentagramas de música para los sueños", trato de descifrar el largo relato de aventuras y de negocios que oiré,así como su rudo acompañamiento: voces del viento en los pinos, aullidos de los coyotes, detonaciones de los cartuchos de los mineros y de los Winchester de los indios merodeadores.

Del otro lado, los rieles conducen a la Nueva Orleans, a Nueva York, hacia París y es una música muy distinta la que se lee sobre este pentagrama, melodías alegres, canciones ligeras . . . Ni modo, contestaré al llamado del desierto, iré en busca del oro.

El Paso, una ciudad por donde se pasa. Cada mañana, tres trenes vierten una oleada humana sobre la arena de El Paso y cada noche, otros tres trenes chupan esta oleada y dejan la arena. De vez en cuando, las bombas impelentes trabajan más que las otras y permiten a la arena absorber una docena de pasantes.

Estos pasantes que no pasan se llaman en inglés *paseits* y en español, paseños. Son los habitantes del terruño, de la arena. Son tres o cuatro mil. La mayoría se ocupa en construir hoteles, cisternas o tanques destinados a retener el mayor número posible de pasantes. Pero estos tanques no son impermeables, el pasante pasa.

Otros *paseits* se vuelven ingenieros . . . ingenieros de frontera. Sabemos que generalmente los exploradores de América Central, del Chaco o del río Balsas se dicen médicos. Un médico es bien recibido en un país en que todo el mundo tiene fiebre y un ingeniero tiene asegurada la subsistencia en un país en que todo el mundo tiene algún lote de tierras o minas para vender. En otras partes se es ingeniero cuando se estudió tres, cuatro o cinco años. En El Paso, se es ingeniero después de tomar tres, cuatro o cinco cocktails en el bar del Grand Central.

Hay, en El Paso, un abogado para cada veinticinco *paseits* y un bar para cada once *paseits* y medio, un tribunal que se parece al casino de un balneario en quiebra, prestamistas, negros, vendedores de seguros y arena, mucha arena. Se construye sobre la arena y el viento que pasa arroja arena a los ojos de los pasantes.

Sin embargo, El Paso tiene porvenir. Situado a la misma distancia, 2 000 kms, de cuatro grandes ciudades: Nueva Orleans, Saint Louis, San Francisco y México; colocado como una araña en el centro de su tela cuyos hilos son vías de ferrocarril, El Paso comerá moscas, engordará.

Pero el "pueblucho" actual es tan deprimente como las futuras ciudades fronterizas de Texas. Pasar quince días aquí, en Laredo o en Eagle Pass, es duro.

El año pasado estuve en Eagle Pass. Tomé un bote para cruzar a México. Antes de embarcarme, avisé al aduanero de guardia que regresaría en media hora y le pedí permiso para traer una botella de aguardiente de Ciénegas, "pagaré los derechos". Me contestó amablemente: "Desde luego". Cuando regresé con mi botella, me la quitó diciendo, "mi mujer se la tomará, ¡gracias!".

En Eagle Pass, en Laredo, en El Paso, cuídense de los aduaneros americanos y cuídense más todavía de aquellos que le ofrecen lotes para construir, minas ricas, boletos de tren, pólizas de seguro, un bistec, una baraja, un cocktail en el bar de la esquina, un millón de dólares, cualquier cosa.

XII

BENSON

Abril. S . . . y Charlie B . . ., su secretario, me alcanzaron y salimos en la mañana, rumbo a Nogales.

Las llanuras de Nuevo México, más áridas todavía que las de Chihuahua, se extienden hasta las montañas desnudas que, por todas partes, cierran el horizonte; lejos, hacia el norte, la vista descansa sobre los azules puros de las sierras, país de los indios navajos.

Estas regiones silenciosas, sin árboles, sin agua, sin vida, cuyo aspecto asusta a los viajeros del pullman, fueron cruzadas en carretas de bueyes.

"Mi querida hermana, escribía un chamaco de doce años después de su llegada a California, tengo miedo de que te vuelvas loca después de leer mi carta. Si Jerry (el hermano mayor) no te ha escrito, todavía no sabes que el pobre Tom (otro hermano de quince años) murió. Salimos de Santa Fe en julio, con muchas provisiones y dos pares de bueyes. Todo iba bien pero un día, los indios nos atacaron. Habíamos cruzado lugares donde algunos emigrantes habían sido muertos. Un hombre viajaba con nosotros. Teníamos dos fusiles y un revólver en la carreta. Eran las dos de la tarde. Conducía la carreta con Jerry cuando una gallina de las praderas salió delante de nosotros. Jerry tomó uno de los rifles para matarla y el viajero salió con él. Tom y yo nos quedamos con los bueyes, pero dejé que Tom los llevara solo para alcanzar a los demás. Jerry que no había podido dispararle a la gallina, se sentó esperando la carreta. Yo y el viajero nos sentamos un poco más lejos. De repente, los indios dispararon tres veces contra Tom. Eran unos veinte. Dije entonces al viajero que, ya que Tom y Jerry habían muerto, no nos quedaba más que salvarnos. Estaba descalzo porque me dolía un pie y había dejado mis zapatos en la carreta. Huímos hacía la montaña y nos escondimos en la maleza hasta la noche. Los indios nos buscaban. En una ocasión, llegaron tan cerca que oímos el ruido de los tomahawks. Caminamos toda la noche. Las piedras y la maleza me herían los pies. Cuando llegó el día, vimos a un hombre que se escondía. Era Jerry. Creyó que éramos indios. Qué felices estuvimos de volver a vernos. Creía que habíamos muerto y nosotros que él había muerto. Su rifle seguía cargado porque por suerte,

no le disparó a la gallina. Caminando rápido, alcanzamos la carreta de dos hombres que conocíamos. Habíamos permanecido un día juntos hasta que se adelantaron, sabíamos que los alcanzaríamos si no habían muerto. Me dolían tanto los pies que ya no podía caminar. Dos días más tarde el dueño de la carreta nos dijo que sus bueyes ya no podían seguir. Teníamos 70 libras de harina. Cada hombre tomó unas 18 libras y una cobija. Yo cargué un poco de grasa, carne seca y una pequeña cobija, en total, unas 12 libras. Nuestra ración diaria era de media botella de harina, a veces preparábamos sopa, otras veces crepas, otras engrudo. Después de doce o quince días de caminata, había que llegar a algún lado o decidirse a morir. Pero ese día, vimos huellas de caballos y de bueyes. A la mañana siguiente, raspamos el fondo de los sacos para comernos lo que quedaba. Al anochecer, alcanzamos una caravana de ocho carretas. Llegamos con ellos a los primeros ranchos. Sabrás que estoy en California en una buena casa y que asisto a la escuela. Jerry tiene un empleo. Es un buen país, California. Podrías ganar 60 dólares cocinando. Cuéntame todo lo que ocurrió en casa y cómo están todos".

En la punta de la cadena de los Mimbres, en Deming, donde las calles y las plazas futuras están marcadas en el llano por una media docena de cabañas, esperamos durante una hora, el expreso del Topeka-Santa Fe.

Los retrasos forzosos son frecuentes en el desierto, pero no se descarrila todos los días, ni todos los días los detienen unos hombres enmascarados, pero como el Topeka-Santa Fe está peleado con el Southern Pacific, hay que prever el caso en que, a falta de accidente, los dos trenes se encuentren en Deming, a la hora reglamentaria. Para no fallar su retraso, cada uno se detiene en cualquier lugar de la pradera, una hora por aquí, otra por allá.

Los bueyes de los emigrantes caminaban tanto como podían. Las carretas de vapor no tienen prisa.

Uno de mis compañeros de espera, un oficial americano que se reúne con su tropa en Fort Bowie, me informa de la guerra. El 26 de marzo, el general Crook y Gerónimo tuvieron una entrevista en los Embudos, al norte de Carretas.

Los apaches ocupaban una plataforma de donde salían cinco o seis barrancos. Para cercarlos, se hubiera necesitado de tres mil hombres y los americanos sólo eran trescientos. Se parlamentó.

El oficial, testigo de la Conferencia, me enseña unas fotografías tomadas en los Embudos, los jefes rojos, el viejo Nana, Kutli, Chihuahua, Nachita, Gerónimo, sentados alrededor del jefe blanco. Las jóvenes *squaws** admiraban a Charlie Roberts, el ayudante de campo del general, de una manera tan incómoda que tuvo que refugiarse en el campa-

* Mujeres

mento americano. Mangas y seis de sus hombres estaban ausentes —la pequeña tropa que, sin duda, habíamos encontrado en Las Tarraizas.

Se acordó que los apaches regresarían a San Carlos, amnistiados y que rojos y blancos caminarían juntos hacia Arizona. Al día siguiente, a dos kilómetros de la frontera, cerca del rancho de San Bernardino, un tal Tribollet, un encubridor al parecer, y proveedor de armas y municiones de los indios bravos, emborrachó a los apaches con mezcal, se burló de su rendición y les aseguró que el tratado no sería respetado y los jefes serían fusilados.

La noche era obscura, en pleno temporal. En la mañana, Gerónimo y un centenar de sus hombres se había ido.

El general Crook regresó a la reservación el 2 de abril con sólo 80 prisioneros.

¡Otra campaña fallida!. La expedición de la que tanto esperaban los habitantes de la frontera había fracasado. El peligro sería tan grande este verano como lo fue el año pasado.

Durante la noche, llegamos a Benson —seis cabañas en el llano— donde el ferrocarril de Sonora se conecta al Southern Pacific. Regresaremos a México mañana o pasado mañana, nadie sabe. El tren de Nogales, la ciudad fronteriza, tiene un aspecto misterioso y toma a sus ocupantes por sorpresa como se verá más tarde.

Pasamos la noche en la posada donde dos chinos se libran a culpables prácticas culinarias.

En la estación un tren de emigrantes espera, desde hace varias horas, la cancelación de la orden de esperar que se telegrafió sin motivo y que se olvidó cancelar. Mineros de Cornuallas, chinos, negros, mexicanos de Texas, armenios, sirios, sicilianos, canarios, todos van a California.

Stevenson cuenta que un abarrotero de Edimburgo, había adquirido en la liquidación de un comerciante en vinos y licores, lotes que nadie quería; barriles abiertos, docenas empezados, botellas mal tapadas, frascos sin etiquetas. Poco después, un curioso quiso saber lo que esperaba hacer con todos estos desechos. El abarrotero le enseñó una tina donde había vaciado el sauterne, el old tom gin, el macon, azules, blancos, tintos, y todos los líquidos fermentaban juntos como los emigrantes en su tren. "¿Y qué será todo eso?" preguntó el curioso; "Oporto, creo", dijo el abarrotero.

La mezcla de las razas venidas de Europa a los Estados Unidos del este, hizo un pueblo anglosajón. Qué cosa producirá en el oeste, este "todo a la tina", la mezcla de estos extraños ingredientes aportados por el Southern Pacific y el Topeka-Santa Fe.

XIII

NOGALES

6 de abril. El tren de Nogales que, según el horario debió haber llegado anoche, llegó hoy en la tarde, sin avisar ni silbar y salió rumbo al sur, inmediatamente. Por casualidad estábamos en la estación, pudimos arrojar nuestro equipaje al furgón y trepar al escalón a tiempo para evitarnos otra estancia de 24 a 36 horas en Benson.

El tren recorre seis leguas a buena velocidad y se detiene para esperar a campo abierto, las dos horas que debió haber permanecido en Benson. El conductor nos explica esta extraña maniobra: "Nuestra línea pertenece al Topeka-Santa Fe que quiere venderla al Southern Pacific".

Reiniciamos la marcha.

Agua, un poco de agua, la primera desde El Paso. El tren sigue este río precioso, cobijado entre los álamos. Su joven verdor y el de los campos sembrados de cebada refrescan nuestra vista. Algunos robles verdes se agrupan en las hondonadas cubiertas con pasto. Las cimas azules de Santa Rita aparecen, estamos por salir de este horrible desierto americano y entrar a México. Nogales, ¡por fin!.

Nogales es El Paso del oeste, pero un El Paso sin río, separado de su Paso del Norte por una línea imaginaria, la frontera. Al sur de esta línea, el alcalde mexicano, don Manuel Mascarena administra su mitad de ciudad con tacto y sangre fría. Al norte, los americanos no organizan todavía su municipalidad.

En Nogales pasamos de los Estados Unidos a México cruzando de una banqueta a otra. Pueden tomar una cerveza de Saint Louis con Brickwood, en Arizona, y comprar un puro de Tepic en un puesto a tres pasos del bar, en Sonora.

Nogales sólo es una puerta. No hay ni industrias ni minas, muy poca agua, ningún campo para la agricultura. La pequeña ciudad está apretada entre los cerritos y no puede extenderse. Sus habitantes sólo pueden hacer una cosa; mirar entrar y salir a la gente que pasa de un país al otro y ofrecerle refrescos.

Sin embargo, entre las personas que pasan, hay algunas . . . pintorescas. Gustavo Aymard, Gabriel Ferry, Mayne Reid encontrarían hoy, con

Brickwood o con Marcks, a los últimos cazadores de cabelleras, a los últimos seguidores de huellas, exploradores del ejército americano, indios yaquis y pápagos, chinos, gambusinos, contrabandistas, algunas mujeres y entre ellas, la famosa Tejana, cuyos amantes mueren con las botas puestas, colgados, linchados o eliminados por el sheriff, jugadores, profesionales, músicos ambulantes raspando su "Adiós a Guaymas" en una guitarra . . ., es el público de un *saloon* de Nogales entre las nueve de la noche y las seis de la mañana.

Los unos tienen la mirada fija, muy clara, otros el ojo preocupado, se ponen nerviosos cuando alguien se les acerca, sobre todo por atrás. Gentes que "deben vidas", se estremecen cuando se les mira. Todos cargan el revólver en la cintura y el cuchillo al alcance de la mano. Durante el día, unos *loafers*, sentados sobre cajas vacías en las esquinas de las calles, las piernas colgando, una paja entre los labios, sin un *nickel* para comprar un cigarrillo, están dispuestos a todo, a matar o a perseguir a un asesino, a robarle su caballo o a servir honestamente.

Anteayer, cuatro de estos delincuentes esperaban a tres leguas de aquí a dos franceses, salidos de Nogales para ir de prospección a Sonora. Queudot y Milliat cabalgaban en un cañón, empujando delante de ellos al burrito con el equipaje, cuando una granizada de balas de revólver les pasó cerca de las piernas. Milliat, con una bala en la pantorrilla izquierda, se regresó a Nogales. Queudot se enfrentó a los bandidos, hirió a uno de ellos y logró llegar protegiéndose, de árbol en árbol, a una vinatería abandonada.

El alcalde de Nogales llegó con su gente. Encontraron el burro y el equipaje. El golpe fallido, los asaltantes habían corrido sin pensar en el botín y, en lugar de alejarse, había regresado a Nogales, así que el alcalde siguiendo sus pistas, regresó a su casa.

Martiniano López y Guadalupe Sierra fueron atrapados ese mismo día, Bartolo Martínez murió en la calle.

El periódico americano de Nogales los considera como "bandidos aprendices", "bandidos amateurs" y los cubre de desprecio. Es su derecho. El lugar de la emboscada había sido bien escogido pero el tiro deplorable. Meter a sólo algunos pasos, una bala de doce en dos viajeros, es poco. Y después, ¿por qué regresar a Nogales, dejando huellas? Pudieron fácilmente llegar antes del anochecer a Cananea o a la Sierra Azul, donde se comen deliciosos guajolotes y exquisitas rebanadas de venado. A decir verdad, con tan mala puntería, los pobres asaltantes, si hubieran llegado a la sierra, no hubieran podido comer nada.

XIV

COCOSPERA

12 de abril. Por fin, encontramos tres buenos caballos de montar, tres buenas mulas de carga y dos arrieros y nos enfilamos sobre la vereda seguida el otro día por Milliat y Queudot. Vereda de contrabandistas, que sale sigilosamente de Nogales escurriéndose detrás de los corralitos y las cercas como si penetraran a Arizona, se acerca a un campamento americano y bruscamente, corre al sur a lo largo de un barranco, fuera de la vista de los curiosos y pasa la frontera.

En esta clara mañana de abril es una alegría caminar hacia lo desconocido entre los espacios ondulados donde corren las liebres. El pasto nuevo creció después de las lluvias de primavera y el manto rojizo desapareció, el manto de pasto maduro de la Sonora invernal. No hay nadie en este camino que conduce al país de asechos, ni una sola res en estos pastizales tan poco seguros. La vinatería donde se refugió Queudot después del ataque fue abandonada cuando los vinateros fueron asesinados el año pasado. Dos ranchos que pasamos están abandonados. El país, hasta aquellas montañas azules allá, y más allá todavía, hasta aquellas otras montañas que no alcanzamos a ver aún, es todo para aquél que lo quiera tomar hasta que su antiguo dueño, el hombre rojo, salga de atrás de una roca y mate al instruso. De aquí a cien leguas se puede cazar libremente, volviéndose, en un momento, animal cazado.

Después de tantos días pasados en el polvo de los feos pueblitos del *border* americano, siento, al galope de "El Moro", atraído por los espacios verdes, excitado por el aire vivo de las alturas, la sensación de una espera feliz, la embriaguez ligera de las mañanas de cacería en Francia, de las mañanas de mis veinte años.

En el valle de Santa Cruz, en San Lázaro, que parece un grupo de cubos de adobe, circundado por una fuerte cerca, pasaremos la noche en casa de Ruiz, el cazador de indios, conocido en la frontera por su ciencia de las huellas y su tiro infalible. Ruiz ha matado más apaches que nadie en Sonora. La expresión de este viejo lobo de las praderas es impasible, su mirada está en el horizonte como la de un piloto en el mar.

Llegó hoy de Tombstone y conoce todas las noticias del desierto. "Gerónimo está, desde hace quince días, en Arizona. Llegó hasta la reservación, sobre el Gila para incitar a una sublevación general. El general Crook, llamado a Washington desde el fracaso de los Embudos, fue substituido por el general Miles. El paso de Guadalupe está bien vigilado y los apaches darán un rodeo por el oeste y penetrarán en Sonora por las Huachucas y la Cananea . . ."

Ruiz nos hubiera acompañado al desierto de Arizpe que vamos a recorrer, si no fuera por las dos o trescientas reses que tiene en la Cananea y que quiere reunir antes de la llegada de Gerónimo y conducir a pastizales más seguros, hacia Magdalena.

Nos alcanzará dentro de algunos días. ¿Dónde estaremos dentro de algunos días? Haremos marchas y contramarchas, regresaremos sobre nuestros pasos, exploraremos las tierras en todas las direcciones. Sin embargo, Ruiz nos alcanzará a su tiempo, después de su rodeo. Lo dice y lo creo. Nos da algunos consejos: "Cuando Gerónimo regrese a Sonora, la gente de aquí no saldrá de sus pueblos; por lo tanto, toda huella fresca, en la montaña o en la pradera, será sospechosa. Desconfíen cuando vean huellas de caballo o de hombre, y cuando no vean ninguna, desconfíen más todavía".

A estos consejos poco tranquilizadores, S . . ., que no entiende el español, queda indiferente. Charlie está encantado. Desde su "botín" de Las Tarraizas, considera al apache como si fuera una presa gorda, más difícil de acercársele pero tan poco peligrosa como el big-horn. Se cree rastreador como Ruiz y mejor estratega que el general Crook.

13 de abril. Hemos caminado en línea recta hacia el sur desde San Lázaro, bajo robles verdes sembrados al pie de los contrafuertes de la Mariquita y de la Cananea, cuyos altos picos arbolados están todavía blancos de nieve. Hacia mediodía, nos detenemos en Cocóspera, una antigua mmisión jesuita y luego franciscana, abandonada en 1846.

El valle de Cocóspera, de un kilómetro de ancho, regado por el río de Magdalena, cuyas fuentes están cerca de aquí, duerme en la sombra de los nogales centenarios, los alisos, los fresnos y los sicómoros. Los huertos de los padres se volvieron matorrales pero los viejos duraznos florecen. Al este están las cúpulas arboladas de la Cananea, al sur la Sierra Azul, la bien bautizada, el país del azul de las montañas de sueño. El aire está saturado de aromas, el cielo infinitamente azul. No hay ningún ser vivo además de las ardillas en los árboles y miles de tórtolas. Verdaderamente, en Sonora como en California, los jesuitas supieron escoger los lugares de sus retiros.

Establecemos nuestro campamento cerca de las ruinas de la iglesia, sobre una mesa que domina el valle.

Fue aquí donde ochenta franceses se establecieron en 1852. Durante varios meses, pelearon con los apaches, cazaron, exploraron, logrando

algo de agricultura y de ganadería. Cuando murió Pindray, su jefe, se juntaron con la banda de Raousset-Boulbon en Magdalena, y tomaron parte en la expedición de Hermosillo. Algunos se arraigaron en Sonora. El padre de los hermanos Morineau, dueños de molinos y ranchos en el Altar, fue uno de los compañeros de Pindray.

El marqués de Pindray, un bretón mundano, obligado a huir de Francia, llegó a Nueva York en 1849, poco después del descubrimiento del oro en California. Se juntó a una caravana que cruzaba, con carretas y bueyes, las regiones desérticas del oeste, el país del hambre, de los bisontes y los pieles rojas. La mayor parte de los emigrantes dejaban sus huesos en la pradera. Los compañeros de Pindray llegaron a los campos de oro gracias a él. Dio de comer a su banda. Cada mañana, tomaba el caballo más fresco y recorría los alrededores; bosques, praderas o montañas lejos, alrededor de las carretas en marcha. Al anochecer, había víveres en el campamento. Al día siguiente, volvía a irse. Los jinetes que lo acompañaban para traer el producto de la caza, se turnaban cada día, sólo él era incansable.

A su llegada a San Francisco, la libra de carne valía dos dólares. Compró una ballenera, contrató a un ayudante y cruzó la bahía. Cazaba en las montañas de Napa y de Sonoma donde hoy se encuentran los mejores viñedos. Eran entonces arboladas, deshabitadas, llenas de presas. Cada semana, Pindray venía a vender venados, osos y alces a San Francisco. Cada semana, contrataba a un nuevo ayudante, el anterior estaba exhausto.

Después de cada expedición Pindray gastaba sus ganancias en las tabernas y guaridas de *rowdies* y sabía hacerse respetar por los bandidos más determinados del mundo, que habían convertido a San Francisco en su cuartel general.

Con la primavera, los cazadores no le temían a los lodazales, a la humedad de los bosques y a las crecidas de los ríos. Eran numerosos, el producto se vendía por muy poco; la cacería ya no era un negocio, había que buscar otra cosa.

En octubre de 1850, los buscadores de oro de La Trinidad, sobre la playa de la bahía de Humboldt, vieron llegar a Pindray. Entre bosques y arroyos hinchados por las primeras lluvias, ayudado por cuatro hombres, logró traer a los placeres doscientas reses medio salvajes. Las ganancias no fueron muy jugosas, pero como las reses no le habían costado nada, estaba satisfecho.

"Nunca olvidaré, dice Ernest Vigneaux, quien fue más tarde secretario de Raousset-Boulbon, la llegada de Pindray a la Trinidad. Era de noche. Eramos cinco o seis hombres de distintas razas reunidos en una cabaña cuyo techo de lona transformaba la lluvia en neblina. Entre las tablas de las paredes, el aire sacudía la llama de las velas. Afuera, el mar rugía entre las rocas y sobre nuestras cabezas, gemían los pinos".

"En el interior, carabinas, pistolas, herramientas de terracería y de carpintería, utensilios diversos, se amontonaban en desorden. Era una escena que todo viejo californiano conserva grabada en su memoria. Sentados sobre barriles, cajas o pedazos de madera, alrededor de una mesa cubierta con un sarape, buscábamos como matar el tiempo jugando cartas, fumando tabaco y tomando ponche. Alguien golpeó la puerta, Un hombre alto entró. El sarape escarlata, el ancho sombrero de fieltro, las botas, el traje de mosquetero, la larga carabina americana, todo recordaba a Pindray. ¿Quién se hubiera atrevido a vestir la piel del león? Sin embargo, la figura decaída, la cara estirada, la voz apagada, no eran más que su sombra. Era él, sacudido por los fuertes cansancios, pero no domado. Dos días de descanso lo volvieron el mismo. De inmediato, sentí el carisma del que nadie se escapaba. Durante las varias noches que pasó bajo nuestro techo, me contó —casi no dormía— su extraordinaria vida, su educación más ruda que la de Duguesclin, su juventud atormentada . . ."

"Lo seguí y realizamos algunas excursiones juntos. En el campo, sus cualidades de caballero errante se desempeñaban con brillo. Siempre en acción, nunca compartía el descanso de sus compañeros, ni siquiera cuando, al final de la jornada, nos acostábamos alrededor de la fogata. En estos instantes, velaba por todo, se encargaba de los animales, de los arneses, de la cena, cortaba madera, cazaba. Más tarde, cuando ya todos dormían, sentado cerca de la fogata, la frente en las manos, la pipa entre los dientes, se perdía en sus sueños. Al amanecer, cuando nos despertábamos, ya había salido de cacería."

"Volvió a irse y no lo volví a ver".

"Durante el invierno siguiente, cuentos fabulosos sobre los placeres de Sonora alborotaron la población de California y todos los ojos se voltearon hacia esta provincia de la Unión Mexicana. Diversas compañías se organizaron para explorarla. Pindray reclutó una tropa de franceses, se puso a la cabeza y salió en los primeros días de 1852 en dirección de Guaymas, sobre el Cumberland. Se estableció en el bello valle de Cocóspera y fundó un establecimiento agrícola. Pero antes de explotar las minas, había que conquistarlas a los apaches. Pindray se encargó de mantenerlos a distancia a cambio de que las autoridades mexicanas hicieran a los colonos franceses, promesas que no mantuvieron."

"Un día, Pindray se encontraba en el pueblo de Rayón, cerca de Cocóspera; después de una partida de billar, se recostó sobre un catre en una pieza contigua cuando se oyó un disparo; lo encontraron muerto. La bala atravesó ambas sienes."

"En San Francisco, corrió el rumor de que, abandonado por sus soldados, se había matado. Pero ninguno de los que lo conocían, creyó esta versión. Pindray dejó pasar en el curso de su vida, demasiadas

ocasiones de acabarla para que la hipótesis del suicidio no fuera absurda*. Siempre me pregunté quién pudo haber propagado este rumor, si no fue el asesino mismo, porque Pindray fue asesinado. Nadie dudaba de ello en Sonora, en la época en que estuvimos ahí. ¿Quien fué? El asesino lo sabe, otros también. ¿Habría sido una venganza particular o una medida de precaución de las autoridades sonorenses, asustadas por haberle fallado a un hombre así? El hecho es que Pindray no hubiera tardado en entrar en campaña contra ellas, campaña de principiante, sin plan definido y que ni hubiera tenido más alcance que las del Rey Francisco I con quien tenía tantas analogías."

"Así acabó en el misterio, un hombre al que sólo faltó una idea seria para ser grande, en el bien o en el mal; pero nunca pensó en esta idea y no tuvo otra ambición más que seguir el curso de sus pasiones entre las que la independencia no fue la menor, y de satisfacer la necesidad de una actividad desbordante, renovando en pleno siglo XIX, las maravillas de la caballería errante."

"Era un hombre de estatura que inspiraba el entusiasmo y hasta el sacrificio abnegado de los hombres sobre quienes sabía imponerse. A pesar de su fuerza hercúlea, entendía la debilidad física. Más de una vez en campaña, cargaba las mochilas de los soldados más cansados. Pero su energía no admitía la debilidad moral, sino pedía que cada uno hiciera tanto como él, exigía que cada uno hiciera, como él, todo lo que podía hacer en la medida de sus fuerzas. Ante la pereza, la falta de ánimo, la mala voluntad, se volvía de una dureza despiadada, que llegaba a veces, hasta la crueldad".

"Todos los viejos californianos están llenos de admiración por él; el hombre bárbaro pero fuerte, el *Condottiere,* el tipo legendario, el héroe de las baladas, verdadero Robin Hood perdido en la sociedad moderna. Es apenas conocido en Europa y eso porque no buscó como Raousset-Boulbón, cultivar su fama. No mantuvo ninguna relación diplomática con cónsules, embajadas, ministros, príncipes y grandes de la tierra. Libró muchos combates singulares, pero ninguna batalla. Como Robin Hood, no buscó mas que ser el primero de los rudos compañeros que había escogido. Es de notar que la mayoría de los héroes de su tipo lo fueron sin buscarlo. Es una de las más brillantes encarnaciones del espíritu novelesco de nuestra época".[1]

*Ruiz murió en San Lázaro, en 1888, de una bala en la cabeza, como Pindray. Se habló de un suicidio. No lo creí. Los hombres como Ruiz y Pindray no se matan, los matan.

[1] Para mayor información sobre Pindray y Raousset-Boulbon, consúltese el libro de Rufus K. Wyllys, *Los franceses en Sonora. 1850-1854.* Editorial Porrúa, S.A., México, 1971.

XV

CUITACA

15 de abril. Remontamos hacia el este. A dos leguas de las ruinas de la misión, el valle de Coscóspera se estrecha, se llena de rocas y se hunde entre grandes muros. Es el cañón de Cuitaca. En la confluencia de dos arroyos, muros derruídos y montones de escorias indican el lugar donde se trataban las piritas cupríferas que afloran en la cima y los flancos de la Cananea. El general Ignacio Pesqueira explotaba uno de estos afloramientos en sus ratos libres; pero murió el otro día, en su hacienda de Bacanuchi; el viejo cacique que fue, durante diecisiete años, gobernador de Sonora, uno de esos jefes de clan, casi soberanos en sus provincias y que uno tras otro, desgastó la paciente política del general Díaz. Y la Cananea está abandonada, como lo están todas las minas y todos los ranchos del país.

Acampamos entre la Cananea y la Sierra Azul cerca de un estanque de donde sale el río Magdalena, en una pradera rodeada de robles. Los contrafuertes redondeados, aterciopelados de pastos, los lejanos bosques de pinos azulosos en las cimas, la pureza del aire, el frío azul del cielo, los árboles, las plantas, la forma de las cosas, todo aquí recuerda las más bellas regiones de Europa o de California. No aparece ninguna de estas cactáceas o de estos agaves con corazas grises, hojas puntiagudas o con púas que en otros lugares marcan con sus zarpas, el paisaje mexicano. La temperatura de una mañana de abril en México es la de un día de Grand Prix, en Longchamps. Cuitaca está a 1 600 metros de altura sobre el nivel del mar y México a 2 200 metros, pero la latitud compensa la altitud; puede uno imaginarse estar en uno de los valles del Coast Range, entre Santa Bárbara y San Luis Obispo.

Estamos sólo a unas cuantas millas del horrible desierto de Arizona, del país de la sed, del *no man's land.*

¡Qué ranchos ganaderos, qué haciendas prosperarán aquí cuando, librados del peligro rojo, se puedan explotar las vetas de las montañas y controlar el curso de las aguas!

Los bosques, tan pronto destruídos alrededor de las minas, podrán salvarse en este país, si se sabe sacar provecho de los yacimientos de

carbón que aparecen en los alrededores. Ninguna región mineralizada, en todo el mundo, tiene este aspecto pastoral, este clima tan suave y tal conjunto de recursos latentes.

En la pradera, alrededor del estanque, entre las cañagrías con hojas de acedera y cuyas raíces son un poderoso producto curtiente, S . . . quema cartuchos por docenas disparando a las agachadizas. Recorriendo las altas hierbas, encontramos otra presa, una pequeña perdíz, sin copete, sin cola, toda redondita. Creo que es el ave entre todas las presas finas, que tiene las plumas de un tono amarillo tan franco, entre plumas café o pardo. Podría ser llamada la perdíz del Cuitaca porque solo aquí la he visto. Su carne es blanca y muy sabrosa.

Pronto, varias parvadas se dispersan. Vuelo recto y corto, el tiro fácil, la masacre es inútil. Se podría en Cuitaca, nutrir con acederas y perdices a un campamento de mineros o a la guarnición de un fuerte y sólo somos cinco para la cena.

16 de abril. La mayoría de los viajeros conocen la amargura de las simpatías interrumpidas. En el desierto, a falta de seres vivos, los lugares se dejan con pesar . . .

Rodeamos la punta sur de la Cananea y llegamos para acampar al ojo de agua de Arballu, una de las fuentes del río Sonora, en el extremo meridional de una pradera de ciento cincuenta mil hectáreas, rodeada de montañas. El Manzanal está al sur, la Cananea al oeste, las Huachucas (de Arizona) al norte, las sierras de San José y de los Ajos, al este. En esta gran cubeta, a 1 500 metros de altura, nacen ríos que corren en todas las direcciones: los ríos de Bacoachi y de Bacanuchi; dos brazos del río Sonora, corren hacia el sur; el Magdalena hacia el oeste, el Santa Cruz y el San Pedro, afluentes del Gila, hacia el norte. Hierbas por todas partes, pastizales inmensos. Sobre los aluviones negros de los fondos, cerca de los cauces, el zacatón de agua crece apretado y alto. Aquí y allá se observan rebaños de antílopes. Podría ser un bello campo de cacería con galgos, pero para forzar sin perros, como en Ojitos, y empujar una manada hacia los pedregales de los contrafuertes, haría falta cientos de jinetes; el campo es demasiado vasto, la distancia demasiado grande de una sierra a otra.

Ningún lugar, en toda la apachería, es más peligroso que éste en tiempo de guerra. Los vigías indios, en las cimas de las montañas, prenden fogatas con piñas de pino y las delgadas columnas de humo, subiendo en líneas, triángulos, círculos, señalan a los tiradores, a diez o quince leguas, el número de blancos y su dirección. La emboscada se prepara lentamente detrás de una lomita, entre las altas hierbas o detrás de unos robles. Los montoncitos de piedras, encontrados hoy, indicaban los lugares de los asesinatos. Sobre un pedazo de roca, cerca de nuestro campamento se pudo leer: "Lou Smith, aged 24, tortured and killed by

the indians" (Lou Smith, edad 24, torturada y asesinada por los indios). La joven mujer de un minero, sin duda.

17 de abril. ¡Un antílope muerto, por fin! dos días estuvimos sin bistec, entre manadas de cuarenta y sesenta cabezas a la derecha y a la izquierda, siempre a vista, siempre fuera de tiro.

En la parada de hoy, deslizándonos contra el viento, pudimos acercarnos a unos cien metros de una manada.

Escondidos detrás de una lomita, oíamos gritos breves, como un ladrido, los ko, ko, de los antílopes en alerta, pero pudimos a tiempo, apoyar las carabinas y disparar en el momento de la huida.

Cayó un animal. Los demás, después de correr una legua, volvieron a alinearse ante nosotros, fuera del alcance, vigilando nuestros movimientos.

18 de abril. Janoverachi: un grupo de casitas abandonadas, en el valle del río Bacoachi, los duraznos en flor, cuyos frutos madurarán este verano para las ardillas.

Una legua más lejos, cantos de gallos y ladridos de perros, ruidos extraños en esta región donde sólo se oyen las voces de las tórtolas de día y la de los coyotes de noche. Una mujer está aquí, absolutamente sola, el primer ser humano que encontramos desde San Lázaro. Es una irlandesa cuyo marido llamado Miller, se fue a Tombstone, a una distancia de treinta leguas, para vender algunas reses que escaparon a las razzias de los apaches. Los vecinos más cercanos de la señora Miller están a 14 leguas, en Bacoachi, atrincherados en su aldea. Anoche disparó desde la ventana contra sombras sospechosas. Alerta prematura sin duda, pero el peligro será real dentro de poco, cuando Gerónimo haya pasado la frontera. La espera de la quema de la cerca, del envenenamiento de los perros, del incendio de la casa, de un suplicio horrible, de la posible muerte de su marido en el camino de Tombstone, nada desanima a esta valiente mujer. Mientras prepara la cena, habla sin cesar, deja caer raudales de palabras acumuladas en su soledad.

¿Qué instinto empuja a los *settlers** a ir siempre más lejos, hacia el obscuro oeste? Un tejano que encontré en el llano, en Arizona, acampado bajo su lona, me decía: "Cambié de aire. El viejo país, allá, estaba demasiado poblado, un hombre se estableció a seis millas de mi casa".

Todavía en los Estados Unidos, el *settler* puede casi siempre, reclamar el *"homestead claim"*, el lote de 50 hectáreas de terrenos nacionales. Pero ¿qué viento empuja a hombres como Miller a la Apachería mexicana? Después de Gerónimo, vendrá el poseedor de algún viejo título español quien amenazará su bien improvisado.

*Colonizadores

20 de abril. Exploramos ayer los alrededores de Janoverachi. En un cañón de la sierra de los Ajos, los seis perros de Miller espantaron a unos pavos y los siguieron, la nariz al aire, hasta que volvieran a posarse, después de un vuelo de 800 metros.

El segundo vuelo fue más bajo y más corto de una mitad; después, la cacería sólo fue un paseo. Trajimos cuatro pavos de bella especie, con plumas doradas. El mayor pesaba ocho kilos. Su carne blanca era más sabrosa que la de un pavo de granja bien gordito. Los que matamos en la Sierra Madre tenían el plumaje más obscuro y la carne negra.

26 de abril. Durante los últimos días, exploramos el Manzanal, la cadena o mejor dicho, el conjunto de cerros que separa las dos ramas del río Sonora. De Janoverachi a Arizpe, el Manzanal se estira de norte a sur, de 24 leguas de largo, de tres o cuatro de ancho, árido, rocoso. Con sus cedros enanos, sus enebros, sus escasos y pequeños robles jorobados, sus cactáceas y sus agaves, se parece a las regiones desoladas del desierto americano que los antiguos tramperos llamaban las "malas tierras". En ciertos lugares sin embargo, sus pórfidos grises están salpicados por las manchas doradas de la manzanita, cuyas florecitas huelen a manzana madura, o por los macizos morados de los duraznitos y las pequeñas mimosas, con delicados copetes de color rosado.

Un colosal gorro de obispo, los dos cuernos del Picacho de Bacoachi, domina la región y causa obsesión con su extraño perfil*

Cazamos, con los perros de Miller, venados de cola blanca, tan numerosos en el Manzanal como los antílopes en la gran llanura al norte de Janoverachi.

Bastaba con quedarse inmóvil y después de una espera más o menos larga, teníamos a nuestro alcance, un bello venado tranquilo. Cacería fácil para tiradores mediocres a los que pertenezco y que nos condujo a lugares sin duda desconocidos del Manzanal. Nos hizo descubrir afloramientos de cuarzo aurífero que ningún martillo de gambusino había golpeado, derrumbes de carbonato de cobre, cien indicios de mineralización.

*Uno de los cuernos cayó, en abril de 1887, por un temblor de tierra.

XVI

MAVAVI

27 de abril. El río Bacoachi separa el árido Manzanal, la zona de los pórfidos, de la zona de los granitos donde el paisaje vuelve a tomar semblantes californianos; pastizales bajo los robles verdes. La Sierra de los Ajos, prolongada hacia el sur por la Sierra del Oro, yergue ante nosotros sus terrazas y sus picos arbolados, sus líneas suaves con perfiles clásicos. Sólo faltan algunas grandes ruinas, un templo como el de Segesto, destacado sobre un cielo tan puro como el de Sicilia; pero nada, ningún vestigio de antiguas razas, ni siquiera ruinas como las de Casa Grande, como las que se encuentran en Chihuahua, en Arizona y en Nuevo México. Los hombres no dejaron huella alguna de su estancia en este lugar. Esta bella región no fue nunca frecuentada más que por las fieras: osos grizzlis y apaches.

Llegamos al paso de Mavavi, entre las dos sierras, lugar célebre en la historia de la Apachería, teatro hace sesenta y seis años, del primer episodio de la guerra que sigue todavía.

En aquel tiempo, los chiricahuas —los apaches de la tribu sonorense— vivían en paz o casi, con los blancos de los presidios de Bavispe, Fronteras, Santa Cruz y Bacoachi. Cuando un hombre había sido muerto o una res robada, los padres de las misiones arreglaban el asunto. Se había tomado por regla en Cocóspera aguantar, y se reconocía a los indios un derecho casi exclusivo, para no decir de propiedad, sobre las llanuras y las montañas del país. Blancos y rojos se encontraban en ciertas épocas del año, cerca de algún presidio, para hacer cambalaches o ventas de potros y de pieles.

En uno de estos mercados, en Fronteras, durante la primavera de 1820, don Leonardo Dávila, de Bacoachi, se querelló con un jefe apache después de una carrera de mustangs, y le sacó un ojo con su bastón. Al día siguiente, regresando a su casa con el cura de Bacoachi, fue lazado por el tuerto que lo esperaba con una docena de indios, en una curva del paso de Mavavi. El cura, a quien se ordenó seguir su camino, dio algunos pasos pero regresó al oír los llamados de su amigo y fue muerto. El tuerto arrancó los ojos del prisionero, le cortó las manos, le rebanó la planta de

los pies, lo hizo arrastrar por dos jinetes sobre las gravas del cañón y lo abandonó a los coyotes.

Desde aquel atentado, todos los caminos de la Apachería fueron pistas de guerra. El asesinato del cura, más que el suplicio de Dávila, era imperdonable. Una cruz grabada en una roca, lo recuerda. Otras cruces, sobre los árboles y sobre las rocas, a cada curva del camino, testifican otras muertes, cientos de muertes.

Ese paso, el único practicable entre el valle del río Sonora y el del alto Yaqui, era un excelente lugar de emboscada. Además de las presas de paso, arrieros, contrabandistas, vendedores de mezcal, los apaches mataban de vez en cuando a algún gambusino ya que Mavavi era un placer de oro descubierto en 1848 por un grupo de emigrantes en camino a los campos auríferos de California. En 1850, el guía de John Russel Bartlett, comisario de los Estados Unidos para la delimitación de la frontera, permaneció aquí una semana y alcanzó la columna cargando 1 500 gramos de oro. De costumbre, los gambusinos sólo se quedan un solo día unos trabajando, otros vigilando.

El peligroso valle se extiende al este de las montañas, a la salida del paso, arbolado, sombreado con altos robles. En el centro, las ruinas de un rancho y los restos de unas cercas. Anchamente abierto hacia el oriente, se prolonga hacia el sur entre dos contrafuertes de la Sierra del Oro, por una cañada arbolada acribillada de *diggings*, hoyos en la grava aurífera, profundos de uno a dos metros, en su mayoría ya antiguos y llenos de hierbas y malezas.

Una excavación sin embargo, es reciente. Un hombre estuvo aquí el pasado invierno, trabajando, durmiendo . . . permanece todavía aquí su esqueleto, limpiamente anatomizado por los coyotes y las hormigas. Aquí está su batea, todavía llena de arena. Murió en pleno sueño de oro, ¡pobre gambusino! Su cráneo está perforado por dos balas calibre 44.

Según la costumbre en estos casos, nuestros arrieros depositan los huesos en uno de los *diggings* amontonan piedras encima, fabrican una cruz y murmuran una plegaria. ¡Adiós compañero!

Cae el sol, es la hora de los conejos. Recogiendo uno, encuentro huellas frescas, bastante parecidas a las de un hombre calzado con mocasines, de un hombre inmenso. ¿Gigante o grizzly?; grizzly. Las excavaciones, aquí, no fueron hechas buscando oro, sino raíces de kawas y la herramienta del buscador no era un pico, sino una pata armada con uñas largas y duras como ganchos de acero.

Está en el matorral, a unos diez pasos quizás, el Viejo de la Sierra. Qué lástima haber devuelto ayer los perros de Miller a Janoverachi. Habría salido de la cañada a los primeros ladridos enseñándose en el claro, sobre las rocas, regresando a las cumbres.

Charlie, rojo de emoción, logró un débil disparo en el hombro, a sesenta metros, contra un animal que, por sus huellas, pesa unas 800 libras. Pero S . . . se opone a perseguirlo en el matorral. Leyó en días

pasados el relato de cacería de un ranchero de Dakota, Theodore Roosevelt, quien asegura que el gran oso de las Rocallosas y de Nevada, primo del plateado de Sonora, pelea a muerte cuando está herido, acorralado o sorprendido . . .

Cayó la noche y ya no se ven huellas. Sugiero a Charlie que vayamos a cenar; después de todo, matamos un conejo.

XVII

BATEPITO

4 de mayo. Estamos acampados en el potrero Echegallín, en la Sierra de los Ajos, después de una excursión de 6 días en las regiones del este.

Regresamos el 1o. de mayo, después de un rodeo de cuatrocientas leguas a Batepito, punto extremo hacia el poniente de nuestra expedición de invierno. Encontramos las cenizas de nuestro campamento del 5 de febrero y el gran venado centinela, en la orilla del barranco, fuera del alcance, inaccesible, en el lugar y la actitud en que lo dejamos, ciervo de bronce o de leyenda . . .

El valle de Batepito no estaba como en febrero, cubierto de pasto rojizo. Oloroso ahora, cubierto de brotes de mezquites, de menta y de lavanda, lucía desde la curva del Yaqui hasta la frontera, como un inmenso jardín abandonado donde se encuentra el tomate (del tamaño de una nuez) el pequeño frijol "tepari", y el "chiltepin", el altramuz, la lucerna, la fresa y muchas otras plantas amigas, espontáneas aquí, felices en su habitat.

Este jardín tiene doce leguas de largo y una de ancho y su muro en el oriente es la Sierra Madre, la madre de los pinos y de las aguas.

Sus cimas, donde nieves tardías dibujan manchas blancas visibles hasta después de la puesta del sol, mucho después de que los morados y los rosas de las laderas se transformaran en azules de pizarra y negros de humo, fueron el teatro de nuestra cacería del big horn, al sur de la Cuesta del Toro.

El valle no es silencioso como la pradera de Nuevo México o de Chihuahua, donde planea el pájaro sin voz, el buitre negro. Canta este país tan bien llamado Sonora, con una voz fuerte, sostenida como la del mar en las playas. Suena, de la mañana hasta la noche, con un gran ruido armonioso, con el arrullo de las torcaces y los llamados de los toros.

En Batepito como en Mavavi y en todas partes, el rancho ha sido destruido, los caballos, más salvajes que los venados, erran sobre las mesetas y los toros viven en el chaparral, con los venados y los jabalíes.

S . . . siguiendo una de las pistas marcadas por todos lados, fue embestido por un toro solitario y le disparó a quemarropa.

S . . . mató de un balazo a una ternera y pudimos cenar un platillo que hubiera costado mucho dinero en una ciudad. Tres rebanadas gruesas tomadas de un buen lugar —unos *porterhouse steaks*— son colocadas apiladas sobre las brasas. Las rebanadas exteriores, quemadas, perdidas, se desechan pero la de en medio tomó el jugo de las otras, y cocida a punto, está deliciosa.

Este filete "asado a la salvaje" y nuestras últimas botellas de Zinfandel que bebimos en su honor, nos hicieron perder una buena presa. Esa noche, a quinientos pasos del campamento, dos pumas se dieron un festín. En la mañana encontré sus huellas en un claro donde habíamos destazado la ternera. Una docena de coyotes que comían los restos, huyen a nuestra llegada, agachados como perros apaleados, la naríz apuntando en mi dirección, desconcertados, la cola entre las patas.

Acabábamos de pescar bagres y truchas con dinamita, pesca bárbara, lo reconozco, y prohibida en todos los países. Si hubiera llegado la policía . . .

Existen hasta en el desierto, sólo que, y es perdonable, llegan tarde. Nuestra pesca había terminado cuando surgió en la vuelta del río, el capitán Kosterlisky y seis guardias fronterizos de la pequeña guarnición de Bavispe. Con Ruiz y la señora Miller, son los únicos seres humanos que hemos encontrado en el curso de un mes. Mi "settler" de Arizona no podría quejarse de que por ser este país demasiado poblado "too thickly setled", tuviera que irse más lejos.

El capitán había patrullado la frontera sin cruzar ninguna pista de indios. Después de un amistoso intercambio de coñac de Francia y de mezcal de Bacanora, nuestras tropas se separaron, una siguiendo su camino al sur, rumbo a Bavispe, otra hacia el norte, rumbo a Fronteras.

Tres horas más tarde, seguía a paso lento una vereda en el chaparral, a unos quinientos o seiscientos metros adelante de mis compañeros cuando, penetrando en un claro del chaparral, me encontré frente a frente con cinco Winchester. Los hombres que me apuntaban —cara negra bajo el polvo de galena molida— se confundían con apaches en emboscada.

Seguro de ser acribillado antes de poder agarrar mi rifle o la pistola, hice el gesto instintivo en tales casos, de levantar la mano derecha en señal de paz y sentí un descanso cuando el jefe de la gavilla, levantando el cañón de su arma, me dijo en español: "Por poco y le damos. El capitán es más alto que usted, pero en el monte y a caballo, vestido con gamuza y sombrero gris, podrían confundirse. Creíamos que había regresado para sorprendernos."

Estos falsos apaches, contrabandistas de profesión y en cierta medida caballeros, trataban de llegar a Arizpe con mulas cargadas con mercancías

americanas, deslizándose entre el capitán que terminaba su ronda y Gerónimo que todavía no empezaba la suya.

Creían que los indios llegarían a Sonora antes de ocho días, no por el valle de Batepito cuyos accesos a Arizona están bien vigilados, sino por la Sierra de los Ajos o más al oeste, por la Cananea.

"Cuídense en el desfiladero de Mavavi". Era el mismo consejo que me habían dado Ruiz y el capitán.

Cuando mis compañeros me alcanzaron, los presente a los caballeros del chaparral y tomamos una cantimplora de bacanora a la salud de los guardias fronterizos.

Al día siguiente cruzamos de este a oeste las tierras de S . . . Encargado de delimitar una propiedad de 120 000 hectáreas dentro de las 660 000 hectáreas que tengo encargadas en Sonora, S . . . escogió esta área, entre el río de Fronteras y los montes de los Ajos, separada de la frontera por la hacienda de Cabullones perteneciente a los hermanos Camou.

El porvenir de la región es prometedor. No se puede creer en el abandono definitivo de estos pastizales sembrados con robles, ni de estos largos depósitos de aluviones donde el agua brota al pie de los álamos, ni de estos bosques de pinos en las partes altas. La montaña que cierra el horizonte al sur, es el viejo mineral de los jesuitas: Nacozari, montón de piritas cupríferas, más poderoso que ningún otro yacimiento en el mundo.

Tarde o temprano, Nacozari y la Cananea, explotados y famosos como Anaconda y Río Tinto, se verán conectados por el gran escape hacia el norte, con la red férrea de los Estados Unidos. Tantas minas y negocios durmientes no pueden eternamente quedarse bajo la guarida del jefe de los chiricahuas y del gran oso del Mavavi. Más vale tomar este lote tan bien situado, el número 4.

Para examinar las tierras del sur y del oeste, Santa Bárbara y la Sierra Azul, se necesitaría acampar aquí hasta fines de mayo. Sin embargo, el Viejo que pronto frecuentará estos paisajes no se contentará, como los grizzlys, con contestar a los ataques . . .

Por todas estas razones, ampliamente discutidas hoy en el campamento del potrero Echegallín, S . . . se regresará a Nogales con nuestra gente y nuestras mulas, por el camino más corto y yo iré solo a Arizpe para llenar los requisitos acostumbrados de toma de posesión y de deslinde de los lotes.

XVIII

LA MEXICANA

7 de mayo. En la mañana, seguí con los ojos la columna de polvo hasta el extremo lejano del norte, en la pradera, como si fuera el humo de un vapor que se aleja de una balsa perdida en el mar. Cuando esta última señal humana se hubo desvanecido a la vuelta de la Cananea, ensillé al "Moro" y encaminé derecho hacia el sur, solo en los espacios vacíos, en lo desconocido.

La sensación es nueva, fuerte, pero no fue para vivirlo, no fue por el placer de sentirse caballero solitario en el país de los apaches sino por razonamiento lógico que me separé de mis compañeros. Se fueron con las mulas de carga, y los arrieros criticando mi decisión de no acompañarlos hasta Nogales para regresar escoltado.

Este fue mi razonamiento: la capital del distrito, Arizpe, donde debo arreglar mis asuntos, se encuentra en línea recta, a cuarenta leguas de donde estoy y a ochenta leguas de Nogales. Si una caravana corre el mismo riesgo que un solo hombre, el camino menos peligroso es el más corto. Pero, a mi criterio, un hombre solo corre menos riesgos que una caravana, deja una huella más ligera, puede pasar desapercibido. En caso de ataque, no defiende más que su vida, y si es alcanzado no será en caso de pánico, por la bala de uno de sus compañeros.

La muerte reciente, en Mavavi, de doce personas que viajaban juntas y muchas otras masacres, demostraron que los hombres en grupo, en la Apachería, no salen mejor librados que una parvada de perdices.

La comodidad hace falta al solitario. Por todo equipaje, cargo mis armas y lo que puede caber sobre mi caballo sin molestar su marcha; sarape, ropa interior y algunas latas. Nada de *bedding*, pero las noches todavía frías aquí en la región de los pinos, son tibias en la región de los mezquites donde voy a bajar.

Pero había que acostumbrarse a la soledad, ejercitar los ojos y los oídos. Los hombres en grupo se consultan los unos a los otros sobre el camino que deberán seguir, sobre los ruidos, los polvos y los humos;

confían en los guías y en aquellos que conocen el país y las señales; durante la noche, duermen tranquilos creyendo, a menudo erróneamente, que uno de ellos vigila. El solitario sólo duerme con un ojo.

Las primeras noches son duras.

Eramos doce al principio, luego cinco y el único que queda ahora no es rastreador, tiene mala vista, mala puntería, no podría juzgar por las huellas si el caballo que cruza la vereda estaba montado, no conoce el país.

Por suerte, cuenta con el "Moro".

Ningún arma, ninguna experiencia, la mejor vista y la mejor puntería, nada aquí vale más que un buen caballo. Con un buen caballo como con uno malo, se puede caer en una emboscada, pero en un caso así, el mejor rastreador del país, el mismo Ruiz, sucumbiría. Creo que el hombre cuyo caballo puede sostener un largo galope no teme a los merodeadores. En efecto, la mala gente del país no tiene, salvo excepciones, buenos corceles, que sólo consiguen después de asaltar un rancho americano. Los caballos medio salvajes, los broncos, que los bandidos blancos y los indios bravos utilizan habitualmente, no podrían vencer a un animal de pura sangre alimentado con grano, mas que en un terreno muy accidentado. Pero quien sabe, un caballo de raza acostrumbrado a la sierra, conserva la ventaja de músculos y nervios de calidad superior. El "Moro" se volvió, en algunas semanas, un caballo de montaña muy diestro.

Creo en la superioridad del "Moro" sobre cualquier caballo a cincuenta leguas a la redonda y esta creencia es una fuerza.

Ante todo, no debo perderme en el laberinto de las viejas pistas, pistas de fieras, de jinetes, de toros, de potros salvajes, que se cruzan en la pradera, en el chaparral, al pie de las montañas y que asemejan una gran red que habría caído sobre la región. Debo tomar la buena dirección y conservarla.

En Sonora es fácil perderse en el chaparral. Pero, en mis inicios como buscador de caminos, las dificultades no son demasiado grandes. Estoy en la gran pradera del norte cruzada antes de oeste a este, la pradera de los antílopes. Ante mí, hacia el sur se estira el macizo del Manzanal, bordeado a la derecha por el valle del río Bacanuchi y por la Sierra Azul, y a la izquierda por el valle del río Bacoachi y por la Sierra del Oro. Siguiendo alguno de los valles llegaré a la confluencia de los ríos y no tendré más, para llegar a Arizpe, que bajar a lo largo del río Sonora en que se transforman.

Pero primero, apresurémonos para salir de la pradera, donde miradas agudas pueden observarme desde lo alto de la Cananea.

Al galope, llego en dos horas a la Mexicana, una vieja mina abandonada. Está fuera de la montaña, hecho excepcional en México, escondida en un repliegue de la pradera, entre la punta sur de la Cananea y los primeros contrafuertes del Manzanal. Algunas rocas afloran en el pasto,

en el inicio de un barranco donde el último aguacero llenó una cubeta natural, una tinaja. Con gusto nadaría en esta agua límpida, verde como el agua de mar, en un estanque de pórfido verde, pero hay que resistir la tentación y sólo lavarse con una esponja húmeda en la orilla. En este país donde el agua escasea tanto entre los valles, debe respetarse, cuidarse hasta en tiempo de guerra. Los que pasan son menos numerosos todavía que las tinajas, sin embargo, un hombre podría llegar aquí y tener sed.

El "Moro", desensillado y amarrado, come *buch grass* en el barranco, mientras yo examino la mina.

Es suya, mía si quiero tomarla, del primero que quiera hacer la denuncia en Arizpe. Buena o mala, es por ahora inexplotable y vacante como todas las minas de la región porque los apaches matan a los mineros. Hay que saber si la Mexicana vale algo.

Los afloramientos (N.0; S.E.) se notan sobre unos trescientos metros. Los minerales extraídos ¿son galenas ricas en plomo, o ricas en plata? Para saberlo habría que analizarlas pero la importancia de las obras, realizadas en pleno desierto, en pleno terror rojo, son una indicación. Se explotaron aquí minerales de fundición y ya que no hay ni fundidora, ni siquiera horno castellano que los antiguos mineros improvisaban por todas partes, es que los minerales de la Mexicana eran transportados lejos, en burros, con altos costos y riesgos; eran ricos.

La obstinación de los mineros en una región donde las más bellas vetas fueron abandonadas después de rasparlas, demuestra no que la mina sea buena sino por lo menos, que produjo un "clavo".

Corto unas ramas de torote y provisto con estas antorchas, bajo al pozo de extracción por las escalerillas de madera pegadas a la pared y podridas en su mayoría. Sólo un escalón de cada dos, no se rompe bajo el pie.

En las entrañas de esta meseta, de las más acuíferas del norte de México, las aguas subterráneas escurren desde los primeros niveles. Las galerías inferiores están inundadas; la maderería destruida. Los troncos de los grandes pinos de la Cananea que aseguraban los apoyos, se doblaron como carrizos por el empuje de las rocas.

En el fondo de la primera galería, el único frente asequible, tomo algunas muestras. Los mineros no siguieron horizontalmente, lo hicieron verticalmente siguiendo una columna de minerales, rica sin duda. La veta, casi perpendicular, de un ancho de siete a ocho pies, está pegada al esquisto y al pórfido. Al sureste, en dirección al barranco, se vuelve imprecisa, en resumen, una posibilidad interesante.

De regreso a la superficie, examino las rocas y los afloramientos. Paseo en los alrededores. Lunch, siesta, dos o tres pipas y cae la tarde. ¿Dónde dormir? Me quedaré en la Mexicana. Sólo recorrí seis leguas hoy. A este paso no llegaré a Arizpe antes de ocho días, pero es prudente conservar al "Moro" en buena forma, listo para una prueba de resistencia.

¿Pretexto para flojear? ¿No habré caído bajo la influencia de un sentimiento extraño, hecho de temor y de atracción al peligro, de un sentimiento bastante parecido al que se experimenta antes del primer duelo o la primera carrera?

Aquí, circunstancia nueva: no hay testigos, no hay público. Para complacer al único público de que se dispone, al atento testigo que cada quien lleva en sí, se toma una actitud correcta y se dispone uno a cometer todas las imprudencias.

Cayó la noche, mi primera noche solitaria en el desierto, una de estas espléndidas noches sonorenses que no se observan, que se gozan sin saberlo, como se goza de la salud o de la fortuna; noche estrellada, seca, transparente, con soplos de lavanda y otras flores desconocidas.

Fumo largo rato sentado sobre el piso, escuchando al "Moro" comer y las voces nocturnas, voces de coyotes, voces de lechuzas salidas al caer la noche de las madrigueras de los perros de monte.

Es tarde cuando logro dormirme, la cabeza sobre la silla, en el único cuarto de la casa de piedras, sin techo ni puerta, donde pernoctaban los mineros.

A las tres me despierto, sorprendido por el frío que precede al alba.

Un hombre esta parado a la entrada del cuarto.

XIX

OJO PEÑUELAS

A falta de palabra clave, el hombre dice mi nombre. Es amigo, es Ruiz. Al principio me regaña. "Se cuida mal. Pude haber tomado su caballo . . . y algo peor . . ."

Prendemos una fogata y preparamos café en una vieja olla tirada.

Ruiz acaba de guiar a los jinetes americanos del fuerte Huachuca al Manzanal y se regresa a Arizona con correo para el general Miles.

¡Por fin, algunas noticias! Gerónimo llegó a Sonora la semana pasada por la Cananea, con trescientos apaches. El capitán Lawton* que dirige la persecución, dispone de un centenar de regulares negros (el 4o. de Caballería es un regimiento negro) y de ciento cincuenta exploradores apaches de la tribu de las Sierras Blancas. Oficial de frontera, enérgico e inteligente, Lawton no conducirá la campaña como una excursión de geólogos o de entomólogos, a la manera del general Crook.

"Es, dice Ruiz, el hombre que necesitamos, un conocedor de huellas, siempre pegado a la pista como un perro, siempre adelante con sus exploradores indios. Se comunica con la reserva por medio de señales heliográficas. Los regulares lo siguen como pueden, y ni modo si sus caballos revientan. Ya encontrarán otros y seguiremos caminando sin preocuparnos por los rezagados, hasta forzar a la bestia".

A los Sierra Blanca hubiera preferido a los chiricahuas del viejo Chato, pero el general Miles teme la influencia de Gerónimo sobre los hombres de su tribu. El general conoce a los sioux pero todavía no conoce a los apaches. No se puede agarrar a los chiricahuas de Gerónimo más que con los chiricahuas de su enemigo Chato".

"¿Y va usted a Arizpe? Mejor venga conmigo a Arizona; disfrute un mes o dos en Tombstone y deje hacer a Lawton. Tarde o temprano Gerónimo llegará a la Sierra Madre, pero es demasiado astuto para

*Desde entonces, general, comandante en jefe en las Filipinas, muerto en combate en 1902.

caminar derecho por lugares vigilados o que pueden estarlo. Doblará su camino, dará vueltas. Taloneando, el viejo lobo simula pistas, se esconde y provoca a la retaguardia. El peligro está tanto atrás como adelante . . . La tropa americana está aún demasiado fresca, el viejo hará más tarde su maniobra predilecta, un regreso brusco de treinta o cuarenta leguas hacia atrás. Primero llegará muy rápido, sin astucias, hasta las montañas de Nácori, en el distrito de Moctezuma . . . después de todo, puede usted ir a Arizpe. Quédese ahí todo el verano y no salga a menos que las noticias de la persecución sean seguras. En un mes, en dos meses, encontrarán a Gerónimo a una legua de Arizpe, o aquí y hasta en Las Tarraizas. Oirá hablar de los asesinatos cometidos a cien leguas los unos de los otros, en los cuatro rincones del distrito. Para el otoño, todo habrá terminado, creo. Pero si hace una salida en junio o julio, cuídese. Desconfíe de los exploradores tanto como de los hostiles y si encuentra a Lawton, camine con él hasta que se presente la ocasión de separarse . . . cerca de las primeras casas de un pueblo, por ejemplo".

Y Ruiz habla sin parar, como hablaba la señora Miller, como hablan los solitarios. Me acuerdo, mientras escucho, de las palabras de Castelar: ¡Qué difícil es callarse en español!".

Prosigue, "Tuvo suerte estos últimos días. Gerónimo pudo haber pasado por Los Ajos tanto como por la Cananea.

Contaba con mis reses para hacer su provisión de tasajo. ¡Ah. Ah! . . . tendrá que hacerla en otra parte".

Montamos a caballo y Ruiz prosigue:

"No siga el río Bacoachi. El camino de la derecha es menos peligroso. Tome por el oeste. Acompáñeme hasta Cuitaca y después, rodee la Sierra Azul. Duerma de día y camine de noche".

Es fácil decir, pero para caminar de noche hay que conocer cada roca, cada árbol de la región, hay que ser Ruiz o Gerónimo, por lo menos ser vaquero.

Después del lunch, nos separamos en Cuitaca.

Estoy en la región de las perdices sin cola. La ocasión es buena para utilizar la escopeta trabajosamente cargada desde que dejé las mulas de carga. Una escopeta por ligera que sea (esta es una 24) no puede colocarse bajo la pierna como el Winchester. Atravesada en la silla, colgada, en bandolera, lo que se haga, siempre molesta, pero sin ella hubiera tenido que renunciar a las presas con plumas durante toda la estación.

Mientras el "Moro" saborea el pasto cerca de un estanque, trepo por una cañada que conduce a la meseta de las perdices. De repente, un animal del tamaño de un perro danés se levanta delante de mí, de color pardo y con patas tres veces más gordas que las de un perro y una cara felina con ojos rasgados. Los conozco por haberlos visto en los zoológicos, es el león mexicano, el *mountain lion* de los americanos, es un puma. Se mueve. Se mueve ágilmente, lanza latigazos con la cola, y emite el

"ch . . . ch . . ." de un gato enojado, listo para saltar. "Bluff" de un animal sorprendido mientras dormía su siesta. Todos los autores y hasta los diccionarios, señalan la cobardía del puma, capaz, a lo sumo, de estrangular a un hombre que duerme o a un herido. Al disparo de postas para perdices que sin duda le pican el hocico, se voltea y huye con largos brincos, moviendo la cabeza . . . "ch, ch . . .", y desaparece tras una roca.

Están lejos las perdices, tras esa roca justamente . . . ¡Ni modo! para la cena abriré una lata de *corned beef.* Es más sencillo. Seguí durante la tarde una pista casi borrada que sin embargo sigue siendo el "camino real", el gran camino de Nogales a Arizpe. Robles verdes esparcidos sobre un prado corto, ningún bosque, nada de maleza ni de plantas espinosas; un parque al parecer con, aquí y allá, algunos venados poco tímidos, venados de parque.

Llegué antes de la puesta del sol a Ojo Peñuelas, manantial a media altura de un contrafuerte de la Sierra Azul, un "ojo de agua" como se dice en español. De hecho, los manantiales son claros, brillantes, vivos como los ojos. El Ojo Peñuelas es tan vivo y alegre en un paisaje tan serio de granito y robles que con gusto pasaría la noche bajo los sauces. Ya no hay más agua hasta el abrevadero de Bacanuchi, a doce leguas.

El agua canta al inicio de un barranco y corre sobre la arena acribillada por engañosas laminillas de mica dorada, que en muchos lugares graníticos de esta región, dan la impresión de un "placer" virgen, salpicado de oro.

Aquí acuden los animales nocturnos de la sierra: pavos, pumas, venados y coyotes y el suelo está estampado de huellas de muchas formas y tamaños.

Para salir antes del día, antes del frío de la madrugada, me acuesto apenas cae el sol con el propósito de "dormir rápidamente", y de despertar hacia las tres. Pero apenas cerré los ojos, un ruido en la arena, a dos dedos de mi cabeza, me obliga a pararme con el Winchester en la mano.

Sólo son venados que van a tomar agua; distingo a pesar de la oscuridad, sus cuernos aterciopelados y pronto saltan en desorden en el barranco, tan fáciles de matar como borregos en la puerta del redil. Pero, ¿para que disparar? Avisar a los vecinos (el desierto está muy concurrido según Ruiz) ¿y qué haría yo con un venado? Descuartizarlo, recortarlo, prender una fogata (otra manera de dar mi dirección) para comer una rebanada mal cocida y con olor a humo . . .

Los venados me enseñaron que no hay que acampar solo cerca de un manantial. Cargo la silla a cien pasos, bajo los robles, y trato de volver a dormirme. Imposible. Mañana dormiré a mi pesar y sin importarme lo que ocurra en mis alrededores. Hoy, cualquier ruido me despierta, una rama que se rompe, la piedra que rueda en el barranco, el canto de un pájaro nocturno, el lamento sobreagudo de un coyote y la voz fuerte y

ronca a la que contesta, lejos, una voz igual, sin duda, la de la bestia que encontré esta tarde, en Cuitaca.

Repito, mientras me volteo en el pasto mojado por el rocío y temblando de frío, "al diablo con las minas y las tierras".

XX

BACANUCHI

9 de mayo . . . Hacia medio día, veo algunas cercas, cubos de adobe, algunos cultivos. El agua subterránea aflora. Un arroyo corre entre los álamos.

Las grandes construcciones blanqueadas con cal de la hacienda de Bacanuchi están abandonadas, desiertas.

Ningún ladrido ni canto de gallo, ningún llamado de peón. La puerta maciza está cerrada. El martillo suena lúgubremente en el vacío del zaguán y de los patios. Las ventanas angostas como saeteras, atrancadas. Es una fortaleza sin guarnición, sin un solo guardia, pero tan cerrada y sólida que podría resistir a un asalto y que sólo con dinamita y fuego podría ser tomada.

Recientemente sin duda, aquí había cientos de hombres y miles de reses. Los hombres se fueron llevándose el ganado hacia Magdalena. Algunas vacas, que regresaron a su "querencia", rompieron las cercas y comen el trigo casi dorado.

Qué oportunidad para Gerónimo si hubiera forzado a la derecha después de cruzar la frontera. Pero ignoraba la muerte del general Pesqueira y el abandono de Bacanuchi.

Las huertas estan llenas de ardillas y de pájaros. Un animal de largas orejas rectas, sale de una casa sin puerta. Pájatos negros, grandes como pavos, pero que no lo son, ocupan un gallinero. Tranquilamente, el desierto vuelve a tomar posesión del oasis. Ante estas ruinas nuevas, mucho más que ante las ruinas ya viejas de Cocóspera, de Mavavi y de Batepito, se siente uno aislado en pleno terror rojo.

El valle de Bacanuchi no se extiende mucho hacia el sur. A una legua de los cultivos a lo sumo, las dos sierras se acercan dejando sólo un angosto río, entre rocas verticales. El paso está tupido con viñas silvestres, largas como lianas y que saltan de un árbol a otro, de una ribera a otra, obstruido con fresnos, sicomoros, júcaros y álamos. Después del silencio de las sierras, me siento aturdido por el ruido que emiten, en este lugar sonoro, las aguas vivas, las abejas y las torcaces; me siento ebrio por

el olor demasiado fuerte de la vinorama. Una garza color pizarra, se eleva y vuela, las patas colgantes, y desaparece bajo la bóveda de hojas, reaparece más lejos, de color iris, en el azul del cielo, parecido al pájaro azul, bordado sobre el azul de una seda japonesa.

En un estanque hecho por los remolinos de la corriente, nado con delicia entre las plantas con hojas lanceoladas que huelen a verbena; tengo que salir del vallecito obstruído más lejos por árboles muertos y derrumbes. Hay que trepar las pendientes de la derecha bajo el sol ardiente, caminar a media vertiente, entre piedras y cactáceas. Decreciente, se oye la voz del río que se pierde bajo las rocas. Ambas sierras se juntan, al parecer por encima de los árboles. A lo lejos, en el oriente, el pico de Bacoachi brota por encima de la sierra del Manzanal, como un arrecife entre las olas de un mar petrificado en plena tempestad.

Al anochecer, la vereda se perfila entre dos barrancos, sobre una estrecha calzada natural, larga de un medio alcance de Winchester, alta de unos veinte metros. Un jinete está enmedio —posiblemente el único viajero entre Arizpe y Nogales— y tuve que encontrarlo en la cresta de un muro.

Viéndome, salta a tierra y se escucha tras su caballo, la carabina sobre el arzón. Está fuera del alcance de mi voz y sólo me queda ponerme como él, en posición de combate. Pero de repente desaparece con su animal en el barranco de la izquierda. ¿Sería un correo que me confundió con un merodeador o un merodeador que me confundió con un correo? En cualquier caso podría, escondido en el follaje, dispararme cuando esté a su alcance. Bajemos pues al barranco de la derecha, que está muy empinado. Es una verdadera avalancha de tierra y de piedras; llegamos al fondo, el "Moro" sobre la nariz y yo sobre su trasero.

La noche cae y sin saber cómo salir de este embudo, me instalo en lo más tupido de la maleza. Mañana buscaré un sendero. Todos los animales del chaparral podrían hacer su *sabbat* bajo la luz de la luna, que yo no despertaré antes del día.

XXI

ARIZPE

16 de mayo. Esta mañana, saliendo del chaparral, vi las Piedras de Lumbre.

Sobre un macizo de obscuros pórfidos, parecía arder un amontonamiento de ocre que la gente del lugar, tan poco sensible a las formas y los colores, llamaron "Piedras de Lumbre".

Altas como de sesenta a ochenta metros, escarlatas de arriba hasta abajo y veteadas con amarillos azufre y anaranjados, estas piedras parecen un incendio colosal, un cráter en erupción o, acaso, una de aquellas montañas quiméricas rojas y oro, de puestas al sol.

No es sobre una tela y con colores sino con los procedimientos de la cerámica como podrían reproducirse estos efectos, esos tonos cocidos, intensos, prohibidos a los pintores.

Las flores de las cactáceas que crecen en las grietas, aquellas flores rojas y amarillas tan francas, se pierden, se funden en la masa amarilla y roja. Los cardenales sólo son visibles cuando vuelan y parecen entonces pequeños fragmentos desprendidos del gran bloque, pequeñas piedras de fuego que hubieran tomado alas.

El sendero rodea por la izquierda, pasa tras las rocas negras del fondo. Los ojos deslumbrados descansan a la vista de tierras moradas o de color ámbar y de areniscas grises, redondeadas, con formas que simulan bastiones, columnatas y torres, fortificaciones de una ciudad inmensa que no existe.

Por fin, llego a la punta del Manzanal y a la confluencia de los dos ríos. El valle del río Sonora corre hacia el sur, entre mesetas desnudas. A la derecha y en la orilla, los cubos de adobe con las esquinas derruídas de una ciudad silenciosa y tampoco ocupada por los hombres al parecer, como la ciudad imaginaria que un rato atrás había rodeado. Es Arizpe, la antigua capital de un país más grande que Francia, la antigua residencia de una capitanía general, independiente del virrey.

Construcciones macizas, cuyo conjunto ostenta una grandeza monacal y militar, el palacio, el cuartel, la tesorería, el hospital, la cárcel, se alinean alrededor de la explanada donde desfilaban las tropas de Hugo de Oconor y pasaban las procesiones de los jesuitas.

Durante la Colonia, Arizpe estaba en medio de florecientes "reales"; Tetoachi, El Gachi, El Carmen, Santa Rosalía. Ahora la tenemos tal como la dejaron las revoluciones y sesenta años de guerras indias, tan arruinada, tan gris que no se distinguiría de las rocas vecinas si no fuera por las manchas de verde obscuro, los macizos relucientes de sus huertas, donde se mezclan las higueras, el mirto, los granados, los laureles, rosas, últimos vestigios de las riquezas de antaño. Nadie siembra, nadie construye. Siempre se encuentra una brecha para pasar de un predio a otro. Las aguas del río Bacanuchi, captadas antiguamenter río arriba por los españoles, cantan todavía en los canales, entre las hierbas locas y las flores añejas, malvarrosas, rosas de Castilla, anolis, iris, toda la flora de las tapicerías y bordados antiguos. Jardines de "La Bella Durmiente del Bosque", jardines donde uno no sabe, bajo los naranjos centenarios, en qué país y en qué siglo se encuentra extraviado, en que no se sabe si se vive o se sueña.

No hay posadas en Arizpe. El juez, para quien llevo una recomendación, me dio asilo en la antigua sala de audiencia del tribunal. Cené bajo los árboles. Los pájaros robaban migajas de la mesa, flores de naranjo caían en mi potage.

El valle se abría ante mí, de una legua de ancho, verde y desierto, tan inútil para los hombres como para los animales, con sus gruesas capas de limo fértil. Las inundaciones alternan con las sequías; habría que domar las aguas salvajes, construir presas en ambos cañones, construir canales; pero apenas se logra limpiar los huertos. De norte a sur, hasta perderse de vista, plantas con largas hojas lanceoladas, parecidas al mimbre.

Arriba de nosotros, pasan y vuelven a pasar las garzas en vuelo lento. Hacia el oriente, uno tras otro, se yerguen dos montes singulares, cortados neto a media altura, montañas con leyendas, montañas donde hay minas muy ricas que nadie ha visto. A sus pies, altas olas de pórfido se superponen las unas a las otras, una instantánea de una tormenta en el mar. Toda esta región gris se pinta de rosa al atardecer, de un rosa ardiente que obscurece y se vuelve morado, azul pizarra, del color de las garzas. Ya no se distinguen ahora los grandes pájaros cuando pasan sobre el fondo obscurecido de las montañas, pero cuando toman altura, sus siluetas errantes destacan sobre el cielo todavía claro, como misteriosos jeroglíficos, hechos con patas colgantes y alas desplegadas.

En el siglo XVIII, Arizpe tenía quince mil habitantes; sólo quedan mil quinientos, escondidos entre los escombros. La mayoría de las casas quedaron vacías y se derrumban sobre las banquetas. Nadie pasea al anochecer, ninguna luz. De los tres o cuatro tenderos, sólo uno, el

prefecto del distrito, no ha cerrado su tienda y vende a precios elevados sus últimas velas y sacos de harina.

Se vive sobriamente, con verduras e higos.

Aquí se duerme más que en ningún otro lugar del mundo. El cartero que llegaba de Urés murió en el camino y nunca fue substituído; toda comunicación con los pueblos del sur quedó interrumpida. Desde hace mucho, no había ninguna con la frontera. A veces, los establecidos realizan una salida para cortar madera o matar algunas reses. Ayer, un jinete que se había mandado a Bacanuchi no pudo pasar en las Piedras de Lumbre que habían sido ocupadas por el enemigo; el enemigo era yo.

A la misma hora, se oyeron disparos al este del valle, hacia Gachi.

Mi llegada es casi un evento. Se me espera en casa del prefecto con impaciencia. La tienda oficial está repleta de gentes. El agente de las minas, el juez el cobrador, el presidente del Consejo Municipal, los principales ciudadanos discuten las oportunidades de la campaña, las marchas y las contramarchas de los dos jefes. La opinión externada por Ruiz es recibida con aprecio, como conviene y, ya que pude pasar sin problemas, es que la tormenta se alejó hacia el sureste. Se decide formar una expedición; mañana, algunos hombres de élite irán a Bacanuchi para matar algunas reses y preparar tasajo.

18 de mayo. Ocho días, según el calendario, hace ocho días que vivo en Arizpe. Tengo la impresión de haber estado aquí varios meses, años, en una semi somnolencia, arrullado por las narraciones de los mineros sobre las emboscadas y por los sonidos agudos de las guitarras. Conozco la historia verdadera o falsa de todas las minas de los alrededores: leí y volví a leer, hasta la última página de los anuncios, una revista americana que Jessie Grant dejó en 1881.

El tiempo no tiene uso y podría medirse con algunos de estos relojes, dorados con liquen, y cuyas agujas cayeron en el pasto. La vida se gasta en paseos bajo los naranjos, en siestas, en largos baños, en caminatas sin meta. Desde lo alto de una azotea se respiran los perfumes de las huertas, y a veces, olores silvestres que llegan del valle. En el horizonte, se observan picachos desde donde podría verse un episodio de la guerra. En la mañana, salgo a cazar aves en el chaparral.

Descubrí un lugar en que el río se abre y forma un estanque al final de una avenida de viejos álamos; puedo bañarme a mis anchas, como en el desierto, a trescientos pasos de las últimas casas. El único transeúnte es un burro vacionando, que pasea su sombra sobre las piedras.

Las ocotillas, con sus haces de ramas espinosas, terminadas en largas mazorcas de flores escarlatas, manchan con colores vivos los grises de la meseta. A sus pies florecen las sobrias plantas de los lugares secos, mimosas enanas y con corolas amarillas, pálidas o rosadas, cinerarias oro viejo, manzanitas con olor a reineta madura, pequeñas gramíneas

casi marchitas al acercarse el verano, las lluvias . . . ¡Ah! pero ¡hay que moverse! hay que ensillar el caballo y ya que el juez no puede, por fuerza mayor, darme mi posesión, voy mientras termina la campaña a recorrer a la aventura mis tierras del noreste y del sureste, la Sierra Azul y Santa Bárbara.

XXII

LA EMBOSCADA

19 de mayo. Anoche me despedí del prefecto. Tratando de detenerme, don Leonardo se comprometió a acompañarme si retraso mi salida unos quince días. Buen jinete, buen tirador, conocedor de pistas y huellas, guerrillero en el alma, defendió largo tiempo sus reses en la Sierra Azul contra los merodeadores apaches. No podría encontrar un guía más confiable ni mejor compañero. Pero ¡esperar, perder quince días más en una hamaca, bajo los naranjos de Arizpe!

Me fui solo, al amanecer, equipado ligeramente; sarape, ropa, *lunch,* Winchester. Crucé el valle y remonté el cañón donde corre de norte a sur el río Bacoachi.

Todo invita a la marcha en esta linda mañana: el cielo ligero, las aguas vivas, el olor alegre y fuerte de las vinoramas en flor, la voz del desierto, el canto de las tórtolas en la Sonora primaveral, ese canto cercano y lejano a la vez, continuo como el canto de los grillos en tierra caliente y de los *bull frogs* en Baja Louisiana.

Parada de media hora en la Cueva Santa, donde brota una fuente de agua caliente de renombre en el país.

A cuatro horas de Arizpe aparecen a la derecha en lo alto del cañón, las casas arruinadas y fortificadas de Chinapa. Los burgos de la Edad Media, que se protegían en temporadas de peste, debían parecerse sin duda a estos pueblos de la Apachería. Es de creer que los chinapeños nunca vieron ningún viajero. A mi llegada, las mujeres levantan los brazos, los niños huyen, los perros quedan mudos de sorpresa.

A la altura de las últimas casas, rumbo al norte, espero que se quiten los últimos palos de una barricada. Se reúne un grupo y abundan las opiniones:

—No vaya mas lejos.

—Tome por el cañón.

—No, mejor por la meseta.

Comentan que se vieron rayos con este magnífico tiempo, rayos en la Purica, las señales de Lawton sin duda. También comentan que ayer se

oyeron disparos de lado de Basochuca. Se lanzan grandes palabras: responsabilidad, autoridad . . . Esta gente quiere detenerme por mi bien. Pero los dos pesos dados a los cuidadores de la barricada producen su efecto: los palos están sobre el piso, el camino está libre. Me alejo al galope.

Una barranca, terrenos accidentados sembrados de piedras y de matas de palmilla, una apertura hacia el norte. Hacia el este, a dos leguas, la Sierra de Basochuca y tres leguas más lejos, los picos de la Purica. El curso del río indica la dirección de Bacoachi pero para evitar los barrancos y las rocas, la pista describe una curva al este, del lado de Basochuca, donde ayer hubo disparos.

La maniobra prevista por Ruiz se ejecuta. Gerónimo atrajo primero a la tropa hasta el gran cañon del Arroz, al sureste, y sus hombres diseminados en el camino regresaron aquí uno por uno, por la derecha y por la izquierda. Lawton, dándose cuenta de que sólo tenía delante de si una débil cortina, formó una doble columna. La cadena se hace sin fin, cien leguas adelante y cien leguas atrás, hasta que el general Miles mande a su teniente algunas docenas de exploradores chiricahuas. Ruiz lo dijo: no agarrarán a Gerónimo mas que con hombres de su propia tribu, con los *bucks* del viejo Chato*.

Son las seis de la mañana, Chinapa está a cuatro leguas, Bacoachi a seis; me detengo.

Desde la orilla de la mesa, domino una vasta depresión, cortada en dos partes iguales por una cuchara, una arista rocosa dirigida de norte a sur, contrafuerte de la Sierra de Basochuca. A la derecha y a la izquierda de este muro, la pradera esta cubierta con altas gramíneas y girasoles y diseminados, ramilletes de robles verdes. La brecha por la cual llego, es visible hacia adelante, sobre una gran distancia; baja de la mesa, cruza la pequeña pradera, pasa a todo lo largo de la cuchara hasta la punta norte regresa a la mesa que, en este lugar, se adelanta hacia el oriente, sobre la gran pradera.

Si puede existir un lugar soñado para una emboscada, por cierto, es la punta de la cuchara; rocas, árboles tupidos, altas hierbas.

Esta brecha no es la de Bacoachi, conduce a una región desconocida . . .

*El general Miles sólo se decidió en julio, después de la deserción de los exploradores apaches de las tribus San Carlos y Sierra Blanca, a emplear a los chiricahuas.

Lawton me dijo que, a pesar de este esfuerzo, no pudo haber detenido a Gerónimo sin la ayuda imprevista de las señales heliográficas. Toda montaña donde se habían hecho señales era tabú para los hostiles quienes, desconfiando del invento diabólico, daban grandes rodeos para alejarse de los "lugares de los rayos". Sus campos de maniobras se redujeron cada vez más. A fines de agosto, Gerónimo estaba contra la pared. Lawton recorrió 3 000 kilómetros en 120 días en un país sin caminos, montañoso, cortado por profundos barrancos y ríos desbordados. Es el más bello *raid* de caballería que se conozca.

"The undiscover'd country, from whose bourn no traveller returns . . ."

Ya me imagino un montón de piedras blancas, cerca de la brecha, un montón con una cruz con mi nombre y la inscripción: "Asesinado por los indios bárbaros".

Y, para confirmar mi presentimiento, oigo un lamento, el de un coyote al que otro contesta, mas allá del contrafuerte.

¡Extraños noctámbulos que merodean en pleno día!

Camino por la mesa para cortar el sendero frente a la punta. Llegando, bajo del caballo y observo la posición contornada.

Un barranco, profundo como de cuatro o cinco metros nos separa. Entre este barranco y las rocas de la punta, el terreno de unos doscientos metros de ancho está cubierto con girasoles, altos como el maíz maduro. Dos surcos paralelos se mueven lentamente de derecha a izquierda, los tallos se mueven al paso de dos animales cautelosos: ¿coyotes o pumas? ¿Dos animales que se alejan o dos indios que se arrastran? Disparo delante del surco más lejano. Nadie se mueve. Los animales hubieran corrido; son indios. Disparo varias veces allí donde supongo se esconden. Algunos tallos caen pero ninguno se sacude.

De repente a mi izquierda, a seis o setecientos metros, cinco caballos salen al galope en la pradera como para rodear el promontorio. Con mis lentes de marina, me aseguro que llevan jinetes, acostados, la cabeza a la altura de la crin. La maniobra es clara: me esperarán emboscados entre los árboles, en el camino de Bacoachi.

Pero queda por ver si los mustangs pueden vencer en la carrera a un caballo pura sangre, alimentado con cebada y que jala el freno después de una etapa de ocho leguas.

Una caída es posible bajando la mesa, entre las piedras sueltas. Habrá que esperar para correr, haber llegado hasta la pradera. Cada segundo es precioso sin embargo, y la bajada a paso lento se vuelve eterna.

La disposición de los lugares es tal, que debo ir hacia el enemigo. Huyo y doy la impresión de cargar.

El campo es una sección de círculo en que los apaches siguen el arco y yo la cuerda. Imposible desviarse a la izquierda por los pedregales y un profundo cañón. ¿Regresar a Chinapa? Ni pensarlo. Sólo se trata de llegar primero al lugar de intersección del arco y de la cuerda . . .

¡Asunto ganado! Lo siento por los pasos largos del "Moro", ágiles, regulares como los de un favorito del "derby" en la última curva. El buen animal no reduce la velocidad mas que en una subida, muy adelante, en pleno terreno descubierto.

Hacia las once, llego a Bacoachi.

XXIII

LA SIERRA DEL ORO

Bacoachi. 23 de mayo. Pancho Acuña, en casa de quien me alojo, es el presidente del Consejo Municipal y el hombre más rico del poblado. Las construcciones nuevas alrededor de su patio están llenas de mercancía americana importada en abril, antes del retorno ofensivo de Gerónimo.

Contrabandista y buen comerciante, el señor alcalde apoya, a su modo, la única industria del país: la búsqueda del oro. Provee a los gambusinos con provisiones, ropa, herramientas. Después de la temporada, se ajustan las cuentas al pesar el polvo de oro. La unidad de peso es el pequeño frijol del país, que representa el valor de un real. Ocho frijoles equivalen a un dólar.

Este sistema, tradicional en Sonora, fue perfeccionado. Don Pancho cultiva en su jardín, eso dicen, frijoles de origen californiano, más pesados y de igual volumen que los frijoles mexicanos. Es posible, pero el peso no tiene el valor que se le quiere dar. Los gambusinos, de regreso al pueblo, son como los marineros que hacen escala en un puerto. Compran a precio alto, sin regatear, sillas de montar que no usarán, sombreros extravagantes, revólveres con cachas de nácar y sobre todo, un mezcal renombrado que don Pancho destilaba antes de la crisis en su vinatería del Manzanal. La diferencia entre el costo de fabricación del mezcal (6 litros por un real) y su precio de venta al menudeo (un dólar el litro) es excepcional. Los objetos de lujo se venden 2 o 3 veces su costo y las mercancías de primera necesidad a precios razonables ya que no hay que matar de hambre a la gallinas de los huevos de oro. Los apaches matan a muchas cuando salen al campo.

Los campos, los campos de oro, se encuentran a cuatro leguas, al pie de la Sierra del Oro, que corta el horizonte al este.

Con sus cumbres redondeadas y sus columnatas de pinos, es misteriosa y solamente como un templo. Sus fieles no la frecuentan desde hace dos meses pero seis americanos se obstinan en perforar un pozo en la cima, a pesar de la orden de retirada dada por el prefecto a todos los mineros del distrito.

El domingo pasado, un gambusino de Bacoachi, Homobono Luna, se aventuró en estos parajes. Perezoso y briago, sin conseguir fiado en la tienda, se fue con la bolsa casi vacía, borrachoy amenazando con el puño tanto hacia el este como al oeste, desafiando a Gerónimo por una parte y al alcalde por otra, a un combate singular. Y, por una de estas casualidades que hacen el éxito de las loterías, encontró en su primer hoyo, y por decir así, al primer golpe de su pico, una pepita de veintiséis onzas, que por lo menos valía cuatrocientos dólares.

De regreso a Bacoachi a paso de carrera, ahora toma fiado todo el licor que quiere, ya que los tres tenderos se esfuerzan por obtener la "chispa", a buen precio y a cambio de mercancía. Acuña, quien antes sacaba a Homobono de su tienda, le da ahora abrazos, le invita a cenar. Ayer le regaló un poco de chocolate caliente. Sorprendido ante este manjar raro y casi legendario, el gambusino por fin sacó de su bolsa la pepita y metiéndola en el jarro, exclamó: "bebe, bebe mi bella . . . a tí te lo sirvieron . . ."

Desde el regreso de este filósofo, los campos de oro quedaron desiertos. Tendré que visitarlos sin guía, ninguna de las gallinas quiere bajar de la mesa donde se escondieron.

Desde la plaza que está delante de la iglesia, se domina el valle hacia el norte. Sobre un fondo obscuro de mezquites, destaca la franja clara de los trigales maduros, tan desiertos como las sierras. Ninguna nube de polvo delata las pisadas de los caballos en el lugar de la cosecha. Dos hombres fueron muertos en sus milpas la semana pasada a quinientos metros de las últimas casas. Otros desaparecieron, sus cuerpos yacen en algún lugar en el chaparral. Los buitres allá, indican sin duda los lugares donde se colocarán las cruces, en cuanto esto sea posible . . . Mal principio para las cosechas. Habrá que organizar equipos armados y proteger a los trabajadores, pero para hacerlo es necesario conseguir un jefe activo, enérgico, popular, un hombre muy distinto a don Pancho.

28 de mayo. Cada día más lejos del poblado, practico un golpe de ejercicio con el "Moro". Ayer me arriesgué a dos leguas de las cercas, a orillas de la zona donde los pórfidos verdes dejan el lugar a los granitos grises, contemporáneos de los granitos californianos, las más viejas rocas del globo, las primeras que emergieron. En este lugar empiezan los placeres. Excavaciones antiguas donde creció el pasto, montones de piedras, y esparcidas, cruces indicando los lugares donde muchos hombres murieron sin confesión. Estas cruces son tan numerosas que los barrancos parecen cementerios abandonados o, más bién, viejos campos de batalla.

Trepé sobre un talud, hasta perderme de vista; de norte a sur, otros barrancos y otros taludes alternan a lo largo de la sierra. Sobre las pendientes grises que éstas dominan, destacan grandes manchas blancas, afloramientos de cuarzos, vestigios de antiguas vetas auríferas . . .

Desde un campamento situado en la cumbre podría prospectarse a la derecha y a la izquierda; mientras se realizaran algunas investigaciones sobre los afloramientos. No confío mucho en la riqueza minera del macizo central ya que el oro de una montaña rodeada con placeres, se escurrió hacia abajo con los restos de las vetas arruinadas. Sólo por excepción, trozos de columnas ricas quedan todavía en sitio y es, lo supongo, uno de estos fragmentos que los americanos excavan allá.

Trabajan en comunidad. Están armados y son valientes al seguir ocupando un puesto tan amenazado. Un grupo suficientemente numeroso para asegurar un servicio de patrullas los protegería de un asalto y podría contar con su ayuda. Además, se contruiría cerca de su campamento un abrigo fortificado.

Propuse este plan de campaña a unos gambusinos que andan, la panza vacía, en la plaza de Bacoachi y dispongo a mi costa de una docena de hombres decididos. La certeza de comer todos los días no hubiera sido suficiente para lograr reclutas, asi que prometí repartir con los miembros de la expedición el oro de nuestras excavaciones. Después de todo, no se trata por ahora de explorar sino de localizar los sitios y definirlos sumariamente.

31 de mayo. Víveres, animales de carga, armas, herramientas, todo está listo y se fija la salida para mañana. Sobreviene un incidente:

¡El campamento de la cumbre fue suprimido, eliminado!

Rosario López, empleado por los americanos para su aprovisionamiento llegó anoche. Ayer por la mañana, no encontrando su caballo y habiendo notado huellas sospechosas, se regresaba a la mina para dar la alarma y estando detrás de una roca, oyó una andanada de disparos, dos o tres disparos más, gritos y . . . largo silencio . . . Rosario comprendió, se escondió en unos matorrales y al anochecer, regresó a Bacoachi dando un largo rodeo.

1o. de junio. En el campamento de la cumbre. A mi grupo que ya estaba listo, se unen algunos voluntarios, unos sesenta jinetes. El alcalde toma el mando.

Desde la alta plataforma que domina al placer de Buenos Aires, un sendero en zig-zag conduce al bosque de pinos. Por empinado que sea el camino, pocos bajan del caballo. El ascenso se hace por varias pistas sobre un frente de cuatro a quinientos metros. La meta es el *log house* de los americanos, en la cima. Por fin, llegamos. Es una cabaña con dos cuartos hecha con troncos de pinos jóvenes sin labrar, colocados los unos sobre otros, un sólido reducto donde tres o cuatro buenos tiradores resistirían un buen rato los asedios de una fuerte gavilla. La boca de la mina se encuentra a unos cincuenta metros al sur de la cabaña, en un terreno casi plano, cubierto por una gruesa capa de hojas de pino. Dos cadáveres

desnudos se encuentran cerca del malacate, otros dos en el fondo del pozo, a sesenta pies del suelo. El quinto, el del cocinero, tiene la cabeza en un montón de cenizas; la casa está quemada, destruida El sexto está a unos doscientos metros, en el borde de la cumbre. Lo agarraron vivo, lo torturaron. Las órbitas están vacías, los globos de los ojos fueron colocados sobre el pecho, los intestinos fueron sacados, enrollados alrededor de un palo. Las manos crispadas agarran todavía largos mechones de cabellos, pelos de apache.

Juzgando por las huellas, los indios no eran muy numerosos, quince a lo sumo. Sin duda, se deslizaron, desapercibidos, hasta la cabaña y desde la puerta soltaron la andanada que oyó Rosario. Los disparos aislados fueron para los mineros que estaban en el fondo del pozo y para el hombre que corría.

Nada queda en el campamento mas que dos carretillas, algunas herramientas y cajas vacías. Las huellas conducen hacia el valle del río Fronteras, al este. Las seguimos hasta el pie de la sierra y nos detenemos ante los matorrales. Los indios están lejos ahora . . . o muy cerca, reunidos con el grueso de su banda en emboscada. El alcalde, considerando inútil o peligrosa la persecución, decide la retirada y trae su tropa de regreso al otro lado de la montaña, por el paso de Turicachi. Cuando la columna penetra en el desfiladero, nos separamos sin despedirnos. Antes de la noche, llegamos al *log house* abandonado.

Triste abrigo, pero más seguro por algún tiempo que cualquier otra habitación aislada en la Apachería, porque los indios no harán otra visita, inútil si el campamento está desierto, y peligroso si está ocupado. Saben que los blancos se cuidan, después de una alerta, y no se arriesgan más que a fuerza sobre los lugares de una reciente masacre.

Un accidente es posible: el paso del enemigo, concentrado y maniobrando a espaldas o delante de Lawton. Sin embargo, puede pensarse que en tal caso, Gerónimo no desperdiciaría, atacándonos, ni su tiempo ni sus municiones y que contornaría el obstáculo.

XXIV

EL CAMPAMENTO DEL OSO DE ORO

3 de junio. Un equipo trabajó sobre un afloramiento de cuarzo, a doscientos pasos del campamento, cerca del manantial que es necesario vigilar. Otro equipo rasca la misma veta a medio camino entre el manantial y la cabaña. En caso de alerta, nos replegaríamos por etapas, hasta la cabaña siempre vigilada. Las rondas son frecuentes. Los centinelas vigilan los accesos a la cumbre. De noche, acampamos por grupos de cuatro alrededor de nuestro fortín. Los fuegos sólo son de brasas, a la india, para que ningún humo de día y ninguna llama de noche, nos traicione con la Apachería.

Puede vernos, ya que nosotros la vemos. Es ella al oeste, limita por la Sierra Azul, desde el valle de Ures hasta Cocóspera. Es ella al este, extendiéndose por el país de los ópatas el doble valle del alto Yaqui y montes y más montes hasta las cumbres, fluidas y como disueltas en el cielo, al extremo lejano.

Por alto que sea nuestro campamento, una *buffa* nos domina, una cúpula arbolada, coronada con rocas desnudas. Por la mañana, antes del día, caminando bajo los árboles hacia Mavavi, alcancé en menos de una hora ese punto culminante de nuestra cadena. La Sierra Madre, a veinte leguas, se veía sobre un fondo de oro bruñido, en una suntuosa y trágica aurora, tan parecida a un atardecer que un hombre, despertado de repente, podría confundir la estrella de la mañana con la del anochecer.

El alto Sonora recuerda mucho a Europa y de ningún modo a Asia o Africa. Así supongo, era Francia, entre el Ródano y los Pirineos, antes de que existieran las carreteras, las casas, los sembradíos, antes de la conquista romana. Pero nunca se ha visto en Francia una aurora como ésta.

Campamento del Oso de Oro. 10 de junio. En lo alto de la siera, nuestra vida es tan tranquila, en plena guerra india, como en los bosques del Ajusco, a pocas leguas de la capital.

Durante esta época tan bella, que precede a las lluvias, el aire de los montes es como una champaña de cosecha superior, vivo, tónico, extra-

dry, con "bouquet" de pino y de manzanita. Las noches son tan suaves que dormimos bajo las estrellas sobre una alfombra de hojas de pino, arrullados por la voz de los árboles que, a mil metros por encima de las praderas, en un eterno soplo, armoniza con los ruidos nocturnos, el canto de miseria de un coyote, el dueto enojado de los linces enamorados, los silbidos prolongados, singulares . . . de un pájaro o de un indio merodeador.

Al amanecer, un roce, a veces, me despierta: la caricia sobre la mejilla de la cola de una ardilla. Cuando abro los ojos, el pequeño animal se encuentra ya a media altura del árbol y me observa, listo para regresar si no me muevo.

El día transcurre en la mina y en la fábrica, porque ya tenemos una fábrica. Cerca del manantial, a doscientos pasos de nuestra cabaña, un conjunto de viejas arrastras restauradas, muele cada día tres toneladas de minerales seleccionados. Oro libre, matriz friable; dos onzas por toneladas. A 16 dólares la onza, el producto bruto es de 96 dólares y el producto neto de 75, ya que nuestro gasto diario es de 20 dólares. Por eso, los hombres trabajan alegremente, aunque se encuentran sin noticias de sus familiares y sin mezcal. Ya no tienen, como en los primeros días, ojos de animales acosados.

Nunca comieron tanta carne fresca. Nuestro apache domesticado, que un ranchero capturó muy joven, llamado José Ortiz, es por instinto conocedor de huellas y corredor del chaparral; encargado del aprovisionamiento, trae cada noche trozos de venado o de antílope. Ayer mató a un osito. Al producto de la caza hay que agregar las pequeñas piezas logradas cerca del campamento, conejos, ardillas, torcaces, perdices del monte, manchadas como las pintadas. En cuanto a los pavos, hay que buscarlos, no sin peligro, cerca de las fuentes del río Fronteras, a dos leguas, ya que José que se aleja mucho más, no mataría a un ave ni por una onza de oro.

Ignacio Vargas, conocedor de plantas comestibles, encuentra en sus ratos libres nabos indios, kumas y raíces de cardo (el *circium*, creo) que bien valen las legumbres cultivadas. Para el postre, miel silvestre. Se me olvidaban los frijoles tan indispensables a los mexicanos como lo son las papas a los irlandeses.

En un campamento ordinario, los frijoles, cocidos en agua durante la noche, son insípidos. Cuando el tiempo lo permita, prueben esta receta: llenen con madera un hoyo profundo de medio metro; quemen, arreglen y coloquen en el fondo, la olla con los frijoles hervidos, huesos con tuétano, grasa tomada alrededor de los riñones de un venado, especias y hierbas de olor de las montañas. Tapen el hoyo con la ceniza y las brasas, preparen encima una nueva fogata. Por la mañana, el manjar nacional bien vale el *cassoulet* de Toulouse.

Nuestro buscador de raíces, nuevo recluta, es un gambusino del Altar donde los indios pápagos, cazadores y nómadas, guardan para ellos las aguas escondidas entre las rocas o bajo la arena.

En este país de la sed, las arenas auríferas se trabajan en seco, se separa el mineral con un movimiento especial de la batea. Pero hay que calmar la sed más que en cualquier otro lugar, bajo el duro sol del desierto; en el Altar, los gambusinos mueren de sed, tan seguramente como aquí mueren por las balas indias.

Pensando recorrer el próximo invierno el Altar, interrogo a Ignacio.

No habla con los demás mineros, come y duerme solo, a cien pasos del fortín; en compañía de un perro, tan taciturno como él.

"Cuídese, me dijo Andrés Carriaga, un ópata, mi mejor obrero, este hombre cambió de nombre porque debe una vida en el distrito de Ures".

Sé que más vale sólo contratar a gente honesta pero también sé que ningún gambusino de Bacoachi me acompañaría a una legua del campamento. Andrés se arriesgaría más lejos que los demás pero su presencia es indispensable en la mina donde tomó el cargo de capataz: José se dedica a la cacería, el único hombre para la prospección es Ignacio.

El anochecer transcurrió cerca del fuego. Con frases breves, entrecortadas de largos silencios, me contó sus excursiones a lo largo de las costas del mar Bermejo, entre Guaymas y la desembocadura del Colorado, las caminatas en la arena donde el agua subterránea es señalada por las excavaciones de los coyotes, los largos meses sin otra comida más que cangrejos y huevos de pelícano. Un día, remontando un estero con marea baja, encontró oro que recogió como "gallina comiendo granos". Vaciando en su mano el contenido de un cartucho, me enseñó, resplandeciendo a la luz de la fogata, chispitas redondas y lisas, gruesas como postas para cazar liebres.

Por haberse tardado en este lugar, estuvo a punto de morir. Un grupo de pápagos lo encontró, perdido en las dunas, casi ciego, sordo, la lengua hinchada y negra fuera de la boca.

Asegura que nadie conoce este placer, ni siquiera los pápagos. Lo mejor sería llegar por el mar, embarcar en Guaymas barriles de agua y un *rocker,* dejarse encallar en el estero y lavar la arena con el agua de mar.

Ignacio habla también de un barranco, en el país de los cucapás, en Baja California, en la cercanía de la Sierra de San Felipe, donde el cuarzo que aflora es tan rico "que un hombre podría ganar cinco o seis dólares por día, moliendo el mineral a mano, entre dos piedras". Pero el único ojo de agua en la región está en poder de los indios, tan traidores y crueles como los apaches, más cobardes pero que por suerte no atacan más que a los aislados. Con diez o doce hombres bastaría para cortarles el agua y mantenerlos a distancia.

¿Por qué, de tan lejos, Ignacio vino hasta aquí? ¿Lo sabrá él mismo? Las expediciones de un buscador solitario no son guiadas por el razona-

miento sino por visiones cambiantes. Mañana quizás, regresará al Altar y caminará hacia el oeste hasta los límites infranqueables, hasta el Pacífico, porque los aventureros en América siguen el curso del sol, como un nadador sigue el curso del agua.

XXV

LA CUENCA AZUL

18 de junio. Mientras prospectamos alrededor del campamento, entre una "tentadura" de cuarzo con cuchara y una prueba de arena con batea, Ignacio me cuenta sus desgracias. Hace poco, a la hora del *lunch* y bajo una roca en el cañón de Mavavi, me contaba:

"Andrés y sus amigos me mantienen a distancia por celos. Pretenden que debo vidas, pero dos más entre los hombres, deben vidas también y se les trata como amigos, se les ayudaría a huir. Soy mexicano como ellos, y no es culpa mía si nací en el país de los gringos. Me entregarían al prefecto si el camino de Arizpe estuviera libre. No temo nada mientras los apaches estén en la sierra. Los rurales no se arriesgarían para detenerme, a diez leguas de su cuartel. Tengo tiempo para llevarlo a la Cuenca Azul.

—¿Queda lejos la Cuenca Azul

—A siete u ocho horas de aquí.

—¿Cobre?

—Sí, y más que en Nacozari, más que en la Cananea.

Un valle azul, le digo, un valle de cobre. Y si no se lo enseño, nadie lo encontrará hasta que los hombres vuelen . .

—¿Cómo lo descubriste?

—Bueno. Hace diez años . . . sí, fue en el año del pronunciamiento de Serna, en el Altar . . . Los guardias fronterizos me detuvieron cerca de Fronteras, e íbamos a Altar, a paso lento. Mi caso era claro. Pero una tarde, unos venados se acercaron por agua del campamento y mientras los guardias disparaban, me largué. Tenía que llegar hasta la mera sierra ya que yo andaba a pie y ellos me perseguían a caballo.

Me metí en un cañón hasta llegar a una pared alta, de cientos de pies. A la derecha y a la izquierda, muros iguales. ¡Un fondo de botella! Oí llamados, ruidos de piedras . . ., ¡trepé! Verá que no fue fácil. Usted también lo escalará pero con un ayudante y cuerdas. Yo tuve que agarrarme de las grietas, de espinas, de las puntas de las rocas y alcancé la cima a tiempo —una hazaña que no hará ningún prospector para ver lo

que hay arriba, de eso estoy seguro—. El agua, las bellotas dulces y las frutas de los cactus abundaban. Estuve cinco días en la cuenca y los guardias, abajo, se cansaron de esperar . . .

19 de junio. Salimos del Oso de Oro a las cuatro de la mañana. Una carga de treinta kilos; cuerdas, martillos, un hacha, un pico, grapas de montaña, se reparten entre ambos caballos. Mas allá del placer de Mavavi, cruzamos a buena velocidad una región un poco accidentada, sembrada de robles y de matas de mezquites, verdaderas guaridas de apaches donde son de esperarse a cada curva, los disparos de una gavilla.

Ignacio monta uno de mis caballos americanos. En caso de alerta esperamos ganarle al enemigo en velocidad, por lo que no cansamos a los caballos mientras cruzamos una sierrita rocosa y los contrafuertes de otra sierra, mas alta. Hacia las once, Ignacio que camina adelante, penetra en un cañón, regresa, prueba en otro cañón. Un callejón sin salida, por fin, ¡su cañón! Equipado con un martillo, trepa por el muro, clavando grapas en las grietas, amarrando la cuerda de las raíces salientes, de un tronco de madroño a media altura, de unas ocotillas, mas arriba. Trepo entonces, tan fácilmente como por la escalera de una mina mexicana. De un lado como del otro de este desnivel, ninguna huella hay de cobre en las gravas; pero, más allá de un dique a flor de tierra que corta el cañón de un bordo al otro, aparecen bloques de minerales rodados cada vez más numerosos, amontonados por lugares, obra de excavación y transporte hecha hace mucho por las aguas. Sin el dique, algunos trozos, arrastrados hasta la parte baja, hubieran señalado el sitio a los prospectores.

Después de una curva, el cañón desemboca en una cuenca de unas cien hectáreas, en un "circo azul", azul de lapizlázuli, azul de ultramar. El paisaje es irreal, el más artificial que se pueda imaginar. Las rocas desmenuzadas de los alrededores son azules. Azul la arena, cubierta con bloques de azurita y trozos de azurita en polvo. Azul de arriba hasta abajo. El cerro central es mas grande y mas gordo que el cerro de Chapultepec.

A la salida del cañón, se entra al parecer a un palco de teatro frente a un decorado mágico.

Alguna vez, ciertos actores estuvieron en escena, porque la boca de una galería se abre a media altura del cerro, negra sobre el azul, y cortada por un madroño centenario.

Para alcanzarlo, habría que franquear grietas, escalar monstruosas turquesas sueltas, habría después que cortar el madroño que creció en los escombros, colocado ahí como un guardia de "la antigua".

Me adelanto tanto como se puede en esta galería, obstruida por derrumbes, llena de alacranes y de tarántulas, y donde a cada paso, resuena el cascabel de las víboras. Reconozco sin embargo que "el antiguo" trabajaba en plena masa de cobre. No hay soportes, ni rocas de penetración; por todas partes se veía la masa de los sulfuros negruzcos en

la superficie. Desde luego, el cerro entero está hecho con las lavas de una erupción cuprífera; es un bloque mineral.

¿Y las rocas de los alrededores? Esta entre otras, allá, a la derecha, ¿este jarrón prodigioso, alto de dos o trescientos pies, azul al estilo chino, *glacé* por un rayo del atardecer? Quisiera verlo de cerca este jarrón, medirlo, romper un pedazo. Quisiera... quisiera quedarme aquí, prospectar mañana, prospectar ocho días. Pero, sin provisiones, y ¿qué pensarían de mi ausencia los del campamento? Está lejos el campamento y el sol bajó ¡vámonos!

En la bajada, en el cañón, borramos las huellas de la escalada. Los caballos están frescos. Como a las diez, llegamos al Oso de Oro.*

* México, marzo de 1912. Mis notas fueron escritas en el campamento del Oso de Oro, hace veintiséis años. Transcribiéndolas, suprimí, en el capítulo que se acaba de leer, las direcciones exactas y los nombres de los lugares, (excepción a la regla que me he impuesto). ¿Por qué debería entregar a los agentes de los señores Cole, Ryan, William Rockefeller y otros reyes del cobre, información precisa sobre la ubicación de un depósito más poderoso sin duda, que aquellos que el trust explota en Butte y en la Cananea?

Se conoce hoy, en sus grandes líneas, la zona metalífera en que la Cuenca Azul se encuentra. Ancha de ochenta a cien kilómetros, larga de siete a ochocientos, esta corrida de cobre, la más rica del mundo, cruza a Arizona de norte a sur y se prolonga en Sonora. Minas y fundiciones marcan su trayecto: en Kingman, Prescott, Wickemburg, Jerome, Globe, Morenci, Clifton, Tombstone, Bisbee, Douglas, en Arizona; la Cananea y Nacozari en Sonora. Produjo en 1907, 165,000 toneladas de metal rojo, la tercera parte de la producción mundial y con sus subproductos, oro y plata, un valor bruto de 75 millones de dólares.

De todos sus puntos de enriquecimiento, de todos sus núcleos de metalización, la Cuenca Azul es, creo, el más notable. Simple prospecto, desde luego, ya que el sitio no fue reconocido en profundidad, pero prospecto sin embargo, más importante por la masa y por la proporción de metal de los minerales visibles que los fueron la United Verde, Copper Queen, la Cananea, Nacozari, antes de las obras de desarrollo.

La Cuenca Azul será descubierta tarde o temprano y mutilada, violada. Los tranvías aéreos, las calderas, los convertidores harán su obra. Todo el azul se irá en negro humo. ¿Quién sabe? sin embargo, Ignacio murió sin revelar su secreto y sólo depende de mí; los americanos de la industria no la tendrán, esta cuenca misteriosa, esta cuenca color del tiempo.

XXVI

UN PROSPECTO

Arizpe, 25 de junio. Estoy en la cabecera del distrito desde ayer, ocupado con el agente de las minas, haciendo declaraciones de descubrimientos; denuncios.

La prospección sumaria de la Sierra del Oro terminó. Fácil al norte donde los terrenos en ondonadas están cubiertos con pastos; fue difícil al sur, a lo largo de las crestas rocosas, cortadas con grietas.

Anteayer, antes del amanecer, estaba en marcha en compañía de Ignacio. Hacia el medio día, hemos levantado al pie de la sierra, al oeste, un afloramiento de cuarzo compacto, gris acero, salpicado de piritas, seguramente aurífero, ya que todos los cuarzos de la región, con señales de metalización, son auríferos. Pero ninguna partícula amarilla, ningún "color" aparece en la cuchara sobre el fondo negro de los polvillos. Minerales rebeldes al mercurio, inexplotables.

Como a las dos, sobre la cumbre, el sol estaba caliente, las cantimploras vacías. Estábamos por regresar al Oso de Oro cuando Ignacio señala una mancha amarilla sobre el fondo verde de una vertiente. ¿Simple roca o cuarzo? Decidimos que es cuarzo y al rato estamos caminando hacia el sureste, en dirección opuesta al campamento.

Pero pasando el primer barranco, la mancha se desvanece a nuestros ojos. Habíamos tomado referencias, rocas y pinos y marcado la dirección que debíamos seguir . . . todo fue inútil. Los kilómetros se estiran, tres, cuatro, cinco kilómetros. Nada. Tenemos sed de nuevo, y ya es tiempo de tocar la retirada. Regresamos al campamento en dos líneas, a dos o trescientos metros el uno del otro para cubrir una mayor franja de terreno.

Ignacio no está desanimado y cree que el cuarzo quedó a nuestra derecha. Vio diseminadas en el pasto algunas piedras rodadas y pulidas: "La mulata", grita con tono misterioso, enseñándome uno de estos riñones de hierro oxidados, una piedra negra gorda como el puño. "Pues está cerca del oro, lo guarda. Mulata no duerme sola".

Está alerta como un perro rastrero. Se aleja un poco a la izquierda, bajo los árboles.

Media hora más tarde caminaba a lo largo de un barranco en dirección al campamento, menos preocupado por las mulatas y el cuarzo que por las huellas frescas de un oso grizzly de siete u ochocientas libras. Lo hondo de las excavaciones al pie de un madroño y el grosor de las raíces cortadas indicaban la fuerza de sus garras. Con toda seguridad el animal me había oído y se había escondido tras las rocas . . . ¡Curiosas, estas rocas! Parecen formar un muro ciclópeo, cocido y recocido por el tiempo, rojo como los "cabellos" de un elote, un muro de siete u ocho metros de grosor, uno de cuyos extremos se derrumbó en el barranco.

El otro extremo, corre recto en dirección al sureste . . . dirección normal de las vetas. ¡Pero es cuarzo! ¡es el afloramiento que buscamos! y debe ser aurífero porque estas manchas color de óxido, esta apariencia por lugares, de pastel seco de miel, todo indica la metalización.

¿Será el frente del afloramiento que esta mañana vimos lateralmente a unos trescientos metros de desnivel? Sin duda, los complejos minerales de la Víbora representan los tipos inalterados que se encuentran a profundidad, pero aquí, tan arriba, el cuarzo fue sometido a un tratamiento preliminar. La metalurgia de las aguas, del sol y de los vientos lo volvió amalgamable. Podremos explotarlo hasta 40 metros por debajo del afloramiento.

Calculemos las cantidades disponibles.

Seis metros de espesor, cuarenta metros de altura y mil metros de largo equivalen a 600 000 toneladas. Considerando que en esta región se extraen una onza de oro por tonelada de mineral, tengo bajo los ojos, un valor bruto de diez a doce millones de dólares, sin considerar el oro rebelde de los pisos inferiores, reserva para el futuro. Ya me imagino el molino, las vías para el transporte, los conductos de agua, las arquitecturas de madera, ¡un bonito castillo en la Nueva España!

Para empezar, hay que muestrear el sitio. Llamo a Ignacio, con un martillo como arma no me ayudaría mucho si el oso ataca, pero podrá cargar las muestras.

Viendo el muro, llega corriendo como para un asalto, troza fragmentos de cuarzo y los examina. En uno de ellos está incrustada una aguja de oro, recta y muy clara en la fractura; buen hallazgo, indicio seguro de la metalización en oro libre. Inclino la cabeza para ver el gallo de oro en su mano izquierda . . . Una sombra pasa a la izquierda . . . me echo hacia atrás, justo a tiempo.

El martillo estaba levantado, a punto de golpear. Los ojos fijos, esos ojos de fiera sorprendida, los ojos del puma cerca de la roca, en Ojo Peñuelas.

Camino hacia atrás unos diez pasos, el revólver en la mano. Apoyado contra la roca, reflexiono.

¿Por qué quizo matarme? Es un bandido, lo sé, un hombre que "debe vidas". Sin embargo, dependió de él veinte veces matarme mientras dormía, o empujarme en el vacío. Cuando escalábamos en la Cuenca Azul, cuando me ayudaba a alcanzar el bordo de la cresta, no tenía más que soltar la cuerda. Pero la vista del cobre no lo conmueve, el oro mismo, combinado con sulfuros, el oro invisible lo deja indiferente. Fue la vista de esta cresta de cuarzo, dócil, en que sobre mil metros de largo, podría rascar, buscar bolsones ricos, "gambusinar" a gusto, fue la aguja de oro sobre todo, fue el oro nativo quien lo perturbó.

Sabe que, dueño único del secreto, no podría "denunciar" esta mina; también sabe que obtendrá su parte y que sacará más trabajando conmigo que trabajando sólo. Además, puede regresar a California o al Altar y establecerse, lejos de los apaches y de los gendarmes, sobre otros afloramientos que sólo él conoce. Su gesto sólo fue un reflejo. Caso de atavismo. Levantó el brazo como lo hubiera hecho el hombre de las cavernas, el ancestro cubierto de pelo que vivía en la edad de la piedra, y sin duda, nubes de arrepentimiento y de vergüenza pasan bajo su frente deprimida, tras sus ojos que ya no son de puma sino de perro apaleado.

Le ordeno tomar muestras cada diez pasos a todo lo largo del muro, las toma; tirar el martillo, lo tira; caminar rumbo al campamento, camina.

Camino veinte pasos detrás de él, conservando difícilmente la distancia en los "malos pasos", sobre todo en el Espinazo, cresta entre dos barrancos verticales, estrecha y redonda como el lomo de un puerco de rancho.

Llegó la noche, no muy obscura. Sigo viendo la larga silueta caminando siempre con el mismo paso rápido.

¡Por fin! una lucecita que se mueve aparece entre los pinos. Es Andrés que hace una ronda, preocupado por mi larga ausencia. Carga su cantimplora, ¡el buen muchacho . . .!

XXVII

26. de junio. Salida rumbo a Tombstone.

27 de junio. Encontré a los scouts apaches de la caballería americana. Del 27 de junio al 10 de julio, caminé con Lawton en persecución de Gerónimo . . .

XXVIII

NO MAN'S LAND

En Arizona. 10 de julio. Pasé la noche al pie de una columna blanca, uno de los monumentos que marcan la frontera entre el codo del río Bravo y el Pacífico.

En 1850, una Comisión Internacional, apoyada por una escolta y un equipo de albañiles, preparó mortero, pegó piedras y grabó una fecha y algunos nombres.

Una mojonera, en un lugar donde nadie sin duda vino desde hace treinta y seis años, no es un abrigo y sin embargo, bajo la inscripción oficial que afirma en dos lenguas la soberanía de los blancos, me sentía menos aislado entre los rojos.

Está lejos ahora, lejos detrás de las mesas, la columna protectora. Por todas partes se extienden tierras sin agua, sin pistas, sin plantas, grises como cenizas, manchadas a ratos por bloques erráticos y rayadas por las huellas de las serpientes. *No man's land.*

Sombras misteriosas, venidas quien sabe de dónde, bajo un cielo sin nubes, cambian súbitamente el color de las cosas. Las sierras grises se vuelven blancas, del blanco de los huevos viejos; otras, pardas hace un rato como el pelaje de un puma, se tornaron negras, más negras que un escurrimiento de lava.

Recortadas como un serrucho, roídas por los elementos, se derrumbaron por lugares bajo grandes rocas, a punto de caer también.

Estas otras sierras, más lejanas, que parecen menos desnudas y menos hostiles porque se ven azulosas, ¿están a dos horas, seis horas, un día de caminata?

Todo es engañoso aquí. Las distancias, las formas, los colores son falsos. Esta región, vendida a los americanos en el tratado Gadsden* por el traidor Santa Ana, es el reino de la mentira. Las masas de aire se elevan y bajan en el horizonte, capas de aire sobrecalentado al contacto con el suelo, la respiración del desierto visible por el calor, como la de un

*Venta de la Mesilla (N. del T.)

animal por el frío. Un lago, a la izquierda, en que se reflejan árboles y nubes; un espejismo. Se desvanece y vuelve a aparecer a la derecha.

Un silencio en que se podría oír caminar a una hormiga. Del alba al anochecer, ningún sonido mas que el ladrido breve del perro de la pradera, el cascabel de una víbora y el ruido de lira del vuelo de los buitres.

¿Dónde beberá mi caballo? ¿Cómo hacer una fogata para calentar el té? Hay sin duda algunas matas de enebro y un poco de agua en el fondo de algún barranco, pero, en este país de cortadores de cabezas, más vale quedarse lejos de las montañas.

Como a las dos, bajé del caballo cerca de un arbusto solitario entre las arenas, un mezquite con delgadas hojas temblorosas . . .

¿Por qué tiemblan? No se siente ningún soplo de aire.

A la sombra, mi termómetro de bolsillo sólo indicaba 48 grados centígrados, pero el piso quemaba, y la reverberación de la luz era tan intensa, que pronto tuve que abandonar el minúsculo oasis.

Por fin, el sol, el enemigo, se escondió tras los montes Huachucas. Bajo sus rayos, en la luz blanca del día el desierto tenía un tono dudoso, el calor de las cosas muertas. Al anochecer, se reanima y se viste de matices raros, rosas marchitadas, flores moradas, violeta pálido de las violetas de Parma. Las sierras por momentos, tienen destellos de amatista, iridaciones de nácar y de ópalo.

Pero se apagan, una tras otra. Cuando la última hubo desaparecido, una voz a diez pasos de mí, saluda la noche, una risa largamente prolongada como un llanto, el llamado del coyote, que otros coyotes repiten, de distancia en distancia, hasta los extremos lejanos.

Amarro mi caballo a una mata de salvia, lavo su nariz y después de una cena de galletas y de agua tibia, me estiro sobre la arena, en el centro de un círculo formado por el lazo de crin que no dejará pasar a las serpientes.

11 de julio. Caminando antes del alba, la garganta seca, la cabeza adolorida y llena de quimeras y de sueños. ¿Estoy en América, en el siglo XIXo en el desierto de los amalecitas, en tiempo de los Jueces?

Sí, lo sé, está a menos de cien leguas de aquí, al noroeste, la Palestina americana; está más allá de la sierra de los Mimbres y las visiones que me perseguían esta noche, flotan todavía ante mi y sólo desaparecerán con la luz del día; llegan como los espejismos de ayer, de la Tierra Santa del Nuevo México, del país de los moquis y de los zuñis.

Ahí, en los días consagrados, los penitentes caminan descalzos sobre una cama de hojas de cactus, crucifican a uno de los suyos y bailan, con serpientes en los puños, al sonido de los cascabeles.

En Taos, sobre las paredes de las casas de seis pisos talladas en el flanco de la montaña, están las inscripciones más viejas, posiblemente, que las de Karnac.

Desde el monte de San Mateo hasta el Pequeño Colorado, cerritos de areniscas escarlatas se alinean, regularmente espaciados.

En el condado de Otero, una capa de yeso en polvo, blanca como una nevada, semeja un mar, un mar de ciento treinta leguas cuadradas, deslumbrador y muerto.

Por encima de la planicie gris donde no se distingue a las tórtolas, las terrazas negras forman los soportes de rocas anaranjadas, altas y colosales, Baalbeks y Palenques geológicos, donde el sol, el viento y las aguas esculpieron pórticos, obeliscos y esfinges.

Desde la expedición de Pánfilo de Narváez en 1541, hasta los tiempos de Santa Ana, los hacendados españoles vivieron en el reino de Jerusalem, guerreando contra los infieles, cazando fieras y amaestrando caballos. El primer gobernador mexicano después de la Independencia, Chávez (El Güero) poseía un millón de borregos. En verano, se formaban las caravanas para ir a Sonora con cargamentos de lana y tejidos finos y apretados que las mujeres navajos hacían. Se regresaban con frijoles, harina, naranjas y café de Sinaloa. Los jóvenes se casaban con muchachas de Sonora después de someterse a largas pruebas de resistencia y valor, tales como la "carrera a la barranca" que vimos en Bacerac. El recién casado regalaba a su esposa, una india de quinientos pesos. Si le faltaba dinero para comprarla, iba con algunos amigos a secuestrar alguna muchacha apache.

21 de julio. Una luz de oro rosado en el levante: el día. Praderas desnudas, sierras desnudas, mesas desnudas. Ya no es la Judea india, donde me encontraba hace un rato, en sueños: es la Arabia del Nuevo Mundo, es el desierto de Arizona.

Al acercarse el gran animal feroz, el sol destructor, todos los seres, presas del pánico, vuelan, corren o reptan en dirección al abrigo. Las pequeñas lechuzas de la arena se esconden apresuradamente en las madrigueras de los perros de la pradera. Los alacranes, ciempiés, tarántulas se deslizan debajo de las piedras. Un coyote, de regreso a casa, pasa agachado, avergonzado como un jovencito que regresa a su casa con su traje negro, en la madrugada. Chiflo, se detiene, me observa con atención taimada y sigue su camino con paso de cojo, medio trote y medio galope que los cow-boys enseñaron a sus caballos.

En cada mata de salvia, un ruido estridente, a la vez carraca y grillo, hace moverse a mi caballo. Las serpientes regresan por etapas, de mata en mata, a los agujeros donde llegaron las lechuzas, el abrigo acostumbrado de tres o cuatro especies enemigas. Dibujaron sobre la arena caracteres extraños, que los brujos apaches saben leer. Sin haber sido iniciado en esta misteriosa escritura, se pueden descifrar los dramas de la noche. Aquí murió una ardilla terrestre y más allá las huellas complicadas de una cita de amor.

La víbora de cascabel es lenta. No ataca al caballo o al hombre que pasa. Sacude sus cascabeles para avisar que es peligroso pisarla, pero si pasan demasiado cerca, bota como un resorte y pica rápida y seguramente. La zona peligrosa es más o menos extensa, tiene unos 60 centímetros de radio cuando el animal mide un metro cuarenta centímetros de largo. Pero ¿cómo medir el largo de una serpiente enrollada? El "Moro" se aparta cada vez que oye un ruido sospechoso y tiene razón.

El año pasado, en las planicies de Chihuahua, Charlie bajaba del caballo a cada cascabeleo y provocaba al animal con la punta de su machete y le partía la cabeza cuando llegaba, rápida como un espadazo, al alcance de su mano. Un día en que, el cuerpo agachado y la cabeza baja, molestaba a una enorme serpiente, le grité: "¡demasiado cerca!", pero . . . demasiado tarde. El resorte suelto acercó los terribles colmillos a una pulgada de su nariz. Se echó hacia atrás y cayó sobre un cactus-bola, sobre una biznaga armada ella también, con colmillos sin veneno, pero tan duros y agudos como los de enfrente.

Charlie calculó posteriormente, la relación entre el largo y el grueso de una serpiente.

Una noche estiré mis cobijas sobre la arena . . ., sobre un agujero de rata. En la mañana, empacando mis cosas, estuve a punto de sentarme yo también sobre una biznaga: una serpiente que salió del agujero durante la noche, disfrutaba del calor de mi cobija.

El sol está alto y los animales desaparecieron.

Sin embargo, alcanzo a ver uno, que no teme ni a la luz ni al hombre, una serpiente larga, de tres metros por lo menos, manchada de negro y oro. Pasa rápidamente, la cabeza alta, de ningún modo hostil. Es el kingsnake, la serpiente rey, el enemigo de los crótalos.

Largas horas de lenta caminata en dirección al noroeste. Arcillas, gravas, arenas. Nada se mueve en estos espacios en los que el sol calcinó la tierra, desmenuzó las piedras, suprimió las plantas. Ni una gota de agua en mi cantimplora. Si me equivoqué de rumbo, moriré mañana.

Pero, como a las tres, entro a una zona menos desolada; delgadas gramíneas, algunos mezquites, unas pistas que se cruzan, vuelos de zopilotes, un burro muerto . . . pero, eso es vida, es la vecindad de los hombres.

Al rodear una meseta, aparece la clásica "Concord", la diligencia con seis caballos, llegando del oeste, escoltada por una tropa de jinetes. Más lejos, otras nubes de polvo, carretas jaladas, de tres en tres, por veinticuatro caballos cuyo esfuerzo total puede aplicarse a cada unidad en los lugares difíciles.

Por fin un campamento, tiendas de campaña, casas de ladrillo y de tablas, humos negros más arriba de un vallecito que parece un inmenso cementerio, con altas piedras paradas, alineadas como "menhires", las "piedras de tumba" que dieron a la ciudad su nombre siniestro: Tombstone.

XXIX

TOMBSTONE

Hace ocho años este lugar era desconocido y desierto como la mesa donde pasé la noche. El único poblado de la región era Tucson, a orillas del río San Pedro, cerca de la vieja misión de San Xavier del Bac, reservación de los indios pápagos. En la Sierra de Santa Rita, que se observa desde aquí, tres directores de minas y sus obreros habían sido muertos por los apaches. Cuando Edward Schieffelin, un pobre gambusino de California, cargó sus mulas y salió sin rumbo fijo hacia la Apachería, en Tucson todos dijeron: "¡Otro loco más que no regresará!". Pero regresó dos meses más tarde, herido, hambriento, millonario. Logró salvar sus mulas y su cargamento de sulfuro de plata; cinco o seis mil dólares que traía para las provisiones, los materiales, las herramientas. Sus reclamos, Tough Nut y Contention, estaban marcados cerca de las "piedras de tumba", a unas veinte leguas al este. Regresó bien escoltado. Otras minas cerca de las suyas, Golden Age, Mountain Maid, fueron descubiertas, se trazaron calles con cordeles sobre la meseta, se establecieron servicios de transporte.

En 1882, Tombstone tenía 8 000 habitantes, dos periódicos, dos teatros, bancos y bares, muchos bares. El lote de 30 pies sobre 80 en Allen Street, entre la 4a. y la 5a. avenida, valía 6 000 dólares. Una bodega de 50 dólares se rentaba 15 al mes. La hora de trabajo en las minas se pagaba medio dólar y la jornada de una albañil, 7 dólares.

Hoy, Tombstone está en decadencia. La zona de minerales ricos se está agotando y se alcanzaron los minerales pobres y complejos y cuya extracción es costosa a niveles en que el agua es invasora. Tombstone tendrá pronto, posiblemente, la suerte de aquella ciudad de Nevada donde los indios "comedores de tierra", habitan los bancos, las iglesias, las bellas residencias cuyos techos perforaron para dejar pasar el humo de sus fogatas.

Llego a la primera casa: un bar. Sobre el anuncio se lee del lado de la llegada: *"Your first chance"* (su primera oportunidad) y por el lado de la salida *"your last chance"* (su última oportunidad). Si salen de Tombstone,

pierdan toda esperanza de beber. Agua en una batea: lodosa, apestosa, la única que se encuentra aquí, la que proporcionan las bombas de las minas, pero ni modo, es agua.

El "Moro" y yo bebemos, nariz contra nariz, largamente: *"Our first chance"*.

El *bar-keeper* que me miró beber sin decir nada, me da entonces un consejo: *"Just stick to wiskey, stranger"*, (limítese al wiskey, forastero) el agua aquí es un veneno.

Es, al parecer, la opinión general. Después de la "first chance", otras "chances", nada más que "chances". Dieciséis en una sola manzana de Allen Street, dieciséis bares alineados como bomberos en una revista.

Algunos puercos negros escarban la arena de la calle. Unos burros tan cargados que no se ven, sino que se sospecha que son burros, bajo montones de ramas secas que los cubren, esperan pacientemente el final de un partido de "monte".

Tras los aparadores de los *all sorts stores*, entre jamones, sillas de montar, sombreros, picos de minero, productos farmacéuticos, dulces y botas, se muestran algunos minerales demasiado ricos: plata negra, plata roja, plata blanca (nativa), en forma de bolsas de alambre. ¡Pasen! Isaac o Efraín, tras el mostrador, está dispuesto a venderle una mina por cien mil dólares o un botón por veinticinco centavos.

Algunos *loafers*, con la camisa remangada, fuman tranquilamente, en la sombra, sentados sobre cajas vacías. Jugadores profesionales o mineros, descansando antes del turno de noche, conductores de carretas, cowboys, prospectores, ladrones de ganado a quienes la guerra india impone tiempos libres. Los ojos están despiertos en las caras apáticas. Apatía y desconfianza son generales. Por varios meses, nadie sale del camino que conduce a la estación del Southern Pacific, a ocho leguas de aquí, pero de vez en cuando se encuentra todavía a alguien tirado sobre el camino de apaches, pero... ¿Quién sabe? Los apaches sirven para todo, se les atribuyen todos los crímenes cometidos a cien leguas a la redonda. Cuando Lawton haya capturado a la banda, quien sabe si las sierras resultarán más seguras que ahora. Gerónimo mata, pero aleja a otros matones.

Entre los dos o tres mil aventureros que esperan en Tombstone y en otras partes a que termine la campaña para ir a divertirse a Sonora, hay algunos tan feroces como los rojos. Menos entrenados por suerte, no se alejarán de los bares.

Delante del Grand Central Hotel donde me albergo, un hombre se me acerca: cara sin frente, sin naríz, con la madíbula sobresaliente, los ojos pequeños parecidos a los del crótalo, uno de esos hombres que Ruiz hubiese matado por precaución de haberlo encontrado en la sierra. Me ofrece un trozo de mineral de plata y me invita a conocer su mina en las Huachucas.

El *bar-keeper* del hotel está aquí, se dan un apretón de manos y me dice en voz baja: *"Perfect gentleman. Good at the bar for 20 dollars a day".*

Tombstone, Arizona. 25 de julio. Los tipos que por varios días observo, no se parecen en nada a los de las novelas de Bret Harte, como Arizona no se parece a California. Entre los *gamblers* con ojos de aves de rapiña, que sacan de sus cajas los naipes uno por uno, no pude reconocer a Jack Hamlin.

Los jugadores a mi alrededor tienen casi todos "su historia". Peleados con sus familiares en Europa o en los *states* perseguidos por sus acreedores, traicionados por una mujer o huyendo de un dectective, se enlistaron en Arizona, como alguien que se enlista en la Legión Extranjera.

Después de una falta deshonrosa, un crimen o una desgracia, pusieron un día un revólver sobre la mesa, soñaron un rato, la cabeza entre las manos y pensaron: "más tarde quizás, mientras tanto, vamos a tentar la suerte en otro lugar con otro nombre. El hombre que fue, murió ante esta mesa; ahora, otro hombre quiere vivir, dispuesto a todo y armado".

Guardaron su revólver en la funda, tras la cadera y ¡adelante . . . Westward, ho!

Practicaron el tiro y sobre todo el gesto rápido. *"To get the drop".* Tener su hombre vigilado, antes de que pueda ponerse en guardia, con el ojo negro de su colt. *"Shoot first and fire low".* Disparar primero y abajo: norma de la escuela.

Sólo son peligrosos de muy cerca y no se arriesgan cuando hay peligro de que otro conteste. Se vuelven mansos ante un hombre conocido por su sangre fría. Sin embargo, se han visto algunos que no temían a nadie y pelearon hasta la muerte.

Clanton estaba peleado con dos irlandeses, dos hermanos. Se buscaban por la ciudad, caminando pegados a la pared, vigilando en las esquinas con astucia de apaches en el monte. Uno de los irlandeses, disimulado tras un montón de cajas, ve a Clanton entrar a un bar. De un balazo le rompe la espina, muy abajo. El herido se voltea mientras cae y mata a su asesino. Sólo le quedan algunos minutos de vida y lo sabe. Se arrastra con las manos hasta la puerta y se mantiene quieto, en espera, y logra matar al otro irlandés que acudía al ruido.

Tales escenas son frecuentes. No puedo decirlo todo. La relación de un extranjero podría parecer mal intencionada. Citemos testigos americanos que nadie contradeciría: el mayor Bourke, quien mandó durante diez años la caballería de Arizona, el señor M.R.B. Townshend, un ranchero letrado; M.E. Hough, el historiador de los cow-boys, el señor Theodore Roosevelt, personaje oficial y responsable*

* El señor Theodore Roosevelt era entonces sheriff de Medora, un pueblito del lejano oeste. Desde entonces, logró figura y fama en el mundo.

Los hombres que conocieron eran parecidos a estos, enérgicos o indolentes, capaces de las peores violencias y a veces, de alguna buena acción, taciturnos la mayor parte del tiempo, porque temen revelar su secreto o mostrar su ignorancia. Aquí se desprecia a los presumidos. Sólo se admiran los actos de audacia que se vieron o aquellos que se pueden nombrar. Poco importa conocer la historia de sus amigos, menos todavía de contar la suya: "No me hagan preguntas y no les diré mentiras". Se le perdona a un amigo el saqueo de un expreso, el robo de ganado, pero se mantendrá a distancia un hombre sospechoso de violación, de traición o de asesinato cobarde.

"Mi compañero, dice Roosevelt, me hizo entender que había sido "gambler" y algo mezclado con asaltos de diligencias. No se avergonzaba de ello pero tampoco presumía. No veía como algo malo que se detuviera o no a las diligencias. No despreciaba a la gente moral. Era tolerante".

En los primeros tiempos de una ciudad del *border* cuando la disciplina social no ha sido todavía establecida, cuando cada quien se encarga de proteger sus derechos, aparecen hombres astutos y violentos como lo era el cazador de las praderas en la época de los búfalos, como lo es tal o tal otro explorador del Africa Central. Entre blancos, en una sociedad moderna, pretenden tener los privilegios del hombre solitario, el derecho del más fuerte.

Se enfrentan con una administración embrionaria, compuesta por el juez, el sheriff, el topógrafo *(county surveyor)*, el cobrador de impuestos *(county assessor)* y cinco o seis políticos, ocupados en especular con lotes urbanos o a preparar su elección para el Consejo Territorial. Esos pilares del orden esperan pacientemente el momento en que el orden se sostendrá por sí solo:"Cuando las cosas llegan a lo peor, dicen, sólo pueden componerse".

El abogado espera, él también, con sus tres volúmenes de derecho desparejados, espera clientes. Ningún asunto civil, ningún asunto criminal. El hombre muerto hoy hubiera matado a su asesino, *"self denfense"*, limpieza. Un asesinato fallido es más interesante; seguirá mañana, pero el abogado sabe que sus servicios no son necesarios, pase lo que pase. Tampoco cuenta sobre pleitos por tierra, por derechos de agua o por problemas de límites.

Sanders había establecido un criadero de pollos sobre la meseta. Sus pollos morían jóvenes pero lograba salvar algunos que se transformarían en un pie de cría, una especie adaptada. Con el solo precio de los huevos: 25 centavos la pieza y 2.50 dólares la docena, el *"hen-ranch"* valdría una mina antes de seis meses. Peterson también lo creía y construyó el también un *"hen-ranch"*. Los dos vecinos se miraban con antipatía. Cada noche, el coyote y el zorro robaban gallinas de un lado y del otro. El coyote era Peterson, decía Sanders. El zorro era Sanders, decía Peterson. San-

ders pasaba las noches vigilando y los días recorriendo la campiña para alejar a los grillos de su predio.

¿Los grillos de la mesa pertenecían al primer *settler*? ¿Estaba Peterson en legítima defensa cuando empezó a disparar? Preguntas sin respuesta. Peterson murió, Sanders se fue a buscar fortuna a Nuevo México y la docena de huevos ya vale 3.50 dólares. Dos días después de los hechos, el periódico contó todo, o mejor dicho, lo recordó a los lectores que ya lo habían olvidado. El órgano informativo (bi-semanario) de "Piedras de Tumba" se llamaba el *Epitafio* y merece su nombre por la trivialidad y el optimismo de su prosa. A falta de noticias del mundo exterior, publica las noticias locales, aquellas que no molestan a nadie: la llegada de un piano "el más armónico producto de esta civilización que tan rápidamente transforma al desierto"; el proyecto de construcción de una nueva casa en la 4a. avenida, de su plano, el precio del terreno, un elogio al propietario, "uno de aquellos valientes pioneros . . .", la siembra, en Allen Street, de una hilera de estacas que se volverán álamos si a alguien se le ocurre regarlas; la llegada de la nueva cocinera de la señora P . . . "Miss Dolly Fuller, de Tucson (es la cocinera), esta visitando a la señora P . . ."

En la cuarta hoja, unos dibujos de hierros para marcar ganado y este anuncio, con letras mayúsculas: "Isaac, mayoreo y menudeo, ¡Keep an eye on Isaac! ¡No pierdan de vista a Isaac!"

El editor del *Epitafio* vino a preguntarme sobre los incidentes de mi viaje. Como no tenía nada que decirle, voltee la situación y le hice una "*interview*".

El pobre hombre está preocupado. Se creó otro periódico que la gente compra para saber lo que su editor dice del otro editor. No dice nada bueno. Es más grosero todavía que su colega, toma más wiskey y escribe peor el inglés. Vivirá sin embargo, bien o mal, hasta el día en que descubra sin discreción, el carácter de doc Holliday, de Mac Lowry, de alguien por fin, que no tenga buen carácter. Ese día, el *Epitafio* olvidará sus rencillas y hará el elogio del difunto.

Mi interlocutor sólo es optimista con la pluma; confiesa que los artículos de primera necesidad están fuera de precio (salvo sus anuncios). Un periodista vive difícilmente, cuando se le deja vivir: "Necesita usted alumbre para curtir sus pieles, pues bien, el droguero se lo hará pagar un dólar o quince dólares la libra según si la noche anterior haya ganado o perdido en el poker".

Los otros comerciantes hacen como el droguero, explotan la despreocupación de sus clientes que, creyéndose todos sobre el camino de la fortuna, gastan sin contar y desprecian la morralla . . .

Una moneda imaginaria fue creada, el *bit* cuyo valor es el viejo real mexicano, doce centavos y medio. Dos bits equivalen a un cuarto de dólar, a la moneda americana de 25 centavos. Cuando le cobran dos bits por un mal cigarro (puro), o cuatro bits por limpiarle las botas, es fácil

pagar pero, ¿qué hace usted cuando toma un vaso de cerveza? Debe usted un bit, pero el bit no existe. Para sustituirlo, paga usted con una moneda de diez centavos, un *short bit,* un pequeño real; son dos centavos y medio de descuento. En cambio, si por no tener un short bit, paga usted una monedade 25 centavos, el *bar-keeper* sólo le regresará una moneda de diez centavos y se queda con quince; un *long bit,* un real gordo. Una perpetua variación del 50 por ciento ha sido organizada de este modo, sobre todas las compras pequeñas, a favor de los comerciantes que escasean las monedas de diez centavos y sólo le regresan rondanas de cobre, short bits fiduciarios, sólo pagaderos en su tienda, con mercancías.

Robert Louis Stevenson, el novelista escocés, encontró una manera para defenderse de estos coyotes del Far West. Iba a la oficina de correos y pedía una estampilla de cinco centavos y pagaba con una moneda de 25. El empleado federal le devolvía dos monedas de diez centavos: "Estaba así provisto, decía Stevenson, con dos short bits. El poder de compra de mi dinero no había disminuido. Podía tomar dos vasos de cerveza y conservaba mi estampilla. Benjamín Franklin me hubiera felicitado por este invento".

Tombstone. 30 de julio. Salida. Regreso a Sonora . . .

INDICE

Presentación 7

ANTECEDENTES

Breve historia de la nación apache, *Michel Antochiw* 11

PRÓLOGO 55

PRIMERA PARTE: TIERRAS DEL NORTE

I EN EL CAMPAMENTO, EN LA SIERRA MADRE . 67
II LOS APACHES 75
III EL FIN DE UNA RAZA 75
IV LAS TARRAIZAS 81
V BACERAC 89
VI BAVISPE 95
VII LOS BIG HORNS 97
VIII LOS ANTÍLOPES 101
IX CORRALITOS 107
X LA PRADERA 111
XI EL PASO 113
XII BENSON 115
XIII NOGALES 119
XIV COCÓSPERA 121
XV CUITACA 127
XVI MAVAVI 131
XVII BATEPITO 135
XVIII LA MEXICANA 139
XIX OJO PEÑUELAS 143
XX BACANUCHI 147
XXI ARIZPE 149
XXII LA EMBOSCADA 153

XXIII LA SIERRA DEL ORO 157
XXIV EL CAMPAMENTO DEL OSOS DE ORO 161
XXV LA CUENCA AZUL 165
XXVI UN PROSPECTO 169
XXVII SALIDA RUMBO A TOMBSTONE 173
XXVIII NO MAN'S LAND 175
XIX TOMBSTONE 179

La guerra apache en Sonora, se terminó de imprimir el día 26 de agosto de 1984 en los talleres de Gráficos ErS, calle de Trabajadoras Sociales N.º 299, México 8, D. F. Se imprimieron 3 000 ejemplares y la coordinación editorial estuvo a cargo de Servando Morales.

PUBLICACIONES DEL GOBIERNO
DEL ESTADO DE SONORA
1979-1985

1. *Crónica de la aventura de Raousset Boulbon en Sonora,* Horacio Sobarzo.

2. *General Álvaro Obregón. Aspectos de su vida,* José Rubén Romero, Juan de Dios Bojórquez, Dr. Atl y Juan de Dios Robledo. 2.ª edición corregida.

3. *Ocho mil kilómetros en campaña* (fragmentos), Álvaro Obregón, 2.ª edición corregida.

4. *Álvaro Obregón, caudillo e ideólogo de la reconstrucción nacional,* Miguel R. Palacios y Ana María León Palacios.

5. *Plutarco Elías Calles, estadista y patriota,* Juan Antonio Ruibal Corella.

6. *Crónica del Constituyente,* Juan de Dios Bojórquez.

7. *Sonora, génesis de su soberanía,* Armando Quijada Hernández.

8. *Memorias de don Adolfo de la Huerta,* transcripción y comentarios del Lic. Roberto Guzmán Esparza.

9. *Eusebio Kino, padre de la Pimería Alta,* Charles W. Polzer, s.j., 2.ª edición corregida.

10. *Obras históricas,* Ramón Corral.

11. *Jesús García, héroe de Nacozari,* Cuauhtémoc L. Terán.

12. *La revolución en Sonora,* Antonio G. Rivera.

13. *El Quijote de la Revolución. Vida y obra de Adolfo de la Huerta,* Carlos Moncada.

14. *Crónicas biográficas,* Horacio Sobarzo.

15. *El viejo Guaymas,* Alfonso Iberri.

16. *La cohetera, mi barrio,* Agustín A. Zamora.

17. *La sierra y el viento,* Gerardo Cornejo.

18. *Los tiempos de Salvador Alvarado,* Juan Antonio Ruibal Corella.

19. *Las guerras con las tribus yaqui y mayo,* tomo I, Francisco P. Troncoso.

20. *Las guerras con las tribus yaqui y mayo,* tomo II, Franciso P. Troncoso.

21. *Misiones del Norte de Sonora,* Arthur Woodward.

22. *Sonora y sus casas de moneda. Álamos y Hermosillo,* Alberto Francisco Pradeau.

23. *Sonora,* Jorge Russek.

24. *Diccionario de historia, geografía y biografía sonorense,* Francisco R. Almada.

25. *Descripción de la Provincia de Sonora, Ignacio Pfefferkon,* (traducción de Armando Hopkins Durazo).

26. *El solar de los silencios,* Gerardo Cornejo.

27. *Apuntes históricos sonorenses,* Roberto Acosta.

28. *30 Años en esto,* Carlos Moncada.

29. *Apuntes biográficos de don Ramón Corral* (1854-1900), Manuel R. Uruchurto.

30. *Crónicas, cuentos y leyendas sonorenses,* Gilberto Escobosa Gámez.